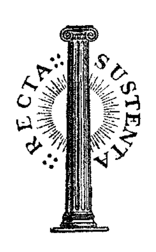
ENRIQUE BANCHS

OBRA POÉTICA

(1907-1955)



ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
BUENOS AIRES
1973

ENRIQUE BANCHS

LA URNA



PRIMERA EDICIÓN

BUENOS AIRES

1911

Facsímil de la portada de la primera edición de La urna

Existes o no existes, ¡oh, padre que escribiste!
Pero el sacro minuto que te oía: "estoy triste",
en la medida humana te hará inmortal. Las voces
escritas viven tanto como los mismos dioses.
Oye, vivió en tus tiempos la lumbrera judía,
—tal vez la conociste: Don Sem Tob— y decía:
"Non ay lança que pase todas las armaduras,
nin que tanto traspase como las escrituras".
Tu libro te repite más que un hijo. Si acaso
tiene como los mismos universos su ocaso,
entonces otro hombre dirá lo que dijiste
nuevamente y en una lengua que aún no existe:
igual, antes y ahora, la misma alma se agita.
El corazón en cuatro cavidades palpita.
Lo que predijo Calchas junto a las negras naves,
hoy en los parlamentos lo dicen hombres graves.

...Y también hago el libro con mano temblorosa;
soy el rosal que echa la vida en una rosa.
Alguien tendrá algún día ese libro en su mano,
y si ella es de hombre que ha trabajado en vano,
que en vano ha perseguido su ideal, que ha tenido
en vano muchas lágrimas y que al fin se ha rendido
al destino... entonces puede ser que reviva
todo mi ser y cante como una lira viva
en otras carnes. Cante mi tristeza que pasa,
mi alegría que vuelve, mi tristeza que pasa,
mi alegría que vuelve... y mi duda que queda.

Tú mismo, hombre que lees, ¿no sientes la voz queda
que te está preguntando: ¿Tendrá los brazos fríos?
¿Ya cantarán los grillos en sus ojos vacíos?

I

Entra la aurora en el jardín; despierta
los cálices rosados; pasa el viento
y aviva en el hogar la llama muerta,
cae una estrella y raya el firmamento;

canta el grillo en el quicio de una puerta
y el que pasa detiénese un momento,
suena un clamor en la mansión desierta
y le responde el eco soñoliento;

y si en el césped ha dormido un hombre
la huella de su cuerpo se adivina;
hasta un mármol que tenga escrito un nombre

llama al Recuerdo que sobre él se inclina...
Sólo mi amor estéril y escondido
vive sin hacer señas ni hacer ruido.

II

También el subterráneo manantial
en su lecho de jaspe prisionero,
sufre, pero después rompe el venero
gorjeando ante la lumbre celestial;

recata un terciopelo funeral
el rostro rosa de la aurora, pero
también la aurora al fin rasga el severo
luto nocturno y ríe en el zorzal;

mucho tiempo en el surco está dormido
en laborioso sueño el útil grano,
y engarza al fin la espiga en el verano;

también mi amor estéril y escondido,
se levanta en su noble estampa humana
de pie sobre la estrofa castellana.

*

Hermosa es la sidérea compañía
de siete estrellas en la oscura frente
del universo... Pero está vacía
la sombra por la octava hermana ausente.

¿Qué ignoto espacio su fulgor rocía
desde una eternidad, sola y silente?,
¿qué destino, a ella sola desprendía
como una flor del grupo refulgente?

El aderezo de las siete estrellas
es bello y como lágrimas son ellas...
pero pienso en la otra: ¡en la que falta!...

Veré más rostros y pasión más alta,
pero con fiel angustia, solamente
pensaré en esa que perdí, ¡la ausente!

*

Por la bella sonrisa de alegría
que sin ser para mí, la hice mía,
por la bella sonrisa
mi verso ilusionado se desliza.

Por la bella mirada que vagaba
en lo vago... y creí que me miraba,
por la bella mirada
nace y nace mi estrofa enamorada.

Pupila indiferente, boca roja
que mirando y sonriendo dais consuelo,
¡que me disteis tesoro sin quererlo

e ilusión sin saberlo!
fuisteis como la flor que se deshoja,
que se deshoja y engalana al suelo.

*

Como es de amantes necesaria usanza
huir la compañía y el ruïdo,
vagaba en sitio solo y escondido
como en floresta umbría un ciervo herido.

Y a fe que aunque cansado de esperanza,
pedía al bosquecillo remembranza
y en cada cosa suya semejanza
con el ser que me olvida y que no olvido.

Cantar a alegres pájaros oía
y en el canto su voz no conocía;
miré al cielo de un suave azul y perla

y no encontré la triste y doble estrella
de sus ojos... y entonces para verla,
cerré los míos y me hallé con ella.

*

Seis años llevo con la misma suerte...
Quiero salvarme del doliente estado:
mando a mis ojos que no quieran verte;
¡los ojos suaves porque te han mirado!

La vida en vano me ha labrado fuerte
para dejarme a mi memoria atado...
No más por ti la voz se me despierte;
¡la voz que es suave porque te ha nombrado!

Nada me dice que llegó el momento,
(en que me mires con piedad amante)
que en tanto tiempo he imaginado tanto.

¿Y qué haré entonces con mi gran tormento?
Pensar que llega mi postrero instante
que en tanto tiempo he imaginado tanto.

*

Mientras la tarde ponga la diadema
de su fulgor letárgico y tranquilo,
moribunda gloriola, en la suprema
fronda del tilo;

mientras mi sentimiento tenga asilo
en la palabra hispana y por emblema
lágrimas; mientras trace el noble estilo
la razón de mis horas: el poema,

la olvidaré... Mas hoy, hoy otra vez,
Memoria, lamentemos lo perdido.
¡Oh, Sombra, no te vayas! Dolorida

habla otro instante y otro más después;
porque si éste es el tiempo del olvido,
¡oh, Sombra! no es el de la despedida.

*

Si como sombra fue mi pensamiento,
sombra eterna abrazada a tu figura,
si me diste tan largo sufrimiento,
sufrimiento y dulzura...

Y si en mi breve juventud fulgura
la tuya, como en mudo firmamento
el brillo de la luna; y si perdura
con secreto lamento

la angustia que me viste en la mirada
y que en otra pupila repetida
yo no sé si fue cita o despedida,

¿por qué pasamos sin decirnos nada?,
¿por qué dejar que se marchite en vano
la rosa blanca del amor humano?

*

En la fosca y solemne cumbre crece
el leucerón: la nieve es su sustento;
y en el hospitalario valle el viento
las campanitas del muguete mece.

La flor que en el radioso encumbramiento
solitaria y sufrida languidece
no se puede juntar con la que ofrece
al llano azul su perfumado aliento.

Y sin embargo, al fin, las dos cortadas,
en una misma copa se marchitan
en sombrías alcobas, olvidadas...

Inútil nos separa opuesta suerte,
y en vano los orgullos nos evitan:
nos hallaremos juntos en la muerte.

I

Nunca como esta noche de verano
de gran silencio, melodiosa y pura
he sentido la lánguida dulzura,
la irrealidad, de mi pasión que en vano

confieso al alma de la noche oscura.
Bien sé que espero en algo muy lejano,
algo que no se toca con la mano,
que no se puede ver ni se figura;

algo como plegaria de intangible
boca, pero plegaria imperceptible;
un suspiro del viento, acaso una

música de violines escondidos;
una vaga mujer cuyos vestidos
ondulan en el claro de la luna.

II

¿Entonces sigue mi infeliz suspiro
superviviente luz de estrella ausente,
o los mirajes de mi propia frente
como el viajero del desierto miro?

¿Es una de esas formas que un abrazo
ilusorio nos dan sólo en el sueño,
sombra que nunca me tendrá por dueño,
será la gloria acaso?

¡Nunca! Mi corazón inconsolado
bien sabe que ha pasado por su lado.
Su presencia lo llena, como a copa

el óptimo elemento. Está en mi boca
su nombre que jamás se parte de ella...
¡Tú no eres irreal, aunque eres bella!

I

Cubra tu forma de ánfora un sudario,
lleva en la mano el arlequín de paja
del deseo difunto y desencaja
de ti misma el impulso pasionario.

Y anima en tu atavío funerario
un pie de sombra, un paso, así, en voz baja...
Vayamos al país de la mortaja
y al sitio finalmente hospitalario.

Vamos a ver la dama que con metro
igual nos mide a todos. Cuyo cetro
es la amapola erecta y asfixiante.

Cuyos son el palacio y los salones
con la base en la tierra devorante
y con techumbre en las constelaciones.

II

Surge una hoz en la marmórea entrada,
blanca como el silencio... *O voi che entrate*...
vosotros, mármol en que nada late,
columna en tierra, espiga cosechada...

En vez del huésped de la rama, el trino,
grandes lágrimas vierten los cipreses.
Alma, enmudece, que no sirven preces,
ni vale el lloro donde está el Destino.

Mira el rebaño blanco de las piedras
tumbales, y pastores, a las hiedras
quietas en la pradera taciturna...

—¡Juventud!—¡oh, qué cosa llamas, alma!,
¿con gloria y tempestad nombras la calma?...
Y en eso sonó un canto en una urna.

III

En una antigua urna cantó un grillo.
Decía: "en la cabeza de tu hermano
levanto un canto rápido y lozano,
y me sirve de atril cráneo amarillo.

Por furtiva rendija entré en la fría
caja; y entre los pálidos despojos,
(¡maravilla de oídos y de ojos!):
venciendo al Tiempo su ilusión vivía.

¡Alegría fugaz de haber vivido,
alegría fugaz, la he recogido
como la abeja de la flor el polen,

para que mis sonidos la enarbolen;
y de ensueños del muerto se hace el canto
que como musical pendón levanto!"

IV

Cantaba: "Salud, día del verano
diáfano, salud mies erguida y río
lleno de cisnes, y salud, hermano
cuyo labio es corola con rocío;

álamo ceniciento en el camino,
novia en cuyo mirar tan dulce y vago
copiado parecía mi destino,
como refleja blanca vela el lago"...

Dijo así la ilusión sobre aquel muerto.
Y alma, tú suspiraste: "el Hado quiera
que se alce un canto en mi quietud postrera,

y se prolongue mi poema y yerto
lo que amé rememore, en la canción
del Grillo, lira de resurrección".

*

Hijo blanco y moreno de las mieses,
pan nutritor, mi sangre te incorpora.
Serás quizás al cabo de los meses
la viva luz que mis pupilas dora,

o en el cerebro el nervio de la oda,
o en la garganta el hálito vocal,
ya que ley renovante cambia toda
materia en expresión espiritual...

Hijo triste y fatal de los sentidos,
¡oh, amor! en esto acabas: en canción.
Nada es estéril, no, ni la ilusión,

ni el sueño, ni los pétalos caídos...
Aun del mismo dolor de haber amado
se hace el Arte un trofeo conquistado.

*

¡Si fuera tiempo de empezar la vida!...
En decisivo instante así pensaba
cuando de iluso olvido sólo esclava,
mi alma parecía redimida.

¡Mísera libertad!: ¿qué me dejaba?
Me acordaba por quien tengo perdida
la leve edad que al porvenir convida
y el antiguo vigor que levantaba

mi nombre entre los seres argentinos.
Después decía, como quien delira:
ama sólo a los pájaros divinos,

a la divina soledad aspira
y a la azulada sombra de los pinos...
Y la llamaba, como quien delira.

*

Un príncipe va en selva de laurel:
capa de seda, rosa en el sombrero,
cincelado el arnés de su corcel...
Cual de leyenda fue mi amor primero.

Como la madre pobre que sostiene
con el valor de su virtud la casa,
la misma noble fortaleza tiene
este ignorado amor que inútil pasa.

Y es como alguna pálida colina
que en la armoniosa calma vespertina
parece hacerse toda pensativa...

Pero mi orgullo que es la sensitiva
que se repliega si la tocan, guarde
cerrándose, este amor para más tarde.

*

¿Dónde está aquella audacia blanca y fuerte
que imperativa, enérgica y audaz
tiraba un guante al rostro de la Muerte
y este nombre tenía: ¡Siempre Más!?

La que de pie, la mano en la cadera
y envuelta en el pendón de su entusiasmo,
lumbre llevaba en la mirada fiera
y en el labio enigmático sarcasmo.

...Mal tiempo es éste para el porte altivo.
El espíritu, vuelto pensativo,
sólo quiere una cosa: que lo olviden.

Como de lejos sus palabras piden:
¡déjame solo, déjame soñar!
¡déjame solo, déjame olvidar!

*

Hay quien pide razón porque no llevo
el diapasón del general clamor,
y porque no resumo en verso nuevo
no mi vario dolor, sino el Dolor.

Siento como a torrente la conciencia
múltiple; siento a todos que soportan,
dalmática de plomo, la existencia...
Pero las multitudes ¿qué me importan?

¿Qué me importan las negras muchedumbres,
el tropel de las leyes y costumbres
y el gran rumor de mar de todo el mundo?

Pues mi motivo eterno soy yo mismo;
y ciego y hosco, escucha mi egoísmo
la sola voz de un pecho gemebundo.

*

La inspiración del silencioso guía
que anima soledad con su presencia
y es en la ausencia firme compañía,
si no me da consuelo, me da ciencia.

Dócil alumno en la amorosa vía
aprendo cual se cela su violencia:
por él sonríe la tristeza mía,
sonríe, mas decid ¿no es apariencia?

Amor me enseña el principal sentido
de las horas que pasan; y si sueña
el alma ¿no es porque el amor la enseña?

Sutil maestro, su doctrina ha sido
tan elocuente que doquiera creo
sentir la voz que sigue mi deseo.

I

Cuando contemplo mi presente estado
y aquello que tenía y lo que hacía,
llamo al buen tiempo de vivir, pasado,
pues todo lo de ahora es cobardía.

Pero a veces no sé qué cosa hermosa
viene amante del fondo del Pasado
y me arroja a los pies, triste, la rosa
seca de haber amado.

Me vuelvo a ver en un jardín lejano
como hace tanto tiempo; pero todo
me dice que no existe...

Que no existe el jardín, que voy en vano
queriendo despertar lo que en tal modo
sólo en piadoso recordar persiste.

II

Y pues que recordar es necesario
para sentir vivir, ¡ay!, recordemos:
deshójense marchitos crisantemos
frente a mi hoy, espejo solitario.

¡Oh, jardín!... (que aquel tiempo era jardín),
...sufrir a solas, ansia de encontrarla,
rubor de verla, miedo de mirarla,
y nunca hablar... Hasta perderla al fin.

¡Oh, flores que llevaba!... y alegría
del día nuevo que como otro expira
pero habiéndola visto: hoy no podría.

...¿Es necesario que me engañe tanto?:
igual en la verdad o en la mentira
tengo este solo compañero, el llanto.

*

Recuerdo un viejo verso: la que cose
a la luz de la lámpara serena.
Cuando yo lo escribía era más buena
la vida, era más buena... ¡Que repose

en su inútil bondad como una muerta!
Vuelvo a ver aquel ser y el claro tul
ondulando en la mano dél cubierta
y la luz suave cual de estrella azul.

Hoy estoy solo, solo, y estoy lejos
de todo lo que amé. Nacen mis frases
y se mueren en mí: soy mi ataúd.

Nadie alza los ojos de reflejos
vívidos y fugaces,
cuando mis labios lentos dicen: tú...

*

Cuando en las fiestas vago en el suburbio,
desde las tierras altas la mirada
de albatros tiendo a la ciudad cargada
de hombres, al lado del Estuario turbio.

Como en una visión de grandes valles,
veo, entrando en el cielo, humeantes barras,
las azoteas rojas, las pizarras
y el tajo ceniciento de las calles.

Y veo el barrio donde está tu casa,
(lo veo y la tristeza me traspasa)
y la casa escondida donde estriba

mi vida laboriosa y miserable...
Y se me alza en el pecho, inolvidable,
el gran amor de la ciudad nativa.

*

¿Qué te importa, señor, pues que eres sabio
la sinrazón de mi afligido labio?
Tu maestro de vida fue la acción
y compañero ocioso el corazón.

¿Para el molino el ala activa al viento
si la calandria vuela al firmamento?
Sin embargo te escribo porque... ¡No!
El porqué Dios lo sabe, que no yo.

Lloro el iris fugaz de aquel deseo
más que humano que un tiempo me engañó.
Y me inclino en el libro en que me veo,

como árbol que en el río se inclinó;
y el río le refleja las dolientes
ramas con las estrellas ascendentes...

*

Justo es tal vez que sufra ese destino
de no desear, pues puse el alma ardiente
en alto sitio y tan inútilmente
que no espero ni en caso peregrino.

Si el corazón no tiene compañía
ni encuentra caridad donde apoyarse,
será porque no tiene de qué honrarse...
pero eso el corazón no lo sabía.

Y en esta condición desamparada,
quiere él mismo ofrecerse a cualquier cosa
como en patena de oro una granada.

¡Ilusión desoída y a destiempo!
Mas él de una esperanza tal rebosa,
que, don esquíleo, lo consagro al Tiempo.

I

Carne mortal, sosiega.
Carne mortal, escucha la palabra
de la traición que aquí en ti misma, labra
el término a que vas altiva y ciega.

Pues la traición es tu fugacidad
y tu ilusión engaño de distancia.
Detente, ¡oh, carne! y descoyunta el ansia
de esa tu fuerte alada vanidad.

Mira cuánto amador yace en la tierra
y cómo cruzan formidable guerra,
fidelidad y olvido.

Y pues que has de morir en plazo breve,
quiera serte el amor copo de nieve
en lumbre de razón desvanecido.

II

"El término a que voy ciega y altiva
no me sabe advertir, ni yo me advierto:
sólo para morir la cosa viva
halla elocuente la mudez del muerto.

Y mi fugacidad el ansia aviva,
como es más hondo y grande el beso oferto
a punto de partir, así despierto
de súbito febril e imperativa.

Mi ceguera alargaba mi paciencia,
y hoy la vista del fin inflama urgencia:
ya no espero en silencio: quiero verla.

Y pues que he de morir en plazo breve,
la sola voluntad que me conmueve
es el ansia sin fin de poseerla".

*

Cargado tengo de riqueza sorda
el cerebro confuso y populoso,
que de conocimiento se desborda,
inconsciente en su impulso generoso.

La multitud de libros son el parque
fastuoso y misterioso que fatiga
mi ansia de conocer. ¿Qué hay que no abarque
tanta codicia que a ignorar obliga?

Ciencia que no me vale para nada
pues no se cambia en pan ni en buen consejo
ni en la amistosa plática retrato.

Aún no sé comprender una mirada,
ni sé si la altivez de que me quejo
más que desdén es femenil recato.

*

Quien tenga algún secreto engaño pida
la compasión de la escondida vida,
quien ame de apacible amor la implore
y un austero retiro rememore,

que a la fidelidad que no perece
en su clara virtud, hogar ofrece...
¡Tranquila soledad, firme custodio
de la paciencia de vivir sin odio!

Inútil para el mundo en que se muestra
el orgullo vital mira un destino
quieto y oculto la esperanza nuestra.

Y consagrado a prematura calma,
como en sueños, amada, me encamino
al silencio sereno de tu alma.

*

Puesto el despecho a convencer, desliza
pérfida voz que expresa como un reto.
Con ansia digna de mejor divisa
dice: —¡no es nada más que un esqueleto!

—Sí... mas los ojos pardos que sumisa
mirada envían llena de secreto;
los labios que aperezan la sonrisa
en desdencillo de perfil discreto...

—¡Un esqueleto nada más! — Que lleva
con juvenil delicadeza un paso
que pasa y sin caer tiembla el rocío...

Donde tesoro (¿quién que lo conmueva?)
palpita un corazón. —¿Qué es eso?— Acaso
un corazón que siente como el mío.

*

Sobre la dura hoja de un agave
vi esta tarde enlazadas iniciales,
dos letras — ¿de qué mano? ¡Dios lo sabe! —
unidas como manos de mortales.

Que ya han muerto talvez. O son felices.
O no se han vuelto a ver; pero tampoco
han vuelto para ahondar las cicatrices
pálidas que se cierran poco a poco...

Quien os contempla, pobres signos, prueba
el pesar de un mejor tiempo perdido...
Yo con trémula mano corté al fin

en la borrosa letra, letra nueva
para que aqueste amor desconocido,
si no en la vida viva en el jardín.

I

No el laborioso hierro que en el cipo
labra inmortalizada despedida
grabará el nombre oculto que emancipo
con vida oculta de postrera vida.

Lápida sin leyenda me anticipo,
cual conviene a quien sigue una perdida
labor, pues la mejor labor disipo
llorando una pasión inextinguida.

Inútil fui y al devorante abismo
bajaré sin haber dejado nada:
sombra de sombra me seguí a mí mismo...

Pero en mi tumba un eucalipto, allí
majestuoso y sombrío, a la mirada
del pasajero le hablará de mí.

II

Majestuosos, sombríos, colosales,
eucaliptos vibrantes en el viento,
protegiendo en las tardes otoñales
la humildad del camino ceniciento

por donde yo he pasado tantas veces...
A vuestra sombra alzábanse los lirios
como una pura elevación de preces.
¡Sombra que ha serenado mis delirios!

¡Oh, cuántas veces como yo pasaba,
pálido y solitario, y recordaba
lo que entonces podía llamar mío!

No os podría ver más, sombras gigantes...
Aunque dentro de mí llevo como antes
majestuoso dolor, grande y sombrío.

*

Espíritu gentil que de Valclusa
las selvas de laurel paseaste tanto,
razonando de amores con la musa
que alargaba el honor de tu quebranto:

como a ti me ha dejado una confusa
esperanza materia para el llanto,
mas no me dio el ingenio asaz excusa
para hacerla materia de mi canto.

Maestro soy en el amar doliente,
aunque no en la elegancia del estilo
ni en la ilustre nobleza del dictado;

pero viendo el laurel que honra tu frente,
pienso, grave y tranquilo,
que un sentimiento igual nos ha acercado.

*

¿Árbol, por qué floreces?... ¡Qué pueril
pregunta y qué pregunta sin razón!
Pero he dicho otras veces: juvenil
corazón ¿por qué lloras, corazón?

¿Árbol, por qué floreces?... ¡Oh, qué ilusa
pregunta y qué trivial curiosidad!
Pero he dicho otras veces: ¿por qué, musa,
hablas dentro mi pecho en soledad?

¡La bella inexplicable sinrazón
que vive en todo, como en la dormida
noche el fulgor de la constelación!

¿Y tú, por qué has amado? ¿por qué, dí,
tu blanca vida sin amor no es vida
como alelí sin flor no es alelí?

*

Vuelan las frases de la amable plática
en la llaneza de la compañía
y la trivialidad con acrobática
gracia sus flechas de papel envía.

Nada conturba a la palabra errática
revoloteando leve de alegría
de tema en tema como en aromática
planta la mariposa se desvía...

Pero si por ventura alguien te nombra,
súbita gravedad mi rostro empaña,
rememorando pena y desencanto.

Y me recojo a la doliente sombra
de un pensamiento que me desengaña,
y sin hablar te nombro con el llanto.

*

Este que oprime el corazón sin ruido
con la corona de sus dedos yertos,
espera todavía. Aquí dormido
reposa con los ojos entreabiertos.

Sobre él no se inclinó mirar querido,
un rostro que llenase sus desiertos
ojos que por la culpa del olvido
no tienen un tesoro entre los muertos.

Tú, feliz pasajero, que has de hablarla,
dile que venga y calme con mirarla
la pena entre los párpados helados.

Acerque a la esperanza su clemencia;
cierre con la piedad de su presencia
los ojos entornados.

*

Dime por qué estás pálida, ¿has soñado
esos sueños que son presentimiento
de ausencia?... Yo quisiera oír tu acento
siempre y que no te vayas de mi lado.

Dime por qué estás pálida, ¿has llorado?
Es como tenue cera y desaliento
de pétalos tu rostro sin contento...
¿Tus lágrimas a quién han perdonado?

Pálida que en las largas noches solas
lejos de todos imploré y bendije
y que envuelta en un leve azul de aureolas

viniendo adonde estoy tanto he previsto:
¡tal vez un ansia misma nos aflige,
que en ti mi propia palidez he visto!

*

Los álamos están como soñando,
quietos en la dulzura vespertina;
bajo la rutilancia mortecina
del sol la fronda muda está soñando.

Todo está mudo como siempre cuando
la ilusión de las formas se termina;
y el aire, hecho silencio, disemina
la paz letal de los que están soñando...

¡Otro día que pasa y no la viste!
Ayer tampoco y así siempre. El día
como una hoja seca cae del cielo.

El día pasa y caminante triste
todo se lleva en triste compañía,
que triste compañía es mi consuelo.

*

La sirena fatal fuera piadosa
para el ilusionado por su canto
que a punto de caer rompiera el llanto
y gemebundo le dijera: ¡oh, diosa

del mar azul, perdóname! Tu encanto
apaciguado, deje a pesarosa
vejez que llegue al lado de la esposa
que en las ausencias he nombrado tanto.

La sirena le oyera... Pero es mía
suerte más despiadada:
y el alma olvida lo que tanto ansía

que es verse en ciego olvido serenada,
pues cuanto más la imploro más me oprime
y jamás mi sollozo me redime.

*

También el vivir diario nos separa,
tanto que fuera más feliz intento
juntar al agua clara el óleo lento,
que unir las manos que el ensueño ampara.

Tú vas siempre con un florecimiento
de alegría alumbrándote la cara
y amable compañía te depara
diario olvido ante rápido contento.

Pero yo, melancólico, suspiro
y solitario por las noches vago
y te veo de lejos y te miro

con ojos de vergüenza; y como en pago
de haberte visto, digo con tristeza:
Sí... nos separa la naturaleza.

*

Algunos dicen: ¿cómo es eso: muda
tu arrogancia de ayer paró en vacío?,
¿y es justo que el silencio preste a duda
el buen linaje de tu antiguo brío?

—La gallardía memorada tanto
no está, ¡por Dios!, ni muerta ni enterrada,
sólo que espero la estación del canto:
¿no tiene invierno tanta especie alada?

Seguramente la labor proscrita,
bella durmiente, espera al que rescata
de escarcha estéril leve margarita.

Pero aunque el triste estado de hoy me abata,
saque Disculpa esta razón postrera:
¡siempre espera que llegue primavera!

*

El áspera razón de abandonarte
aunque tiempos mejores nos sonrían,
no es de las que en epístola se envían
ni de las que, sutil, decora el arte.

Es razón de decir entre sollozos,
porque es así como uno la adivina,
y valida de penas asesina
firme esperar de justos alborozos.

De una pobre apariencia, es, sin embargo,
la imperiosa razón de tanto embate
que a honrado corazón mucho combate.

Pues siempre hidalgo bueno bebió amargo,
cuando frustrado su derecho había
el pan fundamental de cada día.

*

Perdóneme el amor cuando comprenda,
mi vivir cotidiano rectifique
y una fácil razón fije y explique
lo que razón de arte desenmienda.

Pues a veces siguiendo la ondulante
senda imaginativa dejo un verso
a mi constante sentimiento adverso
e infiel por relucirse más brillante.

Así a desdén que no me hiere imploro
y una ilusoria pena a ratos lloro,
¡tanto la mente en fantasear disperso!

Y el ser que de amistad tan noble vive
honor de mi labor jamás recibe...
(Tiene mi vida que bien vale un verso).

*

Entro a mi casa fatigado bajo
la ley del diario y mísero trabajo
que seca la espontánea flor del poco
de ensueño... ¡Y siempre así!... Y siempre invoco

a lo más puro y libre de mi ser,
a lo más permanente para hacer
la ciudadela blanca en que me olvide
lo que fatal necesidad me pide...

Blanca carilla frente a mí vacía
como escenario abandonado espera
la pequeña tragedia de mi día.

Pero fatiga estéril te lacera,
¡oh, alma! y como un perro en el umbral,
te duermes en la hoja virginal.

*

Motivos de aflicción me han puesto cerco
y a pesar de su rígida porfía,
no es razón de tenerlo a insulto terco,
sino cual preferencia y cortesía.

Al cabo ésa su enérgica enseñanza
me da tan abundante disciplina,
que ni me hastía el bien ni el mal me cansa
si asunto de aprender de ambos declina.

La edad de más afán me yace muerta:
lo que sufrí, pasó; mas me avigora
fuerza mayor y comprensión más cierta.

Aún el largo dolor de haber amado
de tanto me sirvió que estoy ahora
para amar nuevamente preparado.

*

Cuando nuestro silencio se deshoje
como en ociosa mano un crisantemo,
ya no será mi voz esa que escoge
para decir su angustia el bien supremo.

Y si otra vez en esta vida blanca
como un sudario, te volviere a ver,
¿tendrán mis ojos la mirada franca
que vio tu adolescencia florecer?

También si nuestras manos se aproximan
serán como palabras que no riman
o como dos latidos siempre alternos.

Pues un día ha pasado sin soñarte,
día que inexpiable y fosco parte
la tácita unidad de parecernos.

*

Múltiple vez he visto en la novela
que los del mal de todos guardan una
prenda que en todo plazo les revela
la pasada fortuna.

De cabellera que no más es bruna
les queda un bucle; o una antigua esquela,
o en terso esmalte tersa frente, una
frente que de impasible desconsuela.

De condición igual cierto no puede
gloriarse mi afección que no me cede
cosa que sobreviva de este instante.

Y alguna vez en menester de aquella
que es de tiempo mejor durable huella
¿tendrá donde posarse el beso errante?

*

A los pies de los álamos la brisa
aquí y allá las hojas secas junta;
claro el retoño en la corteza apunta
como la dentadura en la sonrisa.

En la paz de la hora meridiana
suena el zumbido sordo del insecto
y casi embriaga su áspero y directo
rumor, que ni está cerca ni es lejano.

Voy por la rumorosa vastedad
de la floresta clara y retoñante,
piadosa en su elocuente soledad;

y en tan dulce vagar no sé qué quiero:
soy feliz como nunca, estoy delante
de lo deseado... ¡Y sin embargo espero!

*

Ciudad nativa, te conozco como
libro que se ha leído.
Eres como un desierto color plomo,
color gris invariable y aburrido.

Cuando nuestro silencio se deshoje
como en ociosa mano un crisantemo,
ya no será mi voz esa que escoge
para decir su angustia el bien supremo.

Y si otra vez en esta vida blanca
como un sudario, te volviere a ver,
¿tendrán mis ojos la mirada franca
que vio tu adolescencia florecer?

También si nuestras manos se aproximan
serán como palabras que no riman
o como dos latidos siempre alternos.

Pues un día ha pasado sin soñarte,
día que inexpiable y fosco parte
la tácita unidad de parecernos.

*

Múltiple vez he visto en la novela
que los del mal de todos guardan una
prenda que en todo plazo les revela
la pasada fortuna.

De cabellera que no más es bruna
les queda un bucle; o una antigua esquela,
o en terso esmalte tersa frente, una
frente que de impasible desconsuela.

De condición igual cierto no puede
gloriarse mi afección que no me cede
cosa que sobreviva de este instante.

Y alguna vez en menester de aquella
que es de tiempo mejor durable huella
¿tendrá donde posarse el beso errante?

*

A los pies de los álamos la brisa
aquí y allá las hojas secas junta;
claro el retoño en la corteza apunta
como la dentadura en la sonrisa.

En la paz de la hora meridiana
suena el zumbido sordo del insecto
y casi embriaga su áspero y directo
rumor, que ni está cerca ni es lejano.

Voy por la rumorosa vastedad
de la floresta clara y retoñante,
piadosa en su elocuente soledad;

y en tan dulce vagar no sé qué quiero:
soy feliz como nunca, estoy delante
de lo deseado... ¡Y sin embargo espero!

*

Ciudad nativa, te conozco como
libro que se ha leído.
Eres como un desierto color plomo,
color gris invariable y aburrido.

Y sueño con ciudades melancólicas,
(canales, viejas abadías, nieve...)
con ciudades al lado de bucólicas
campiñas de una gracia ingenua y leve.

Aquí ya nada espero, nada siento,
nada tengo que amar. Oye: hasta el viento
dice siempre un igual, viejo motivo.

Y me iría muy lejos... No; jamás.
Y tú lo sabes bien, ser por quien vivo:
¿Cómo me alejaré de donde estás?

*

Si puesto a amar, indiferente y frío
desdeño el convivial lugar y cesa
de sonreír la gracia de la mesa
que es regocijo de hombre sano, ansío

olvidar este frívolo desvío;
si no alumbra en mis ojos la sorpresa
que antes me dio la natural belleza
(que me es ahora teatro del hastío),

no me importa; si el libro ya no tiene
la maravilla antigua, no me importa:
todo es como hoja seca que va y viene.

Mas lo que el pensamiento no soporta
es que haya roto por llamarme amante
mi voluntad de hierro y de diamante.

*

Sé de una fuente mansa y silenciosa
que sobre antiguo mármol se derrama
lenta y constante. El agua que rebosa
jamás refleja un rostro ni una rama.

Vierta la noche azul la luna en ella,
o abra su golfo de oro la mañana
donde naufraga la postrer estrella,
la solitaria fuente siempre mana.

¡Generoso dolor que siempre llora,
fuente que el agua da calladamente
como el Tiempo su hora!...

Conozco una pasión que nadie mira,
que nadie escucha y sin cesar suspira,
perdiéndose como agua de la fuente.

*

La he buscado a mi lado, la he buscado
como se busca a la felicidad.
Acá y allí, más lejos y a mi lado...
Ojos, ¿de qué me sirven? ¡Ya no está!

¡Quién pudiera ser joven otra vez!
tanto como lo fui cuando la vi
amorosa y jovial, buena tal vez...
como en mis pensamientos la sentí.

¡Ha pasado! ¿y por cuál jardín pasó?
¿dónde la huella de su pie quedó?,
¿en claro enero o indeciso abril?

¡Oh, pálida mujer, cual de marfil!
te llamo sin cesar, tú, ¿dónde estás?
te busco, ¿volverás?

*

A la materna Tierra que cintila
en la informe tiniebla, cual pupila
de leopardo, le pedí la fuerza
pánica de cantar su alma dispersa.

Pues poeta cosmógrafo con sabia
voz quise hablar de su incansable savia
y descubrir sus alas misteriosas
en la naturaleza de las cosas...

¡Alto designio que el amor destierra!
que ¡ay! en la cruz de más humilde estado
tan sólo hablé de mi pasión humana.

Porque sólo una cosa vi en la Tierra,
mi alma llena de sí, que ciega y vana,
va como un serafín avergonzado.

*

Será una tarde gris y suave como
todas las otras tardes que se ven,
con su poco de sombra, con su asomo
de tristeza... ¿por quién?

Y nada bello habrá de nuevo, nada:
como siempre en mi mesa un libro abierto,
quizá una rosa ajada...
¡ah!, pero aquella tarde yo habré muerto.

Y se desprenderá en la suavidad
de la tarde fugaz mi espectro pálido,
y se levantará

como joven mujer del lecho cálido...
y seguirán cayendo como antes
igual que hojas marchitas, los instantes.

*

Si yo estuviera ciego todo ruido
como eco de perdón y de clemencia,
me haría murmurar: manda la ausencia
la voz que ni una sola vez he oído.

Y si arrastrara el aire confidencia
de pétalos, diría: ha sonreído
y su sonrisa está, como un vestido
de comulgante, llena de inocencia...

Y si a la sombra de un rosal florido
descanso un día, pensaré que ha sido
esa sombra tranquila, su presencia

que al fin se inclina sobre mi existencia...
Sólo ciego veré en esa apariencia
quieta por fin la sombra que he seguido.

*

Yo sé bien que otra vez te quise mucho,
pero hace tanto tiempo, ¡pero tanto!
que del lejano tiempo sólo escucho
dentro de mí, sin causa siempre, el llanto.

Es un sollozo como un ala viva
y una espina en la sombra la apuñala,
¡ira torpe en la mísera cautiva!
y el ala en sangre y traspasada, el ala

se agita siempre en sangre y traspasada.
¿Ha existido ese tiempo? No tal vez...
Pero una cosa es cierta: una mirada

vista en el fondo de una edad pasada,
(sobre las tumbas, sobre mucha nada,
entre las almas) por primera vez.

*

Hospitalario y fiel en su reflejo
donde a ser apariencia se acostumbra
el material vivir, está el espejo
como un claro de luna en la penumbra.

Pompa le da en las noches la flotante
claridad de la lámpara, y tristeza
la rosa que en el vaso agonizante
también en él inclina la cabeza.

Si hace doble al dolor, también repite
las cosas que me son jardín del alma.
Y acaso espera que algún día habite

en la ilusión de su azulada calma
el Huésped que le deje reflejadas
frentes juntas y manos enlazadas.

*

En la serenidad desoladora
que tiene un rostro indiferente y frío,
muestra el orgullo el natural bravío
que flaquezas con máscaras decora.

Se rinde la mirada que es traidora
de lo que tiene: el pasionado brío
busca en el pecho su lugar sombrío,
no en la fisonomía locutora.

Y aunque impasible y calmo y sosegado
figure el rostro como un agua muerta,
adentro está el despecho y el llamado

y el sollozo y la sangre de la herida...
Que aunque esté de la mano fiel cubierta,
ya no es nuestra la lágrima vertida.

*

Nadie interrumpa con la queja vana
el gran silencio de la carne humana
que en inconsciente nada se resuelve
y al sitio de antes que naciera vuelve.

Nadie se asome al sumidero lento
de sangre, donde todo el elemento
que amó fermenta en un montón sombrío
destilando sin ruido en el vacío.

Nadie se asome que el llamar no puede
renovar ese adiós que nos precede,
ni hará que torne lo que fue mirada.

Que es la vida un bocado de alimento,
(pero no eterno) que voltea un viento
silencioso en las fauces de la Nada.

*

La muy pobre fortuna que deploro
es de un valiente contendor esclava:
una felicidad pasada clava
en la desdicha actual su lanza de oro.

Me empaña con su gracia azul el lloro
la sonrisa que antaño contemplaba.
Poca es la saña de la suerte brava
cuando el recuerdo es el mejor tesoro.

¡Engañoso consuelo! porque en vano
piensa en el dulce hogar el que lejano
siente en comarca hostil, hostil el frío...

Mas cuando no recuerdo todo pierdo.
Yo soy lo que viví; y es el recuerdo
lo único que puedo llamar mío.

*

Antes, sin conocer la delicada
felicidad de mi dolor, decía:
¡Dios quiera que se acerque pronto el día
que esté de olvido el alma traspasada!

Hoy, pensando en aquella fantasía,
me parece que fue una desdichada
blasfemia, pues jamás, nunca, por nada,
decir adiós a mi pasión querría.

Porque ella fue mi juventud y siento
que la viví por ella,
¡la juventud que se ha llevado el viento!

Pero que yo recuerdo cada día,
como quien por haber visto una estrella,
recuerda al firmamento en que lucía.

I

Tornasolando el flanco a su sinuoso
paso va el tigre suave como un verso
y la ferocidad pule cual terso
topacio el ojo seco y vigoroso.

Y despereza el músculo alevoso
de los ijares, lánguido y perverso
y se recuesta lento en el disperso
otoño de las hojas. El reposo...

El reposo en la selva silenciosa.
La testa chata entre las garras finas
y el ojo fijo, impávido custodio.

Espía mientras bate con nerviosa
cola el haz de las férulas vecinas,
en reprimido acecho... así es mi odio.

II

Odio era: no es. Que ya no existe
esta otra fiebre de la carne viva.
A tanto que se muere no resiste
este otro orgullo de violencia altiva.

Antes era mi ser todo tormenta,
todo contradicción, lucha, mentira;
tendía la mirada turbulenta
el arco de la ira.

Y en divergentes fuerzas me partía,
y hoy soy hogar de sólo una energía
suprema, que alimenta un gesto eterno:

un amor pensativo y doloroso.
Por él soy como un lago silencioso,
entre grandes montañas, en invierno...

*

Lejos brillan abiertas las ventanas
como escudos de bronce que protegen
al hogar, y solemnes entretejen
lejos, sus dos lamentos dos campanas...

¿Aquí, por qué aquí mismo, aquí, he venido?
Vuelvo siempre lo mismo que un lucero.
Donde me despedí yo siempre espero,
y siempre espero donde la he perdido.

Los astros siembran la región serena
como encendidas flores de verbena...
Yo bebo de esta paz, bebo este olvido

y me recojo el ser en una suave
resignación, que esto será quién sabe
lo que Dios ha querido...

*

Soñé con un jardín noble y perfecto
de color mortecido y atenuado,
inmutable, severo, sosegado,
antiguo y uniformemente recto.

Dos paredes de evónimos oscuros
cortados con paciente simetría
y en el medio un estanque donde había
tornasolados cárdenos e impuros.

Y aquí un reloj de sol sobre una piedra
ruinosa que abrazaba larga hiedra,
e inmóvil, un pavón en el sendero.

Jamás pasaba el viento. Y allí, en vano
como una lenta sombra iba un anciano
de alguna lenta sombra carcelero...

*

¡La triste suerte mi divina suerte
de no sentir la herida de la muerte!
Siempre esperando lo que nunca llega,
siempre esperando pero siempre ciega.

Hogaño espera lo que ayer quería,
de nuevo dice lo que ayer decía...
cuando de todo me hace más lejano
la muerte que me lleva de la mano.

Tú pasas, Tiempo, pero vas furtivo
como un cristiano que a la catacumba
lleva una rama de ciprés votivo,

tú hieres, Sombra, pero no te veo,
pues ya inclinado ante la hambrienta tumba
me alza los ojos mi primer deseo.

*

Si soñar es vivir, viví. Mi propia
sangre gusté y en verso la celebro.
Volqué como divina cornucopia
mi corazón colmado en el cerebro.

Viví sintiendo mi rumor, hablando
conmigo nada más, con el empeño
de ver sólo lo que iba imaginando.
Y quizá de la vida me hice un sueño.

Hoy siento despertar a mi memoria...
Con la inutilidad de un ciego miro
y no comprendo nada más que al cielo,

al cielo que ya no es cosa ilusoria.
Y hoy que a vivir empiezo más suspiro,
porque lo que comprendo no es consuelo.

*

Si yo nací para más alta empresa
que arrojar el honor de mis deseos
a los ligeros pies de una belleza,
como se echaba el guante en los torneos,

me avergüenza mirarme en este instante
aperezado en la amorosa idea,
y mientras el espíritu oscilante,
sin sufrir por los otros, nada crea.

Pero si yo nací para ir siguiendo
como en un valle de silencio y calma,
el fuego fatuo que yo mismo enciendo,

déjame con la frente pensativa
contemplando en el prado de mi alma
la estela de la llama fugitiva.

*

Muda está la oración, como suspensa
de secretos que nunca tendrán voz.
¡Lánguida y resignada tarde inmensa,
prolongada de adiós!

...Y con una pereza dolorosa
bambolea un ciprés su copa grave
como negando sin cesar... ¿Qué cosa
vale la pena de algo en este suave

momento disipado en seda y sueño?...
Muda está la oración y la mirada
muda, la reconoce compañera.

Solo aquí dentro, solitario dueño,
la Memoria de espinas coronada
habla al Silencio y solitaria espera.

*

—¿Cuándo te dije mi secreto alado?,
¿cuándo paseaste con tu buen amigo?,
¿cuándo, las frentes juntas, he mirado
la guirnalda de flor de estar contigo?

—Cuando quedó tu lágrima conmigo,
cuando sin verte te sentí a mi lado,
cuando un atardecer nos fue testigo
un lucero en el cielo abandonado...

—¡Qué cosas tan lejanas las que dices!:
lloré más... y más tiempo enamorado
contigo fui... salieron más estrellas...

—¡Qué cosas tan lejanas las felices!
—¡Si parece que nunca te he encontrado!
—Porque los sueños no dejamos huellas...

*

Solitario y doliente en noche clara
y misteriosa —tú también misterio—,
paseaste en la actitud de quien soñara
las alamedas junto al cementerio.

¡Romántico a la antigua! que la moda
trueca la gran corbata acresponada
o el chaleco de pana y acomoda
la melena de intento descuidada:

cambia la barba, pero el pecho, ¿cuándo?...
Aunque en fúnebre copa no bebiste,
no por eso te sientes menos triste

y aún piensas que es amar llevar sangrando
el deseo de amar; y hosca la frente,
vas solitario, pálido, doliente.

*

La estival sinfonista en la alameda
muerde el pálido fresno y donde muerde
una incipiente yema el árbol pierde
y en su lugar lágrima de ámbar queda;

el leve y devorante fuego deja
aureolando en el cirio un lirio ardiente,
pero quema la cera: arde el presente
cándido y opalino de la abeja.

Pareciera que toda cosa bella,
(no digáis de la estrella),
vive sobre algún lloro y hace un mal.

¿Qué maravilla, pues, que, siendo hermosa
la que en mis labios es refrán y glosa,
me tenga herido el corazón tan mal?

*

Sonó una campanada lenta y honda
en la tétrica noche, en el acecho
del tiempo. La sentí profunda y honda
cual manos que golpeasen en mi pecho.

Y así decía: ¡un año se ha extinguido!...
Oh, alma mía, ¿qué has hecho,
qué has perdido, qué has hecho, qué has perdido,
el año que en tiniebla se ha deshecho?

—Un amigo se ha muerto, un libro, acaso
el más bello, no nace; y a tu paso
las columnas de plata se han caído...

¡Y tampoco este año has dicho nada!
Lloremos, porque cada campanada
con mis lágrimas, ¡otras!, ha venido.

*

Viene la aurora que las frondas verdes
con pálido fulgor tímida dora.
Penumbra, el alba rosa te devora
y como un largo tornasol te pierdes.

A esperar vuelven todos. No recuerdes
más, no recuerdes más. Esta es la hora
de preparar tu día. ¡Esta es la aurora!
¡Olvida, tú que el alma te remuerdes!

Esta noche febril e interminable
en que tanto he nombrado un nombre amado,
¡ay!, me ha dejado más inconsolable

porque ninguno contestó al llamado...
¿Quién dice que ha venido un nuevo día?
La noche me acompaña todavía.

*

Cuando en la noche azul me quedo solo,
miro a mi lado para ver si estás...
La noche es dulce y triste y yo estoy solo,
la noche es silenciosa y nada más.

Entonces creo natural, ¡y tanto!
que tú estés a mi lado, aquí, a mi lado,
—algo tan natural como mi llanto—
y que hablamos, habiéndonos callado...

Siento que miran. Dice el pecho: es ella.
Levanto la cortina: es una estrella;
pasa una mano por mi frente, y veo:

no es su mano, es la mía...
Y quedo solo en la quietud sombría
de la noche, sin pena y sin deseo.

*

Feliz vivir el del pastor que lejos
de todos, en la pampa solitaria,
contempla los inmóviles cortejos
de astros sobre la gran mudez agraria.

Y oye a la alondra y ve las cortaderas
de empenachada espuma y junco airoso,
y la mirada envía a las praderas
donde albea el rebaño silencioso.

Y olvidado y tranquilo, cuando llena
de oro y diamante se abre la mañana,
un día más no hace temblar su fe.

Pues no le hiere una secreta pena,
ni le cautiva una esperanza vana,
que en nada espera porque a nadie ve.

*

La longeva y oculta madreperla
cuando se hiere el blanco seno, vuelve
del sueño estéril y la herida envuelve
con su irisada lágrima, la perla.

Hay quien de su dolor se hace una joya;
y lo sé, porque canto lo que pierdo.
Sobre la misma herida del recuerdo
la mano del artífice se apoya.

La madreperla, solitaria afina
el oriente del nácar escondido,
como el amor en soledad sentido

de más clara pureza se ilumina,
y el silencioso tiempo lo engrandece,
como a la perla que en los años crece.

*

La misteriosa y móvil mar conmueve
su torso de ira, relumbrante red,
y rebramando el fondo sordo, al leve,
prístino, ingenuo azul del cielo ve...

Como imbricado de guirnalda breve
parece el mar lejano... Pero ¡qué!
¿no hay un ansia divina que le lleve
donde una piedra esté?

Sí; y en desesperado anhelo llega
y despedaza su cabeza ciega,
rompe sus brazos de pasión perenne...

Sé de otro anhelo así desesperado,
así ciego, así eterno y desgarrado.
¡Contra inmutable piedra un mar solemne!

*

En verdad, senda suave, soy tu hormiga,
y, mieses rumorosas, vuestro grano;
asno del leñador, soy tu fatiga,
y astro admirable, tu admirado hermano.

Inevitable Hora, soy camino
de tu pie inevitable de fantasma,
y para ti, Pasión, soy polvo fino
que trémula tu mano loca plasma.

De todo lo que amo soy un poco,
y el espíritu en éxtasis confundo
con todo lo que miro y lo que toco.

Sólo de un ser estoy siempre lejano,
inarmonioso... Y me pregunto en vano
si en verdad ese ser es de este mundo.

*

La firme juventud del verso mío,
como hoy te habla te hablará mañana.
Pasa la bella edad, pero confío
a la estrofa tu bella edad lejana.

Y cuando la vejez tranquila y fría
de color virginal te haga una aureola,
no sabrá tu vejez mi estrofa sola,
y te hablará cual pude hablarte un día.

Y cuando pierdas la belleza, aquella
adolescente, el verso en que te llamo,
te seguirá diciendo que eres bella.

Cuando seas ceniza, amada mía,
mi verso todavía, todavía
te dirá que te amo.

*

Contempla, vida, el daño que me has hecho,
como mirara el viento, — si pupilas
brillaran en sus alas intranquilas —
la terraza de flores que ha deshecho.

¿Acaso piensas que es hazaña noble
encorvar la altivez en carne humana?
Es más fuerte que yo la flor temprana.
Firme monte no soy, ni viejo roble.

Mi larga humillación no me avergüenza,
ya que es honor que a diario me levanta
luchar contigo, aunque jamás te venza;

y tu rencor un verdadero signo
de que algo soy, puesto que clavas tanta
saeta de oro en este flanco indigno.

*

Vuelve la vagabunda luna al cielo,
vuelve a la rama la temprana flor,
al dolorido ser vuelve el consuelo
y del consuelo en pos vuelve el dolor.

Vuelve la nave de latina vela
al puerto en que dejó un mentido adiós,
vuelve el Recuerdo al cementerio y vela
lo que ha sido mirada, beso y voz...

Pero no vuelve el día en que te he visto
por la primera vez, ni vuelve el día
en que te pude hablar y no te hablé;

pero no vuelve el pecho que contristo
el mal que daba vida cuando hería,
ni el tiempo de esperar lo que esperé.

*

Manos arbitradoras de destino,
que ahora entrelacé sobre mi pecho
como es de arrepentidos el derecho,
sobre vosotras la mirada inclino.

Nunca os había visto, manos mías,
con tanta senectud que me previene
que es fuerza apresurar —la noche viene—
la corona que hacéis todos los días.

Pocas cosas os quedan ya que hacer
en la tierra alumbrada de la luna,
pocas cosas os quedan ya que hacer...

Quizá conduzcan de otro ser la suerte
de paso frágil a mejor fortuna;
y quién sabe si no me darán muerte.

*

¡Cuánto escribí!... Y sin embargo nada
ha dicho un poco, un poco de mi ser;
¡cuánto he deseado! y vedme: ¿qué deseada
cosa llegué a tener?

¡Cuánto lloré! mas ¿qué misterio es ese
que yo he sentido y para qué no sé?
Porque lo mismo estoy cual si no hubiese
llorado nunca. ¿Para qué lloré?...

¡Oh, noche! apaga como a un cirio mi alma.
No me dejes pensar, soñar, sentir,
no me digas que quise.

¡Oh, noche! envuelve con tu dulce calma
tanta inutilidad, tanto vivir
en vano, y lo que soy y lo que hice...

*

Cuerpo, que vas hollando las violetas
de las cosas humildes y secretas
y sintiendo como una despedida
el perfume del árbol de la vida,

sereno vas con la ambición quebrada,
sereno vas... ¡y cuánta cosa ansiada
que ya no ansías! y por eso amigo
mío, me das consuelo y te bendigo.

¡Oh, cuerpo mío, casa silenciosa,
donde la vida pasa, silenciosa
como un leve suspiro;

¡oh, templo de penumbra y de plegaria
noble mansión de un alma solitaria,
como a un castillo en el confín te miro!

*

Con el casco opulento alta la testa
recta y firme, el mirar como soñado,
sobre extendida garra la otra puesta
y ola de hierro el cuerpo recostado;

por su actitud de contenido empuje
e inmóvil en su estampa soberana,
¡cómo impone el león!... Si a veces ruge
como un metal resuena la mañana.

¡Oh, prisionero! ruges... Mas graciosa
llega la dama del vestido rosa,
que a tu cabeza que se humilla asusta

bajo el pompón de seda de su fusta...
Pues tampoco tu fuerza es un amparo
contra la dama del vestido claro.

*

¿De dónde vienen, de qué inaccesible
templo, de qué país maravilloso,
las sombras que nos dan un imposible
beso en el sueño vago y silencioso?

¿Las coronas que en sueños nos coronan,
las flores que llevamos, mas dormidos,
y las mujeres blancas que abandonan
nuestros febriles brazos extendidos?

¿Quiénes están soñando con nosotros
cuando soñamos? ¿quiénes son los otros
seres que no veremos ni hemos visto?

¿Y qué piedad desconocida quiere
que me vengas a hablar y que te espere
cuando apenas si existo?

*

Busque el que pasa tanta noche clara
fija en el cielo la mirada ardiente,
la presentida huella de una rara
estrella, acaso bella, pero ausente.

Busque otro el áureo disco dirimente
de toda unión, de todo orgullo, vara,
aunque él le obligue a recatar la frente
y a ofrecer margaritas a la piara.

Que yo tallado en cedro más diverso,
en cualquier estación o instante adverso,
no busco nada más que una mirada.

¿Que no la encuentro? Es esto poca cosa:
feliz soy por estar como la rosa
esperando, sin verla, a la alborada.

*

¿Oíste alguna vez, desfalleciente
en la oración, un canto de pastores,
cuya alegría entristeció tu frente
por recordar amores?

¿Volviste alguna vez por donde, niño,
la dicha te ha llevado de la mano,
y ciego de tu edad, con su cariño
fuiste otra vez... sabiéndolo lejano?

¿Y solo, en tu silencio, has repetido
la frase que ella habría comprendido
y que has callado en vano?

Así recuerdo, mi memoria es ésa:
junta está la belleza a la tristeza,
como dos rosas en la misma mano.

*

Despedirse de *tanta, tanta cosa*
que me tuvo tan larga compañía
y al fin y al cabo es lo que más valía,
viéndolo bien, ¿no es cosa dolorosa?

Porque yo escribo este soneto y siento
que divido mi vida en dos mitades:
una es de nube, se la lleva el viento,
y otra es de tierra, toda realidades.

Yo me pregunto si tendré la fuerza
de olvidar tanto sin que al fin se tuerza
la ilusión que es preciso me mantenga.

Y de veras no sé, no sé qué hacer...
Acaso nada, no sentir, no ver,
y dejarse llevar por lo que venga.

*

Mas ya que despedirse es necesario
y puesto que éste es el deber de ahora,
el alma, ¿por qué llora?:
¿no ve que despedirse es necesario?

Y eso de estar viviendo en puro engaño
no abraza bien con tanta fuerza de alma...
¡Breve es la vida! Llegará la calma.
¡Deje que pase un año y otro año!

Y ya que despedirse es necesario:
¡adiós rostro de amor, mansión de gracia,
que sin quererlo ha sido mi desgracia!

¡Y a mí mismo el adiós! pues, solitario
me alejo en lo que fuí... ¡Tanto que era!...
y es más, rayo de luna en la pradera.

*

Tranquilo y majestuoso río ha sido
mi Silencio en que nace mi labor
como un nenúfar; y el mejor favor
que me concedo es el pasar sin ruido.

Y un igual sentimiento hay en mi amor,
que por tranquilo nunca se ha sentido,
que por callado todo lo ha perdido...
Fui como en la tiniebla blanca flor:

no alegra la mirada,
mas perfuma la sombra de su olvido;
fui como el tiempo inánime y silente

que está siempre con uno y no se siente;
fui cual rayo de sol en su vestido:
¡la tibia y áurea cosa que no es nada!

*

Fin he puesto al tumulto pasionario.
La tormenta sombría de mi alma
se aclara en una inmarcesible calma.
Y aquí estoy: ¡para siempre solitario!

¿Esto es lo inevitable? ¡No! Yo he visto
que todos son felices... Yo la pierdo.
El tiempo es de callar. Sólo el recuerdo
recordará que existo.

Porque al fin yo me quedo solitario.
Yo que el primero la nombré con pena
y en vano la llamé: ¡Era tan buena!

Y ahora, corazón, que el funerario
custodio te custodie, triste hiedra;
y ahora, corazón, hazte de piedra.

*

¿Qué es esto: ayer no más árbol desnudo
y seco, abandonado, inmóvil, mudo,
de nuevo al cielo azul joven te elevas
pomposamente lleno de hojas nuevas?

¿Y aquellas ramas rotas que tenías,
y aquellas hojas secas que veías
como instantes caer, adónde han ido?
tanto antiguo dolor, ¿desvanecido?

Bajo la maravilla de hojas verdes,
no lloras lo que pierdes;
retoñas en la misma cicatriz

y flor se llama lo que fue quebranto...
¡Comprendo cómo puedes vivir tanto,
árbol feliz!

*

Te has ido y no te has ido; te alejaste
¡y nunca tan presente como ahora!
En mi mirada estás cuando te llora,
siempre te llora porque te ausentaste.

Me basta ver la casa en que viviste,
la puerta, el árbol deshojado, el techo,
me basta preguntar: ¿qué hay en mi pecho?
para verte otra vez, pálida y triste.

¿Adónde podrás ir que no te dejes?
¿dónde que no te vea, aunque te alejes?
A tu lado quizá te olvidaría,

pues siempre estoy con lo que está lejano,
(lo sabes, juventud: fausto de un día):
yo siempre estoy con lo que está lejano.

*

Toma mi oro, pasajero, y tú,
no importa qué mujer, mi juventud.
Pues toda la riqueza más querida,
mi riqueza mejor, está perdida.

Y todo lo demás no importa nada:
igual cosa es la hoja marchitada.
Bellos ojos que amé no veré más;
sus ojos no me mirarán jamás.

¿Vivir? ¡qué pobre y miserable cosa!
¡Que se lleve quien quiera lo que soy:
nada es bello ni bueno desde hoy!

Ya no salen estrellas ni la rosa
florece, pues sus ojos he perdido.
¡Si ya no sé vivir!: ella se ha ido.

*

Todo esto es bueno y tiene misteriosa
gracia. Y alrededor todo es dulzura
y rebosa alegría cual rebosa
la penumbrosa pérgola frescura.

Como es su deber mágico dan flores
los árboles. El sol en los tejados
y en las ventanas brilla. Ruiseñores
quieren decir que están enamorados...

¡Dios mío, todo está como antes era!
Se va el invierno, viene primavera,
y todos son felices; y la vida

pasa en silencio, amada y bendecida;
nada dice que no, nada, jamás...
Pero yo sé que no la veré más.

ENRIQUE J. BANCHS

El libro de los elogios

ELOGIO DE LOS TITIRITEROS

—Entrad, señor mio,
Y vereis la bella durmiente del lago
Y al oso que roba la miel del estio
Y á Puck el travieso y á Marta y á Yago.

Tamboril, ahora,
La danza aldeana de la calavera,
Ya es hora, ya es hora,
Al primer durmiente le doy una pera.

Sòlo un sueldo, dama,
El sueldo menudo que dais al mendigo,
Por ver salamandras danzando en la llama
Y la gitanilla del pelo de trigo.

Además la farsa de las dos raposas,
La raposa roja, la raposa abuela,
Esta como abuela rondaba las chozas,
La otra entretanto, la sendica vela...

—Hombre
Que llevas el orbe dentro un carretón,
Hombre enharinado ¿quién sabrá tu nombre?
¿Quién sabrá si tienes nuestro corazón?

Porque el nuestro quiere los tibios hogares,
La mesa á las doce, la amistad preclara,
Tú, invierno y verano vas por los lagares
Hilando la vieja farsa de Megara.

Tú, eres como un galgo del solar huido
Y nosotros somos viñas arraigadas.
Tú, eres una loca veleidad, un perdido
ensueño... Nosotros, obras sosegadas.

Salud, zorzal loco,
Salud, flor y flauta,
Para ti el librado de este mundo es poco,
Tu rocin no sabe de cerco ni pauta.

Nuestra aldea es suave,
¡Quédate en la aldea!
—Yo soy una copla con alas de ave...
Entrad, ahora empieza «Tristano y Andrea».

ELOGIO DE AGUILAS BICÈFALAS

El retoño latino que prende en el flanco de América pura
Con la voz de argentinas trompetas saluda á las águilas dobles
Cuyo vuelo en el cielo, tramado de hazañas, de Europa asegura
La victoria perenne arraigada en las testas hurañas y nobles.

El águila arisca rendida á la guardia de pies aurorales
A los pies aurorales y magnos de Zeus y luego encendida
En la cresta de inmensas legiones romanas de huellas triunfales,
Levanta su vuelo á la tierra de Odin misteriosa y dormida.

Una testa latina, una testa sajona clavadas en un acerado
Macizo de carne movido en los cielos por dos alas regias,
Figura en el pecho del Tiempo gran simbolo augusto y sagrado,
Cual dos alas preñadas de todas las cosas heróicas y egregias.

Los monarcas que tienen los ojos azules y van por los montes.
Por amor de princesas cautivas, con cien paladines de blanco,
Y que al ruido de armas y cascos apartan los cuatro horizontes,
Las hicieron labrar en pesados escudos de buen hierro franco.

Desde entonces su vuelo cuajado en blasones de piedra y de imperios.
Preside los gestos de toda una raza que aherroja el Futuro
Y que marcha en un ruido de sueltos corceles y torvos salterios
Hasta el fin de los fines sin fin, con el paso glorioso y seguro.

Palomas murieron. Palomas de Ceres y rosas de Grecia,
Mandolas y guzlas ahogaron sus hijos los blandos orioles,
Cuando vino, rompiendo zodiacos el ala del águila recia,
Mas alta que todas las cosas más altas debajo los soles.

Dos picos que irian al cielo à robar al gentil Sagitario
Las puntas de lumbre que guarda en su aljaba é irian también
A romper atrevidos del Cisne divino, el azul, solitario
Cuëllo gracioso que alumbra al trovero del piè hasta la sièn.

Y por eso el retoño latino que prende en el flanco de América
Saluda á las madres aladas de hombres grandiosos y justos...
Ya nuestros condores alientan el ala soberbia y homérica
Que clava en el éter de toda una patria los gestos robustos.

ELOGIO DE UNA LLUVIA

Tres doncellas eran, tres
Doncellas de bel mirar,
Las tres en labor de aguja
En la cámara real.

La menor de todas tres
Delgadina era nombrada.
La del mirar de gacela
Delgadina se llamaba.

—¡Ay!, diga porqué está triste,
¡Ay!, diga porqué suspira.
Y el rey entraba en gran saña
Y lloraba Delgadina.

—Señor, sobre el oro fino
Estoy tejiendo este mote:
«Doña Venus, Doña Venus,
Me tiene preso en sus torres».

En más saña el rey entraba,
Más lloraba la infantina.
—En la torre de las hiedras
Encierren la mala hija.

En la torre de las hiedras
Tienen á la niña blanca.
¡Ay! llegaba una paloma
Y el arquero la mataba.

—Arquero, arquero del rey
Que vales más que un castillo,
Damè una poca de agua
Que tengo el cuerpo rendido.

—Doncella si agua te diera,
Si agua te diera, infantina,
La cabeza del arquero
La darán á la jauria.

—Hermanitas, madre mia
Que estais junto al lago, dadme
Agua... pero, no la oyeron
Las hermanas ni la madre.

Y entonces vino una lluvia,
Vino una lluvia del cielo,
Lluvia que se parte en ruido
de copla de romancero.

La niña que está en la torre
Tendia la mano al cielo...
De agua se llenó su mano
Y la aljaba del arquero.

ELOGIO DE ESPADAS ARCANGÉLICAS

La iglesia de mi pueblo tiene dos grandes ángeles
Sobre el cedro tallados, de oro y plata vestidos,
Y entre las grandes manos oprimen los arcángeles,
Dos aceros tranquilos, pesados y dormidos.

Tienen un porte grave de lictores romanos
Los dos grandes y alados donceles. Tienen una
Actitud de columnas de imperio. Más que humanos
Son mármoles labrados y erguidos en la bruna

Soledad de ese templo. Nuestro templo es sencillo:
Tiene cirios perpétuos y el cementerio cerca;
El cura es como un niño que gobierna un hatillo,
Y á ratos cuida el huerto con su viña y su alberca.

A veces me pregunto qué harán las dos espadas.
En las manos pesadas de los ángeles tiernos...
¿Si serán los aceros llenos de llamaradas
Que vió un hombre britano caer en los infiernos?

En el pueblo que siega vellones y racimos
Las dos espadas duermen un sueño de cien años.
En este pueblo manso, mansamente vivimos
Y no hay filisteos ni perversos rebaños..

Por eso las espadas grandiosas son serenas,
Y á la luz de los cirios se llenan de rocios,
Es como si en broqueles que embrazan manos llenas
De dulzura, lloviese miel de bosques umbrios.

Las espadas tranquilas más que rayos de guerra
Parecen dos coronas de plata distendidas,
Para ungir á los hombres que trabajan la tierra,
No para ser en épicas sañas encendidas.

Más ¡quien sabe! Se duermen las águilas del monte
Y no siempre el reposo con las águilas sufre.
Acaso estas espadas hieran si el horizonte
Suelta las nubes bíblicas de llamas y de azufre.

ELOGIO DE LAS SALAMANDRAS

¡Oh, caminito de mi aldea!
¡Cómo te quiero! ¡Cómo te quiero!
¿Dónde besé primero?
¡Oh, caminito de mi aldea!

¿Tienes aún palomas?
¿Y tus olivos nuevos?
¿Y tu cabaña? ¿Y tus acebos?
¿Tienes aún palomas?

Una noche no habia luna
Y fui á verte caminito
De sombra y olor bendito...
Una noche no habia luna.

Una luciérnaga herida
Remolineaba en la sombra:
En la sombra vaga asombra
Una luciérnaga herida.

Y luego los dos ojuelos...
La salamandra medrosa
Medrosilla y misteriosa...
Y luego otros dos ojuelos.

Las dos salamandras azules,
Las dos salamandras albas,
Las dos salamandras malvas,
Las dos salamandras azules.

Caminito en tu sombra y tu olor,
Perseguían la gota de luz
Los dos gnomos de espaldas en cruz,
Caminito en tu sombra y tu olor.

Las salamandras eran gentiles,
Parecian pulseras abiertas
De pupilas muertas.
Las salamandras eran gentiles.

Eran sagradas en la medianoche,
Gnomillos de musgo y cristal
De ciénaga y de pedernal,
Eran sagradas en la medianoche.

Una se fué con la gota de luz,
Como un hada que lleva en la frente
Un lucero naciente,
Una se fué con la gota de luz.

ELOGIO DE PRORAS INTRÉPIDAS

Vengo á hacer un elogio de proras atrevidas,
Las que en el mar sonoro dejan largas heridas,
Salpicadas de hazañas, cual chispazos tremendos
Del golpe de la gloria.

Cuando dejan los puertos proclaman las campanas
Y gritan: Domadores de las cosas humanas
Y de las armonías de los cuatro elementos
Dejad el lecho blando.

Dejad los lechos muelles y los brazos amantes,
Y las viñas riquísimas y los dulces instantes
En que se oyen las fablas al calor del hogar.
Dejad, los atrevidos.

Y de los grandes puertos parten gallardamente,
Con magestad divina de universo naciente.
Las naves y los remos, las velas y los hombres,
Camino de los limites.

La ruta undosa acechan la pupila febea
Neptuno poderoso, la nivea Galatea;
Tritones y delfines les siguen á los flancos
Y arriba, el arco iris.

Y ya son las riquezas que el viejo Cadmo lleva,
De la fenicia costa para la tierra nueva,
Y entonces van las proras como envios reales
De trigos y de púrpuras.

Y ya calladamente deja la costa un dia
Traidor, traidor Eneas, por la voluble via,
Y va á engarzar la lumbre de una gema troyana
En la rosa latina.



¿Cuál númen ó cuál hombre fué presa de más furia
Que aquél varón de Itaca que sufrió tanta injuria
De la onda irritada? Más la onda no pudo
Romper al ingenioso.

Ved, ceñida de rosas se ha entregado al Destino
La prora vuelta al lado del áureo vellocino.
Esta prora hizo mucho para salir del mundo...
Navega todavía.

La Epopeya descansa su mano prodigiosa
En la prora del barco de Aquiles, valerosa.
Allí, rasgó la citara el hijo de Peleo,
Allí, rasgó la citara.

Y aun llegan á nosotros de los barcos esquivos,
Aun llegan las dolientes trovas de los cautivos,
Y de las carabelas que á Guanahani llegaron
El pean de las victorias.

Yo he lanzado la prora del blando verso de oro,
Yo he lanzado la prora para el viaje sonoro...
Navego todavia, navego todavia
En busca de armonia.

ELOGIO DE CAMINOS CON DAMAS Y MENDIGOS

La mancha blanca del raso
En la grupa del rocín,
Mediodía y aire laso
Y casas en el confín.

Los cuatro cascos del asno,
Cuatro sarmientos de Abril,
La flor rosa del durazno
Lloviendo en lluvia gentil.

Sobre el camino con ruido,
Con ruido de copla en flor,
De copla que se ha vertido
Lejos, desde un mirador.

Y los tres mendigos viejos
A la linde del linar,
Uno que dice consejos,
Otro que se pone á orar.

Y el de más allá que es uno
Que fué húsar y galán
Llora un cantar importuno
Que besa pidiendo pan.

—Yo me fuera á la abadia
En el claustro á reposar,
No quieren que entre de dia,
Ni de noche, á descansar.

—Yo me fuera á la aldehuela
Donde tenia un portal,
Donde cae la nieve, abuela
Que hila un vellón letal.



—Yo soy perro del camino,
Perro viejo sin solar,
Sobre el camino mi sino
Llueve en la luz estelar.

Y un pájaro: hombre mendigo
El sol es tu caridad
Y al caer la tarde sigo
Tu sino en la eternidad.

Las damas blancas ya llegan,
¡Ay, qué triste es su reir!
Como de fuente que ciegan,
Como luz que va á morir...

El camino solitario
Se ha llenado de un reir
De monja enferma y un vario
Lamentar que apena oir.

Cintas, sedas, sedas, cintas,
Barbas y llagas en flor,
Barbas en invierno tintas,
Mejillas llenas de amor,

Se confunden y en el manso
Camino lleno de paz
Hallan las damas descanso
Y los mendigos solaz.

Descanso de aquella vida
Frivola, suave y gentil,
Solaz en esa florida
Carne de rosal de Abril.

Y un pàjaro del camino:
—La vida es como en vellón
Que hilan las hadas del sino
Mientras llora el corazón.

ELOGIO DEL VERSO QUE LLEGA

Por el puente de nácar hilado,
Por el puente de nácar cuajado,
Por el puente de nácar y miel
Va nuestro corcel.

Y es su crin siete copos de nieve,
Y es su aliento azucena que llueve,
La herradura es de boj y cristal,
El corcel es tal.

Que la trompa se llene de viento.
Ha venido el corcel-pensamiento,
Y ya al puente real de la rima
Su casco aproxima.

Se aproxima el bridón de Harmonía.
¡Que alumbre los aires la trompetería!
Y que deje su senda el romero,
Su forja el herrero.

Apartad, heraldos, á los mesoneros.
¡Afuera rufianes! ¡Afuera falderos!
El euritmico potro aproxima
Y el puente se anima.

¡Asombrad vuestros ojos! Ya asienta
Su pié cristalino, su pié de tormenta,
Sobre el puente de lumbre de Osiris,
Leche y arcoiris.

¡Asombrad vuestras manos serenas
Y asombradlas con todas sus venas!
¡Las dos alas asombre el halcón,
La crin el león!

Ved que en donde los cascos cayeron
Cuatro fuentes de aroma se abrieron,
Cuatro airones de gracia y amor
Y aliento de flor.

Y las madres—sonrientes tributos—
De sus vientres acercan los frutos;
Ya están las doncellas, ya están las galanes
Y los capitanes.

También vino la carne que piensa,
La que sopla la ráfaga intensa,
Que á las fuentes del gayo decir
Quiere bendecir.

...Por las fuentes que abrió, ¡oh, Poesía!
El corcel de la madre Harmonia,
Es más hondo el vivir y más suave
Que nido de ave.

ELOGIO DE CLAUSTROS EN PRIMAVERA

¡Oh, buen Dios, oh Dios tan bueno
Como el hogar en el valle!
¡Qué dulce el vivir! ¡Qué lleno
De rosa y miel! ¡que no calle

La alondra de los aleros!
Que no calle, que no calle
Hasta que haya diez luceros
En el cielo y sobre el valle

De mi alma. ¿De mi alma?...
Alma mia ¿qué luceros
Te dan tanta luz y calma
Materna y gentil de aleros?

—La del claustro prisionera
Serena y florida calma.
¿No sabes que es Primavera?...
Y en Primavera mi alma.

—¿Quièn es la monja rosada,
Rosada de primavera?
Quien es la blanca entocada
En el claustro prisionera?

—Preguntador, no estoy presa
Aunque me ves entocada.
Amo el ala de ave opresa
Sobre la nuca rosada.

...Y todo està sonriënte:
Monja de dulzura opresa,
La rosa, el laurel, la fuente,
La alondra en el claustro presa.



Hoy es Santa Primavera:
La rosa, el laurel, la fuente
Están en charla ligera
De amor,
Y el claustro sonriente...

ELOGIO DE LOS FILÓSOFOS

Son los asnos de la vida
Porque son meditabundos
Y tienen la piel dormida
Y los ojos muy profundos.

Los vimos en los caminos.
Callados iban, callados,
Con airecillos divinos,
Pero asnos, por reposados.

Como los asnos ancianos
Que dejan tranquilamente
Que los corderos aldeanos
Le hurten la buena simiente.

Asi estos hombres, éstos,
Se dejan robar el pan,
Pues tienen los ojos puestos
En las nubes que se van.

Como los buenos asnillos,
Tranquilos van por las rutas,
Donde se mata, sencillos
En medio de las disputas.

Redomas del pensamiento,
Ellos son los poderosos,
Pero van sin erguimiento,
Como los asnos añosos.

Son una fuerza vital.
Como los asnos son fuerza
Puramente material.
Ellos son la fuerza inversa.

Su goce es placer interno
Y gustan de ese placer
Como los asnos de un tierno
Brote que entra á florecer.

Juzgan á los hombres como
Los juzgan los miserables
Asnos: ¿el Hombre? un asomo
De las cosas despreciables.

Filósofo: la vida cobra
El deseo de la muerte.
Asno: ¡Si la vida es obra
De la estaca del más fuerte!

—Bendito sea lo inerte
Imagen de nuestra alma.
—Bendita sea la muerte
Que por fin nos dará calma.

Dice el filósofo: pienso
Luego soy, pues tengo idea.
Y el buen asno dice: pienso
Para que ahora y luego sea.

En las gradas del Pecilo
Tienen el porte sereno
Trascendental y tranquilo
De los asnos entre el heno.

Trayendo á Dios de la aurora
Cuentan que alguien los ha visto,
Como el asno que otra hora
Nos traía á Jesucristo.

Con el asno pasa una
Humildad sin felonía,
Y el hombre que piensa aduna
Humildad y sabiduría.

Los asnos portan los suaves
Frutos en su lomo lento
Y los filósofos graves
Frutos de conocimiento.

ELOGIO DE LA SIMIENTE

La vida futura encerrada en el grano
Es como una Odisea dentro de una sien.
¡El misterioso origen, el origen arcano
Del trigo y de la encina que hogaño no se ven!

La simiente es como una palabra de profeta
Sobre las multitudes. Es pequeña y es nimia...
La laboran las Horas en redoma secreta
Y el porvenir recoge generosa vendimia.

La simiente es la larva del laurel y del roble
Que darán dulce sombra para nuestras cabezas,
El gesto que la siembre debe ser gesto noble
Como caricia amada que siega las tristezas.

La casa de los pàjaros sale de la simiente
Y nadie sabe si ésta que mi pupila mira,
Se tornará campànulas al borde de una fuente,
O remos de las barcas ó combas de la lira.

Caminante que dejas la sombra en el camino,
Si en él encucntras una simiente, no la huelles,
Sumèrgela en la Tierra, hija del Sol divino:
Talvez contenga el cetro de tus nietos, los reyes...

ELOGIO DE JARDIN ES MADRIGALESCOS

La noche con los luceros
Sonriendo sobre las ramas
En flor; y los caballeros
Con sus damas.

—Florinda, ¿qué barca es esa
La del farol temblador?
—La barca de la condesa
Blancaflor.

—¡Ay, mis damas! Los laureles
Me acarician los cabellos.
Los laureles son los fieles
Pajes bellos.

—Pero, ved, señora mia
Que aun traeis en los cabellos
La vieja galanteria
De los bellos,

Que al pasar junto á las ramas
Rompieron flores gentiles
Los laureles... Pajes, damas
Tamboriles...

—¿ Tamboriles ? ¿ quién los suena ?
¿ Cual la copla y quién la canta ?
—La copla es copla que pena,
Pero encanta.

Encanta como ese ruido
De alas en los surtidores...
¡ Ah, no digais del gemido,
Surtidores !

Bajo las magnolias lloran
Los surtidores de plata.
Igual que mi voz imploran,
Dama ingrata.

Entre los geranios algo
De lánguido y largo pasa.
¿Será tu brial ó el galgo
De la casa?

Buen barquero, buen barquero,
Cuando salgas del jardin,
No turbe el barco coplero
Mi violin.

—Eh! dos sombras del sendero.
Eh! sombras en los rosales...
—Callad que hace el caballero
Madrigales.

Madrigales á la buena
Noche en los parques ducales,
Madrigales á mi pena,
Madrigales...

ELOGIO DEL REPOSO

Llenemos de nardos y rubios panales,
De blancos vellones de blancos rebaños,
La grave actitud de los padres fluviales
Que están en el mármol sonriendo à los años.

Los muslos sagrados están en la tierra
Y son penetrados de olor y rocio.
¡La tierra! la estrella que fuentes encierra
Y da el lirio blanco y el roble sombrio.

La tierra reposa. La tierra está en una
Quietud laboriosa. Y en ese reposo
Se cria el diamante de luces de luna
Y el bronce, preludio del gesto glorioso.

Y Dios, entre el coro de liras y espadas
Está pensativo sobre ese reposo
De todas las cosas que fueron creadas
Y luego reunidas en mundo armonioso.

La estrella es reposo. Su lumbre que llega
Apenas se mueve. Por eso es tan suave,
Por eso no turba, por eso no ciega,
Por eso parece pupila de ave.

Reposo es la idea. La frente que piensa
No hace ruïdo. Tampoco la entraña
Cuajada de amores que agolpa la intensa
Pasión del futuro, la gesta y la hazaña.

Huid del agora. La plácida y quieta
Paz de los humildes. El dulce y callado
Vivir de los buenos. He aquí la secreta
Mansión del reposo, solar de lo alado.

Los olimpiones y los capitanes
Aman más que el apio y el lauro y el oro
Después de las lides rendir los afanes
En lechos mollares. He aquí su tesoro.

¡Ah, el lecho en la trilla! Se tienden las mozas,
Los miembros lozanos, manojos de seda,
Se alargan en recias fruiciones briosas
Y en la húmeda tierra la curva se queda.

Se queda. En las huellas que imprimen las piernas
Vendrán por la noche los grillos cantores
Y sobre el olor de la carne, más tiernas
Tendrán las gargantas: serán ruiseñores.

Dormir es primicia real del reposo,
Dejar que la Muerte se prenda á los nervios.
La almohada es más dulce que un prado oloroso.
Dormid: vuestros hombros serán más soberbios.

No hay rey, no hay Aquiles, ni César ni Orfe
Que esté con el cetro la noche y el dia.
La calma del cuerpo genera el deseo.
Durmiendo les llega la sabiduria.

Que pese el Destino sobre estas cabezas,
Que pesen los males, los gritos bravios.
Estad en reposo, estad sin fierezas
Al modo sagrado de los padres rios.

ELOGIO DE LA CORTESIA

Arquitrave lleno de rosas,
Lleno de nidos y de cigarras
Y de fábulas armoniosas
Y de brotes de viejas parras.

A tu sombra suave, arquitrave,
Se sonríe el alma gentil.
Arquitrave, á tu sombra suave,
El espíritu está en Abril.

La cortesía es un arquitrave
De la arquitectura social,
De la arquitectura que sabe
El olor y la gracia floral.

4

A su sombra los caballeros
Y las damas son vencedores
Con los gestillos lisonjeros,
Más vencedores que gladiadores.

Por ella todos son fuertes.
¿Qué no debela una sonrisa?
Hasta los mármoles inertes
Suspiran como la brisa.

Los Bárbaros son medrosos
De la ática galanura,
Derramada en los muy hermosos
Gestos mojados de dulzura.

Los jabalíes humanos
Doman los fieros colmillos
Cortesía, si las manos
Sienten de tus pajecillos.

ELOGIO DE LAS MUJERES QUE PASAN

¿Las estrellas se han puesto á caminar?
Y ese ruido...
¿Las citaras se han puesto á sollozar?
Y ese ir y venir tierno y rendido...
¿Se ha puesto acaso á caminar el mar?

La espuma y los lotos,
Los nácares rotos,
Los vientos remotos,
El mar que tiene senos
Que se sonrien llenos
De ansias de fuertes abrazos,
¿Ha llenado mi calle de pasos
Vibrantes, galantes, triunfantes
Consonantes,
O menudos y timidos y acariciantes

Como luz de estrellas
Que riegan gratisimas huellas
De misterio eterno,
O lánguidos, llenos de rezo y suspiro
Como notas de citara, tierno
Sollozar que lloran en pausado giro
Cordajes de citara en tarde de invierno?

¿No sientes que dejan una gracia amarga
Esos voluptuosos ires de las hembras?
En la calle amiga
Que el paso fatiga
¿No sientes que dejan una gana larga
De alcanzar perlinas
Estrellas de siembras
En tierras divinas?...

Porque son estrellas sembradas al paso
Del Amor, por tierras que desconocemos
Pasan y las vemos
Y nos acordamos de un intimo abrazo

Que tenemos guardado, guardado
Para fugitivas
Mujeres esquivas
Que hemos admirado
Por vez primera y última al doblar la esquina,
Al vaivén de la mágica oleada femenina.

Mujeres que nunca más
Hemos de volver á ver
Nunca más, nunca jamás
Y que por haber pasado,
De amor la calle han rociado
Y la hicieron florecer:
La melancólica hora
Que llenasteis de saudades
Al pasar vuestras bondades
En mi calle soñadora,
Quiero tenerla en mi vida
Siempre encendida, encendida
De recuerdo musical
Para poderla besar
Con un beso espiritual

Que tienda la esencia mia
A la armonia
Del mar,
De la estrella
Y de la citara bella
Que se ha puesto á sollozar.

ELOGIO DE LA MÚSICA

Música está en luz y sombra
Como el ojo que vió Cain.
Duele, besa, endulza, asombra
Y nadie ha visto su fin.

Va en dulcedumbre ó en ira
Desde el glosario de la cigarra
Hasta el guerrero que delira
Y la nave que desamarra.

Música es lluvia,
Música es sol
Y también espiga rubia.

Música es olor de Dios
Y abatimiento de girasol
En media luna de hoz.

EL ELOGIO

Escépticos no somos. Todavia
Creemos en el triunfo de lo bueno,
En la necesidad de la armonia
Y en la hermosura de lo que es sereno.

Al pensar doloroso damos freno
Y dejamos que en aras de alegria
El loco corazón salte del cieno
Y rompa un vuelo mágico en el dia.

Hemos visto las cosas de este mundo
En un instante de felicidad
Y por eso es jocundo



El verso que celebra sus esencias,
Como celebra el cirio la piedad
Vuelta lumbre, de todas las conciencias.

ELOGIO DE LAS LÁNGUIDAS MIRADAS

Á la vuelta ¡oh, mis niñas!, de un camino
Me asaeteó el espiritu una larga
Mirada de mujer. Fué como un óleo
Frio y denso que ungió toda mi alma.

Nunca senti como sintiera entonces
El hondo acariciar de una mirada
Que promete quien sabe cuantas cosas
De leyenda sentida y no pensada.

Como estaban los pájaros dormidos
En las ramas en flor y nuestra casa
Parecía una abuela soñolienta
Sobre un vellón que hilara,



Dime á pensar en cosas muy sutiles,
Serenas, armoniosas y lejanas,
—Estrellas, mandolinas, versos frágiles—
Dime á pensar mientras tornaba á casa.

(A la luz de una estrella una mi novia
En la mandola borda una balada
Y al enviarme los ojos besadores
Puñalada de miel me da en el alma).

Esas miradas lánguidas, mis niñas,
Saben á muerte... —Morirán las blancas
Magnolias y la hierba del sendero
Abandonado les dará mortaja.

Moriré yo también calladamente,
Como mueren las hadas en las fábulas,
Tú quedarás para llorarnos... —Siento
Que una mano me toca en sus miradas,

Una mano de muerta que me toca
Las sienes en las lánguidas miradas...
A la vuelta, ¡oh, mis niñas! de un camino,
Fui herido... Un padrenuestro por mi alma.

ELOGIO DEL SONETO

El soneto es la nave señora del Adriático,
Los remos á sus flancos gentiles se hacen rimas,
Y lleva ya los oros de las siegas opimas,
Ya el féretro de mármol de un príncipe lunático.

Dos capitanes miran al zodiaco extático,
Y en lo lejano un arco primaveral de cimas
Hace añorar la gracia de los sedantes climas
A dos novias guardadas en el bajel errático.

A cuatro remos mueven cuatro moros robustos,
Los otros cuatro remos son de hijos de los moros,
Y los seis que se quedan son de corsos augustos

En aquesta señora que canta en su camino,
Gustan de dar al orbe sus más limpios tesoros
Las rosas musicales del buen rosal latino.



ELOGIO DEL SUTIL RAZONADOR

Hombre del grave discurso
Tu palabra se derrama
Como granos de dulzura
Sobre el coro de las almas.

¿Qué rey tuvo mejor corte?
¿Qué princesa mejor guardia?.
Tú estás rodeado de espiritus
Como la esencia sagrada.

Tu dulce razonamiento
Fluye y danza, gime y canta,
Hombre que estás razonando,
Hombre de la toga blanca.

El molino de tu frente
Muele la espiga sagrada:
Grano de conocimiento
Para la familia humana.

Palabras que lleva el viento,
Pero al quedar enredadas
En el viento dejan una
Estrella que no se apaga.

La gracia de tu discurso,
El encanto de tu parla,
Nos endulza el corazón
Para toda la jornada.

Puede más tu gesto débil
Que la ley y que la espada.
Palabra borra las leyes,
Palabra aceros amansa.

Hombre, tu razonamiento
Los ceños graves àclara,
El sutil razonamiento
Ablanda doncella huraña.

Tu socrática elocuencia
Reina como una gran águila
Sobre los valles sombrios
Y las màs viejas murallas.

Y ese gajo de ironia
Que en tu verbo á veces pasa,
Es la fuerza haciendo burla
Del galguillo que le ladra.

Tolerancia filosófica
Unge toda tu palabra,
Nada de cóleras sueltas
Ni de gritos en la plaza.

Para ti los ramos de apio
Hombre sutil que derramas
Grano de conocimiento
Sobre el coro de las almas.

ELOGIO DE LA PENUMBRA

Gestos indecisos movidos apenas
En un medio tono de sombra naciente,
Por lánguida mano que no tiene venas,
Ni color, ni yemas, en el fondo huyente.

Vellón oloroso, ramo de verbenas
Que el perfil dejaron en el vago ambiente,
Os amo en amor de las cosas serenas
Que se van por siempre de la pobre mente.

La penumbra finge una seda anticuada,
Con una acuarela que se descolora
En las agonías de una tarde amada.

Para pensar nada mejor que la penumbra,
Para llorar nada mejor que aquella hora
En que se calla el pàjaro y la estrella se alumbra.

ELOGIO DE LOS CORDEROS DE UNA PASTORA

Como es Primavera
Ella tiene los senos afuera,
Afuera de aquella randilla de suave percal,
Temblorosa al impulso que enferma en suspiros
La carne floral.

Como es Primavera,
¡Primavera que llena de olores la era!
La era y el viejo pinar
Cuya sombra tranquila y simbólica
Parece implorar.

Los corderos son blancos,
Los corderos que están en los barrancos,
Son blancos como el sol,
Sol de esta Primavera
Que finca de hinojos nuestro girasol.

Y uno que es pequeño,
Pequeño y sedeño,
Hijo muy amado,
Hijo muy amado de un verso de Teócrito,
La testa descansa sobre el seno osado.

Y le invade una
Sedativa caricia de luna,
Cuando la cabeza menuda y graciosa,
Digna de que la abran á los pies de Diana,
Descansa en la carne gentil y olorosa.

Corderillos,
De los madrigales del campo, sencillos
Como ruidos de flautas de cera,
Sois como los niños rubios
Esta Primavera.

San Francisco os hubiera besado
Con un prolongado
Beso suspiroso,
Corderillos del hato de aquella pastora,
Estrofas y rimas de un canto saudoso.

ELOGIO DEL BRONCE

Cual la virgen llorosa que está en el sepulcro de Midas,
Tu vida es más larga que todas las más largas vidas.
Como el casco que tiene en la testa la diosa de Atenas,
Tu excelencia es más alta que todas las cosas terrenas.

En la edad que salió de tu seno los héroes combaten,
Y los pechos, cual chorros de halcones, palpitan y baten,
Lo que está de la Historia primero y la Historia no sella
Gime al robusto galope de bigas que suelta Epopeya.

¡Epopeya! Gran ruido de bronce prendido en la Edad
Como está en nuestra vida prendida la causalidad.
Con el hombre se alzan tus claros peanes broncineos,
Así con la Aurora se alzan los potros helinços.

Bronce era el escudo de Alcides cantado de Hesiodo,
Salomón levantó en bronce y cedro su templo en el lodo,
En el bronce prendió siete cuerdas divinas Terpandro
Y el coturno de bronce al homúnculo alzó de Menandro.

Son de bronce los galgos rampantes que cuaja el blasón,
Y de bronce la espuela del buen caballero bretón,
Y el martillo que el Dios de la niebla golpeaba en los montes
Y el color que desangran de tarde los cuatro horizontes.

¡Ay! los ojos humanos son ciegos, los ojos humanos
Aun no han visto en tu rostro qué huella te dejan los vanos
Minutos que pasan. Perenne en las cosas nacidas
Cual la virgen llorosa que está en el sepulcro de Midas.

Cuando el Bárbaro llega á los cívicos muros, entonces
Las campanas gloriosas agitan sus lenguas de bronces,
Y después que se ha ido tú das al futuro profundo
Las formas del hombre simbólico del Hombre y del mundo.

ELOGIO DEL BAÑO

El agua es como una diosa
Que se sonrie en mil senos.
Tiembla y conversa armoniosa
Como los seres serenos.

Es un espiritu suave
Que al contacto de la luna
Desfleca el circulo grave
Que dulzura y gracia aduna.

¡Ay, de los cuerpos garridos,
Los cuerpos de las mujeres,
De primavera floridos,
Floridos de amaneceres!

¡Ay! de los cuerpos sensuales
Que se dan lánguidamente
A los abrazos florales
De la ria y de la fuente.

¡Ay, del agua y sus espumas
Que en rumor de tamboriles
Rompe un puñado de plumas
En los torsos infantiles!

Y el olor de hoja y rocio
Que dan los cuerpos rosados
Y tibios al perlerio
Del agua rota en puñados.

Más suave es la piel, más suave
La bañada en el arroyo.
Déjame agua que la alabe,
Agua que le das apoyo.

Es suave porque le llegan
Hojas de sauce y rastrojos,
Y porque en ella se ciegan
Los que espian, malos ojos.

Pero á te y á rosa te
Aroma la piel morena,
Metida en la linfa de
Una pileta agarena.

Satánicamente aleve
Quisiera ser el galán
Por mirar la pierna breve
Desde un lecho de sultán.

Y quien pudiera, ¡oh, pecado!
Ver á la pálida monja
Todo el cuerpo desnudado
Que el agua de lluvia esponja.

Agua de lluvias ligeras,
Agua en el claustro cogida,
Cuando se doran las eras
Y la primavera es ida.

El baño es un beso largo
Que quedó en el agua ciega
Y despierta del letargo
Cuando un cuerpo se le llega.

Cristalina, fresca veste...
¡Ay, laureles, ya gimió
La mujer que se da á este
Lecho en que Venus nació!

ELOGIO DE LOS ANGELES

Liras perennes, liras
Llenas de voces de niños,
Piras aladas, piras
Piras de santos cariños.

Vaya mi voz, casta voz,
De espiritu, voz de bardo,
Vaya como una gran hoz
Que siega el olor del nardo.

Como de órgano de oro y cedro
Vaya mi voz...
En el valle de làgrimas medro
Y en la luz de Dios.

Fuentes de luces, fuentes,
Soy un zorzal del valle...
En angélicos halos lucientes
Mi voz estalle.

Estalle, estalle, estalle,
Dedos, pupilas, sienes
Del Ser que gobierna el valle
De lacrimosos bienes.

Soy un zorzal, zorzal,
Linas perennes, liras,
Ejército floral
Que al Sumo Ser aspiras.

Oid el espiritu que manda
Amparéis mi dulce ensueño
Y la herida planta que anda
Al final y santo sueño.

La atmósfera está bendita
De vuestras alas y en ella
Siento el ruido de la cita
De tantas alas de estrella.

Todos los actos humanos
De heroico y venusto rito
Son ángeles arcanos
Que vuelan al infinito...

Una tarde, escrito está,
Liras perennes, liras,
Mi alma á las liras volará...
Alma ¿por qué suspiras?...

ELOGIO DE OJOS ASOMBRADOS

El asombro es como un viento blando,
Como brisa que besa abedules,
Brisa mansa que está suspirando
En los ojos profundos y azules.

Hoy trajimos al niño que impera
En la casa con su balbuceo
Más amado que la Primavera,
Un zorzal de cartón. Y aun le veo

Cuando el pájaro abría las alas
Y rompía en el pico un gemido,
Los ojillos llenar de sorpresa...

Dulce asombro que grácil resbalas
En los ojos del niño querido,
Cuando naces, la Vida me besa.

ELOGIO DE NOVIAS MODESTAS

Canto las novias calladas,
Las suaves,
Las novias enamoradas
Y graves.

Canto las novias sencillas
Y piadosas,
Dormidas mariposillas,
Lamparitas armoniosas.

Nos besan sin hacer ruido,
Nos abrazan castamente
Y dejan sabor á nido
En los labios y en la frente.

Aman una casa pobre
Y un amante dulce y manso
Que diga palabras sobre
La caridad y el descanso.

Ellas dicen: muy amado,
Toda riqueza en el alma,
Ya no andes más desmandado
Tras las luces, haya calma.

Paramentos
¿A qué vienen?
Solo tienen sentimientos
Los que tienen.

Desde el fondo
Del salón,
Su mirar es largo y hondo
Y entra, rey, al corazón.

Modestas y recatadas
Son màs hadas y señoras
Que las señoras y hadas
De las fablas soñadoras.

Modestas. Nuestra Señora
La Dulzura es su madrina
Y llenan de astros la hora
De la vida peregrina.

ELOGIO DE ACTITUDES ESTATUARIAS

Ser en un punto bello del espacio
Y ser hermosamente,
Es el secreto, hermanos, que despacio
Nos va acercando á la suprema mente.

Pulir el músculo sobre la tierra
En la comba graciosa é imprimir
Una huella que encierra
El ideal de ascender y persistir.

Sellando de infinito lo mudable
Se encanta nuestro paso por la vida.
La carne es breve sobre lo inestable,
Pero larga será de Bello herida.

Lo que asciende es gallardo,
Es molusco y amorfo lo vencido.
La juventud es nardo,
La decadencia es como un ojo hundido.

Sed entre los relámpagos, serenos,
Como los grandes pinos.
No detengáis los potros agarenos
Cual se detiene un asno en los caminos.

Una mirada lánguida y sedosa
Para la tarde mansa,
Y una fabla armoniosa
Para la hora sacra de la danza.

Cuidad que vuestra corva
Parezca un nervio erguido de ballesta,
No el lazo vil que estorba
La alpargata mal puesta.

Tocad los bucles lacios,
Cual si tocara un loto una sirena
Y haced de suerte que buscais topacios
Si perdistéis un clavo entre la arena.

Dormid confiadamente como Aquiles,
En trazas á los númenes fieles,
Y acordad que remilgos femeniles
Cosa de dueñas es, no de cinceles.

Hablad á la socrática manera,
Gestos calmosos, voz larga y segura,
De modo que la cara suelte afuera
Del espiritu grave la dulzura.

Recostados al borde de una roca
Pareced Prometeos ó Solones,
Abrid la grácil boca
Para dar paso á las anunciaciones.

Bebed las aguas del silvestre curso
Cual Jacinto mirándose en el lago,
Y haya en vuestro discurso
Ironia y salud, no pobre halago.

Soltad la voladora flecha hiriente
Cual centauros labrados en la piedra,
Y en la fiesta pedid musicalmente
La corona de hiedra.

Armonia, armonia en todo gesto,
Armonia en el paso y en el grito.
La sien, el hombro, el vientre, el siempre presto
Pie, sean coronados de infinito.

ELOGIO DE LA CASA POBRE

Blanca y fresca es la casa,
Las paredes purísimas,
Las sàbanas suavísimas
Y sobre todo, el Sol, que besa y pasa.

Las puertas, nuestras puertas,
Hablan como los niños.
Dicen: entrad hermano. Siempre abiertas,
Siempre abiertas à todos los cariños.

Las fallebas de cobre,
Brillantes y armoniosas
De nuestra casa pobre,
Son como notas dulces y saudosas.

El patio es muy pequeño,
Como de mirador,
Se abre el rosal sedeño
Y en el patio da olor.

Amamos nuestras plantas como á hermanos.
Ellas tienen ramillas y verbenas,
Y nosotros las manos,
Que son como azucenas.

En verano la casa tiene un aire
De humildad dominguera
Y la llena un donaire
De falda blanca y ave pasajera.

Los muebles son de pino
Cual los féretros, pero
Sudan un peregrino
Recuerdo de canción de carpintero.

Los espejos, los mudos
Espejos que nos vieron sonreir,
De niños, de donceles, de hombres rudos,
Testigos son de nuestro buen vivir.

Nuestra casuca llena de sonrisas
Vale màs que un Perù
Y los niños en ella son las brisas
Que abren las yemas del almoraduj.

Nuestra casuca es buena como una
Madre y la Madre en ella es la deidad
Que hace su alrededor santo de alguna
Unción de sacrificio y caridad.

Nuestra casa es bendita
De una sabiduria, una dulzura
Sin fin que resucita
El gesto bueno y la caricia pura.

La mesa es un senado
De muchos serafines.
En la mesa olvidamos el pasado
Dolor que dan las cosas más ruines.

¿Qué sien se pone triste
Cuando sonríe la hermanita buena?
¿Qué amargura persiste
En la hora solemne de la cena?.

En el pan que se parte
Se acaban las tristezas,
Mientras la luz reparte
Bendición sobre todas las cabezas.

ELOGIO DE LAS MANOS MATERNALES

Los que hemos visto venir
E ir
Por la casa la serena
Generosidad que llena
Tus manos, somos cautivos
De lo grande entre los vivos.
Madre, en una estampa vi
Coronados de aleli
Dos ángeles á la puerta
Abierta
Del Paraiso
Y una paloma en el friso
Que era el Espiritu Santo,
Temblorosa como un canto.
El simbolo penetré
Y es mi fé
Que en la casa son tus manos

Como arcángeles lozanos
Protectores
Y en sabia bondad doctores.

VILLANCICO

Señora, pues nos tocaron
Tus manos, ya somos altos
De alma para hechos humanos

Madre, si partes el pan
Tus manos consuelos dan.
Los sollozos
Temblorosos,
Señora, en dulzura mueren
Cuando tus ternuras quieren
Bajar á nuestros arcanos
Por la senda de tus manos.
Ahora que entro á la vida,
¿Quién de mi espiritu cuida?
Mis pupilas
¿Quien las hace màs tranquilas?
¿Quién puso signo clemente
En mi frente
Pensativa



Como fronda de una oliva?
Tus manos me han puesto al sol,
Madre. como un girasol.

VILLANCICO

Señora, pues nos tocaron
Tus manos, ya somos altos
De alma para hechos humanos.

Los que hemos visto venir
E ir
En el hogar grande y santo
El encanto
De las dos manos hermanas,
Un poco austeras y ancianas,
Somos ricos de ilusión...
¡Oh, el iluso corazón!

Sabias en adormecer
Y tejer
Y despedirnos de lejos,
Besos moviendo y consejos;
Sabias manos, sabias manos
Que perfuman nuestros vanos

Sueños juveniles con
Olor á divina unción...
Manos profundas y graves
Que estos pobres ojos suaves
Cerrarán,
Ved que en estos días van
Mis ruegos
Como ruiseñores ciegos,
A pedir que á mi cabeza
Baje vuestra fortaleza.

...Y estoy de hinojos. El Bien
De tus manos venga. Amén.

VILLANCICO

Señora, pues nos tocaron
Tus manos, ya somos altos
De alma para hechos humanos.

EL ELOGIO DE LA MUJER

Yunque de la palabra humedécete en fortaleza
Para elogio de excelsa grandeza:
Yunque sonoro, herido serás por la mujer,
Sexo del mundo y sol del ser.

Como Apolos, como Leandros, como Endimiones,
Asi, asi como constelaciones
De celestes amadores os quiero ver,
¡Oh! vosotros llegados por el dulce tañer.

Quien quiera decirlo que lo diga,
Que lo diga quien llore por su amiga,
Si mi canción no vale un maravedi:
No por el ave, por el norte de sus ojos si.

Abandona tu libro en la arena
Y tú, artesano, deja la faena,
No por la canción que querré deciros,
Si por la causa de los suspiros.

Tal el minero que encontró el diamante,
Minero de este mundo me detengo un instante:
Claro diamante alumbra mi cantar
Y á la puerta de las ciudades lo quiero mostrar.

Lo quiero mostrar á los trabajadores
Para que tengan fé en sus labores.
Grande es la torre, pequeño mi brio...
Oid el canto mio.

De claridad celeste, de claridad celeste,
Claridad del nido del Sol: el Este,
Vestida está tu alma, ¡oh, mujer! ¡oh, mujer!
Yema la más mágica del árbol del ser.



Ni la montaña con sus cóndores, ni el mar con sus
[sonrisas,
Ni las grandes liras alabarderas de las brisas,
Ni las barbas de lirio de un bisabuelo,
Ni el venablo heridor del zodiaco del cielo.

Ni la Guerra con su crin de culebras,
Ni el jardín de Academo, ni el Sol y sus hebras,
Ni el desierto y su calma,
Copian la hermosura de tu alma.

Alma en santo sentir maestra,
Vida, dulzura y esperanza nuestra...
Sentido de Divinidad tiene esa alma que suspira
Y alza nuestros brazos al cielo y los baja á la lira..

Alma de mujer que animas la casa fria,
Alma de mujer que alegras la leprosería,
Pequeño es el vaso del mundo para tu semilla,
Y mi Yo, grano de arena, á tu paso se humilla..

Mi humildad será exaltación,
Mi encadenamiento, redención.
El nardo dobla sus alas al rocio.
Humildad á sublimes cosas es poderio.

Por tu yugo seré fuerte,
Por la unción de tu gracia dislocaré la Muerte.
Sienta cerca de mi tu andar sereno
Para alzarme de fortaleza lleno.

Como el cirio alumbra la estancia,
Como el seno derrama la lactancia,
Lámpara de sublimidad, pecho de fecundidad,
Tu alrededor, alma de almas, es generosidad.

¿Quién abrirá el arca de tu misterio?
Tú, sabes cuando iremos al cementerio
Y también cuál estrella nos sonrie:
Mi destino en ti se deslie.

Caminantes del camino celestial:
La mujer nos señala el castillo ideal.
¡Ay! de aquel que al castillo anima el ala
Y olvida á la mujer que lo señala.

Yo no fuí á las agoras de la Fama,
Por más encenderme, mujer, en tu llama,
Ni junté hacienda, ni lauro, ni honor palatino,
Pero me regocijé en el goce divino.

Bienaventurados los que no tienen malsueño
Por empañamiento de triste beleño
Y se duermen con tus manos en su cabellera
Por que suspiran en el circulo de Primavera.

Y los que jóvenes quieren morir,
Bienaventurados si te encuentran en su ir:
Para ellos se abre, musical y tembladora,
Una selva de aurora.



Al borde de los senderos bendigo la Vida
Y con la palabra de mi boca la proclamo muy querida:
Ignoraba que vivia y una vez
Tus ojos tocaron mi espiritu y lo llenaron de mies.

Al pié del templo dijo el eleusino:
—¿Qué es màs hermoso, la luz ó el vino?
Una doncella por ventura se sonreia
Y se secaron los pàmpanos y se turbó el dia.

Preñado está su mirar
De un deslumbramiento de sol sobre el mar.
Más promesas hay en sus pupilas inquietas
Que en los coranes de cien profetas.

Nuestros ojos son harto ceguezuelos
Para llegar á sus molinos de consuelos:
Muelen el sacrificio de todos los dias
Que nos borra de la sien las melancolias.

¡Haya azucenas en los siderales rastros!
¡Alza los ojos á los astros!...
Vuestros pensamientos sencillos
Rinden fortalezas y abaten castillos.

En vuestras manos cintila el arma arcangélica
Y á su claridad célica
Se abate al halcón de rapiña:
Toda garra se ablanda cuando pasa una niña.

Bendita y bendita, santa y santa,
Junto á ti la paloma se levanta,
¡Caridad y amor profundo
Y arista del cielo engarzada en el mundo!

¿Por qué seremos tan ciegos? ¿Por qué seremos
[tan ciegos?
Balaam recoge el flujo de nuestros ruegos
Y el ánfora de estrellas que nos alumbra el paso
Está triste y llorosa y abandonada acaso.

Cuando no te abracemos abrazaremos el vacío,
Cuando no te besemos... ¡ay, del labio con frío!
Cuando te demos la mano enviará Eternidad
Una de sus palomas al gesto de amistad.

No sabemos por qué te amamos.
Mujer, montaña iluminada, ¿por qué te acatamos?
¿En el foro ó en la cátedra explicaremos el amor?
¿Qué sabe la rama de su flor?

¿Cómo hablar del amor si no somos los originantes?
Somos la música, no los órganos gigantes.
Somos las espadas, no las manos,
Y raíz sólo seremos de nuestros futuros hermanos.

Palabras de mujer, laboratorio de enigmas,
Ojos de mujer, solares paradigmas...
Una tarde nos besa una mujer
Y todo se llena de símbolos sin amanecer.

Entra á mi casa sentimental,
Florecerá el rosal:
Con todas mis lágrimas florecer no quiso;
Mira, y darán flores rosal y citiso.

Otra vez bendiré la Vida y lo que por ella vibra
En este metro que es vuelo de águila libre
Porque tuve pocas penas y muchos amigos
Y para mi, dió la cizaña grano albarigo.

El consuelo y la buena nueva
De madres y hermanas y esposas se eleva.
En verdad que alguna mujer me hizo entristecer,
Mas ¿quién no halló gajo sin florecer?

En verdad, amigos, que ois mi razón,
Alguna mujer me hizo doler el corazón:
Dama Vulgaridad de nardos no se cura
Y duerme al pie de los castillos de dulzura.

Pudo alguna mujer encendernos la ira
Y estrujarnos el nácar que araña la lira:
Esposa sin cariños no es esposa,
Mariposa sin alas ya no es mariposa.

Aprendamos de nuevo el noble morir,
Sobre la arena, con el escudo, bajo el lucir
De un agradecimiento de ojos femeniles:
¡La Vida! ¡La Vida! si la piden miradas gentiles..

Nos extinguimos como secas ramas.
Apaguémosnos como llamas
Alumbrando la emoción de una mujer,
Y entremos por ella resueltamente al no ser.

*
* *

Violetas para vuestras muñecas y juglares
Cuyos hombros chirrian como viejos telares
Os traerá el hermano de ojos apagados...
Será cuando las rosas mueran en los cercados..

Hermanitas, hay violetas en las mañanas.
Abril y violetas tempranas...
Las llevaré á vuestros cuartos tibios como nidos,
Hermanitas, carne con mis latidos.

Una vez yo me iba á morir, hermanitas,
Y vosotras vinistéis temblorosas y queditas....
Aun siento los besos en mi mano pálida,
Dormida sobre las sábanas como una gran crisálida..

Por aquellos besos de la tarde dolorosa
Y por aquellos otros de una tarde gozosa,
Mi mano grande y pálida os librará de cuitas,
¡Oh, mis maravillosas, mis familiares princesitas!

Cuando vuestras manos frágiles entran en mis [cabellos
Una santa felicidad desciende sobre ellos
Y mi actitud la imágen toma
De un centauro rendido por una paloma.

Vuestro y mio fué el mismo seno sentimental;
Hermanitas, somos facetas de un mismo cristal:
A vosotras os hiere la luna
Y à mi me hiere el Sol que es toda mi fortuna.

No en vano tenemos los ojos suaves
Turbados de una misma sombra de alas de aves:
Muchos años miraron nuestros ojos de niños
Las familiares cosas llenas de cariños.

No en vano el pan partimos sobre la misma mesa
Y juntos nos dolimos de una misma tristeza;
No en vano, pues hogaño venis á mi,
Hermanitas, como las abejas al aleli.

Pasaremos el rio de la Vida
En la barca que mueva mi mano ardida;
Pasaréis el rio de los años
Junto á mis palabras rendidoras de desengaños.

Musas pequeñas
¡Cómo consuelan vuestras manos sedeñas
La noble tristeza de este rimador
Tramado en materia y herido de amor!

Cuatro lirios tiene el jardín,
Los cuatro arrimados á la gracia sin fin
De una ingenuidad cristalina,
—Maravilla de sien divina.—

A media tarde cuando llenáis los corredores
Con ruidos de vestiditos locos y reidores
¿Quién no piensa en danzas de campánulas sobre [los lagos
Donde son músicos los magos?

Reis y las horas se detienen,
Llorais y sobre el prado nieves vienen...
Hermanitas, deslumbrado de vuestra gracia gentil
Canté en vosotras el albor femenil.

*
* *

Mujer, á la luz solar he abierto los brazos
Y te diste á los brazos que querían hacerse pedazos:
Entré en tí
Y al Porvenir me dí.

¡Salve! ¡Y salve sobre toda cosa!
¡Salve Esposa!
¡Más santa que herida que suelta la vida!
¡Más santa que mano que venda la herida!

Que siempre te alumbre el Sol,
Como en el huerto alumbra al girasol;
Que bendita entre todas las cosas tú pases, esposa,
Sonreida, besada, ideal, luminosa.

Luminosa, para la sombra de nuestra frente,
Ideal, para el despertamiento del alma durmiente,
Besada, para que los labios no se nos sequen,
Sonreida, para que los labios en ira no pequen.

Alegría y descanso
De nuestro vivir pensativo y manso,
Gajo único del laurel de las victorias
Que premia nuestras jornadas ilusorias.

Después de lanzar la jabalina
O refrenar el carro triunfal de llanta argentina,
Nuestra fatiga se corona en la paz de tu seno,
¡Oh, Esposa, del querer sereno!

Hemos juntado nuestros destinos
Y una sola estrella preside nuestros sinos;
En valle y cumbre de vida á tu gracia me uno:
De aurora à aurora seremos uno.

Por ti, en la vida nuestra miel madura
Para la colmena futura...
Vivir en amor es vivir profundo
Y es punto de apoyo para mover el mundo.

¿Qué seria de nosotros, oh, boca sonriente?
¿Qué de nosotros, sin tu mirada clemente?
Si la Esposa muriese, ¿quién viviera?
¿Y cuando seria Primavera?..

Ya sean tus cabellos de color de marfil,
O de la cerveza madurada en el Norte hostil,
O rojeños al modo de aquellos de Febo clemente
Cuando los cuatro corceles rinde en el Poniente,

Ya negros cabellos, muy negros enrules,
Que parezcan un flujo de ébano con corolas azules,
Siempre serán, tus cabellos madeja al viento
Para que hile nuestro sentimiento.

De lo alto de las casas bajan las malvas rojas;
De lo alto de los tallos bajan las panojas;
De los palomares bajan las palomas,
Y de tu cabeza un manantial de sedas y aromas

La cabellera abierta sobre la almohada
Tiene frescura de claustro para mi sien cansa
La cabellera revuelta en mis brazos,
Se torna cuna mórbida de arcangélicos abrazos

Cabelleras
Del color de las sonrisas de las eras,
Es Diciembre y las selvas umbrías
Quieren mezclar sus brotes con vuestras gallardi

Cabelleras en ondas que tiritan,
Los labios palpitan,
Entrad al huerto del garzón de Gnido
Y dense las ondas al bozo florido...

Con aroma de nardos que embriaga los camin
Como viejos vinos,
Van las cabelleras á encender la lámpara nupci
En una marcha mágica y triunfal.

Abrir el paso, heraldos, abrir,
Ya llegan al palacio del vivir,
Blandas tibias y lisonjeras,
Las auroras boreales hechas cabelleras.

Los heraldos:—Pasad cabelleras ondulantes,
Ya con gràcil ritmo de rondeles galantes,
O enarmonizando en el espacio cristalino,
Pasad con la gravedad imperial del alejandrino...

Ojos femeniles que me dan fortuna
De veneros ricos en magnolia y luna,
Ojos femeniles sed la fuente pia
Para el alma mia, para el alma mia...

Doleos de mi triste odisea
Y haced clara y suave mi idea.
Alumbradme el camino como dos cirios
Encendidos entre los lirios.

¿Cómo podré alabaros alcázares sentimentales?
Tanta excelsitud cansa mis líricos zorzales...
Vuele con alas de diamante mi oración mendiga,
Si alta esfera al diamante no fatiga.

Si alta esfera al diamante no fatiga
Y á mi amor vuestro amor no desamiga,
Que vuestro amor me guarde del amor
Ya que el amor me llena de dolor.

¿Qué cábala me librara
Si vuestro mirar llagara
El cántaro de emoción
Que me guarda el corazón?

Mi oración os pide piedad,
Más si están vuestros ojos en crueldad,
Bendita sea la herida
Y la mirada de donde fué partida.

Quien de un mirar no fué ferido
De santo mal no es dolido...
¡Ya no me guardéis: tocadme
Y heridme y desamparadme!

Como la quieta alberca visitada de un ruiseñor,
Como la guzla herida por mano de trovador,
Así será la mansedumbre mía
Si vuestra gracia la llena de melancolía.

Puertas del corazón, puertas y faros,
Ojos de la mujer ya son más claros,
Los ríos y los libros y las rosas
Desde que reposaron en las cosas.

Desde que reposaron en la locura del mundo
Todo se enriqueció de sentido más profundo:
Los gestos ataron estrellas,
Las selvas oscuras se cuajaron de huellas.

Los glosarios enloquecieron,
Los molinos se movieron...
¡Oh, maravilla de los dos nidos de aurora!
¡De la copla de nidos de toda maravilla señora!

Mujer, redoma
De milagro y amor, cristal, aroma,
Estrella florecida,
Mi cítara ha temblado conmovida.

Conmovida del problema glorioso
De tu cuerpo hermoso...
La endulzarán las nueve musas, hermanas
De las once mil vírgenes cristianas.

Al éter alzará temblor suave,
Y como un ala de ave
Conmovida de luz y deslumbrada
Al cielo llegue la razón sagrada.

¿Sobre cuál cándida cera
Grabaré la razón lisonjera,
Alabadora de la venustidad,
Unica y altísima verdad?...

¿Y en cuál camino
Oirá el peregrino,
La bendición que me llene los labios
Y se despida en ritmos sabios?

¿Cuál rosal me dará la rosa
Del color de su piel primorosa?
¿Cuál onda de los mares serenos
La comba de sus senos?

¿Cuál brote, copo ó anillo
Tiene la gracia de su tobillo,
Caracol de nieve que se queda
Dormido en una columna de seda?

Como se juntan los jóvenes cabe el fuego
A oir la fabla del abuelo ciego,
Así se juntan, mujer, en tu belleza
Todas las joyas nupciales de la Naturaleza.

Como las fuentes que bajan de las montañas
Y se confunden en las pontinas entrañas,
Así el espíritu de juventud que ilumina la tierra
Baja por santas veredas y en tí se encierra.

Dulce duda me pone lis ardiente,
Y es duda clemente y sonriente:
No sabré si al alabar tu cuerpo el cuerpo alabo
O el sentido armónico del Universo esclavo.

¡Cuerpo de la mujer, cisne de rosas,
Isla de seda, altar de mariposas,
Quién sabrá si saliste de este mundo ó el mundo
Salió de tí cual leche de seno fecundo!

Tu hermosura me torna diáfano y sereno,
Tanto es el deslumbramiento de tu seno,
Y me arma para las altas empresas
Que agrandan los corazones y las tristezas.

Cerca de ti mi ánima está confundida
Entre la sima de la muerte y la cumbre de la vida,
Confundida é inerte
Por tu hermosura que empañará la muerte.

¡Ave!, encrespa la espuma del mar,
¡Ave!, alumbra en el zodiaco el luminar,
¡Ave!, cuando se muestra la carne sonriente,
Sublimisimamente.

La piedra mansa palpita
Si tu forma resucita,
Tiembla el cristal y la plata
Cuando tu forma retrata.

La curva de tu vientre señora es de las curvas,
Con ella el alma ciegas y la pupila turbas,
Tu vientre es molde augusto donde la Especie amasa
La hazaña y la justicia que ilustran á la raza.

Cuerpo, eres la basílica de la primavera
Y la lengua verdadera
Que canta desde el amanecer
La gloria y la soberanía que no podrá perecer.

Reinas en todos los senderos
Como el trovador sobre los jilgueros,
Dominas sobre todas las cosas:
Montes, puñales, lechos y glosas.

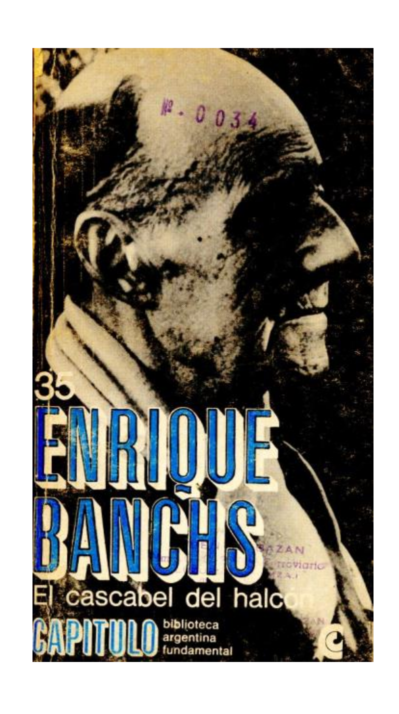
Tierra que ablanda tu pie
Se perfuma como una rosa te.
Cinto que te ha ceñido
Es cauda de cometa perdido.

En verano hueles á limonero
Y en invierno á pan casero,
En primavera y otoño hueles como
El ala temblorosa del palomo.

A medianoche palpitas á prisa
Y tu seno parece una sonrisa,
Tu seno parece una copa de rubor,
Coronada de una encía en flor.

Muéraseme el corazón,
Hágase víbora mi libro y mi ilusión,
Si cierro los ojos á tu deslumbrar
Y te olvido y entro en la vida vulgar.

Porque la vida sublimizas
Y la haces profunda entre sonrisas
Y la haces profunda, y la haces profunda,
Con tu santa aureola que todo lo inunda.



Enrique Banchs

El cascabel del halcón

Edición revisada y corregida por el autor

© 1968
CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S.A.
Avda. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA

PRIMERA PARTE

LA CAROLA

Tuit eil qui sunt enamourat
viegnent dancar, il autre non!

Guiará la ronda Dama Cortesía:
tiene en estos juegos fina monarquía;
tan sonriente y blonda
Dama Cortesía mandará la ronda.

Mesire el Estío, su galán y paje,
con todas las rosas que tiene en el traje,
doblará su busto
cuando alce las piernas el coro venusto.

Ya suena la aldaba del portal: ¿qué día
sonará la aldaba con tanta alegría?
Vaya a ver quien viene, Dama la Esperanza:
si es enamorado métalo en la danza.

Dama la Esperanza: ¡En!, los de la senda,
tanta pluma blanca, tanta azul leyenda,
vuestras voces suban hasta mis oídos:
sepamos, amigos, por qué sois venidos.

–¿Es éste el alcázar donde el placer mora?,
por favor nos diga la linda señora;
desde lejos vimos las almenas finas
que en lugar de dardos sueltan golondrinas;

y somos venidos por danzar un poco,
un poco con ese ritmo santo y loco
de las aves blancas de los palomares
y los gnomos-niños junto a los pinares.

Los novios dijeron. Cortesía a esto
se asomó al portillo. Con el grácil gesto
lánguido y galante del brazo lirado
dice a los romeros entren al cercado:

–Descalzad la espuela, desceñid los cintos:
por toda visera sarta de jacintos,
no más defensiones
que los corazones.

Ya estaban adentro. Gran fiesta que hacían.
Violas y atambores música partían.
Todos de la mano, de la mano todos,
huelgan en carolas de diversos modos.
¡Dios, qué fiesta tan hermosa!

A lo mejor de la fiesta
nuestra señora la Muerte
viene a meter su tristeza.

Tres dogos negros la avanzan,
–el Miedo, el Dolor, el Lloro–,
palpita un haz de gusanos
en el fondo de sus ojos.

–Caballero de Abril, dame la mano,
junto a mi flanco sé mi paladino;
¡oh, mi velado de ojos soñadores!,
¿no me darás tu mano de marido?

ROMANCE DE CAUTIVO

Mujer, la adorada
que está en el solar,
tus mejillas suaves
ya no veré más.

Hijos, los que quise,
mi mejor laurel:
mis hijos dormidos
nunca más veré.

Estrella de tarde
que encendida vi
sobre mi molino,
se apagó por fin.

Buenos compañeros
los que en el mesón
conmigo bebieron,
todo pereció.

Me cogieron moros
en el mar azul;
lloro en morena
la mi juventud.

–Me dirás, cristiano,
trovas de solaz;
me dirás, amigo,
por tu pro será.

–Trovas de mi tierra
yo te las diré,

princesa de moros
que me quieres bien.

"Hada, con tus brazos
quiérasme ceñir:
mis otros quereres
finarán allí."

–Te daré mis brazos,
mi cuerpo y su flor;
entra en el alcázar
de mi corazón.

(¡Ay, la tierra linda
donde está la cruz,
no he de ver ya nunca
tu horizonte azul!)

ROMANCE DE LA SORTIJA

Segador del valle,
segando la mies,
encontré un anillo
del dedo del rey.

El rey fue de caza,
por el monte fue.
¿No oís el baladro
del cuerno del rey?
Con sus mayordomos
y su arquero fiel
el rey fue de caza,
por el monte fue.

Pasaron los años,
tantos como diez.
El rey fue de caza,
nadie sabe de él.

Segador del valle
va la senda a pie,
la alforja en los hombros,
al cinto un cordel.
Como los romeros
de Jerusalén,
segador del valle
va la senda a pie.
Llamó a los palacios,
palacios del rey

un arquero viejo
por abrirle fue.
–Llévame a la reina
sin más de vagar,
buen arquero viejo
de mirar en paz.–
(La reina ha diez años
llora su orfandad.
¡Oh, mi buen amigo,
cuándo volverá!)
–No llore la reina
de hoy más su orfandad;
no llore la reina,
que el rey torna ya.
Diez años anduve
vagando al azar;
yo soy tu velado,
mírame la faz.

En mis ojos suaves
tu figura está
reflejada como
la luna en el mar.
–Romero, en tus ojos
mi frente no está
reflejada como
la luna en el mar.
Las barbas queridas
otros tonos han:
las tuyas son blancas
como el azahar.
–Diez años que anduve
vagando al azar
bien me las tornaron
como el azahar.
–Manos que tenía
no eran de mortal,
finas y clementes,
llenas de bondad.
–El sol de los campos
las puede cambiar:
rocíos y nieves
las dejaron tal.
Mírame este anillo,
de él te acordarás:
me lo diste antaño
por la Navidad.
–¡Oh!, mi buen velado,
me perdonarás:
yo te di ese anillo

por la Navidad.–
En esto que estaban
oyeron llamar
con la aldaba de oro
del palacio real.
Llega el rey, que antaño
se fuera a cazar
tras un ciervo blanco
que vio en el pinar.

BALADA

En el hostal de la Gata de Plata,
muerta la niña la villa miró;
en el hostal de la Gata de Plata,
con su guirnalda en las sienes quedó.

Toda la casa ha quedado desierta:
sólo una alondra en el viejo blasón;
toda la casa ha quedado desierta
cuando la niña rindió el corazón.

Hombre del rey ha llamado a la puerta;
con su guirnalda la muerta fue a abrir.
Hombre del rey que has llamado a la puerta,
más te valiera en la noche partir.

–¿Qué me darás a yantar, coronada?
(¡viento tan triste en el patio gimió!...)
¿Qué me darás a yantar, coronada,
qué me darás, si el hogar se apagó?

–No te daré de los vinos felices,
ni de la carne, señor, te daré;
no te daré de los vinos felices,
sobre mis labios apaga tu sed.

Sobre sus labios bebiera del vino
de los viñedos de la Eternidad;
sobre sus labios bebiera del vino:
hombre del rey su camino no hará.

Dados las manos los viera la villa;
muertos los viera y al pie del hogar;
dados las manos los viera la villa,
cuando la alondra se puso a cantar.

ROMANCE DE LA CEGUEZUELA

¡Qué pálida estaba
la reina esta noche
entre los cojines
del lecho de robles!

¿Le habrá hecho querella
nuestro rey preclaro,
y a los blancos hombros
le arrojara el jarro?

¿O ayer por la tarde
bebiera la sidra
con la barragana
sobre la rodilla? ...

–Mujer, ten un poco
tu lengua maldita:
palidez es esa
de recién parida.

Ayer en la tarde
librara la reina
de una niña, pero
le naciera ciega.

¡Pobre la naciente,
que tiene sin vida
los dos luceritos!...
¿Cómo mirarían?...

El señor magnífico
(¡que su ángel le vele!)
llora, llora y llora:
no sabe qué hacerse.

Y los cortesanos
se hablan en voz baja;
de los ojos muertos
tiran señas malas:

Villas las más lindas
cogerán los moros,
y a los recentales
comerán los lobos.

Manda el rey se junten
los sabios del reino;
manda el rey a todos

que digan su seso.

Ya son en su junta...
¡Cuántas barbas luengas! ...
La menor de todas
dos codos midiera.

Miraron los viejos
sus astrologías.
Bien que las miraron;
mejor no sabrían.

Con cuchillos nuevos
una bruja matan.
Al claro de luna
miran sus entrañas.

Beben del buen vino;
yantan los lechones;
duermen sobre sedas,
según sus sabores.

Luego que hacen pascuas
se pasan decires,
se tornan sañudos,
y estas cosas dicen:

"Vendrá una paloma
más que el sol de blanca,
picará en sus ojos
y tendrá miradas."

Las manos bañadas
en la fuente fría,
la infantina oye
la copla en la villa:

"Vendrá una paloma
más que el sol de blanca,
picará en sus ojos
y tendrá miradas."

Espera y espera
paloma de otoño
que traiga en el pico
la luz de sus ojos.

A RAMBAUD DE VAQUEIRAS

Mi buen Rambaud, ¿te acuerdas de antaño en Lom-
cuando junto a los lagos tu guitarra gemía [bardía,
y como un buen arquero que dejó las banderas
ibas sin una sola libra en tus faltriqueras?

No tenías más dama que una estrella del cielo,
te vestían tus manos, dormías en el suelo,
comías por limosna de alguna mesonera...
¡Pero tu corazón estaba en primavera!

De la casa paterna te acordabas a veces
y de las lagartijas cazadas en las mieses
y del buey de ojos tristes que rondaba la noria;

y por no tener lágrimas, juntabas a los niños;
les decías tus coplas, tramadas en cariños:
coplas para la dama, coplas para la gloria...

ROMANCE DE MORERÍA

Se está velando la luna
sobre las Torres Bermejas.
Granada duerme su sueño,
plácido, como de abuela.

La plaza de Vivarambla,
vestida de luna nueva,
duerme unos plácidos sueños
de cementerio de aldea.
Al amparo de un pórtale,
pórtale que bien la cela,
suspira Zaida morilla,
Zaida, la mora discreta.
Esa brisa de las noches
desnuda un poco la encuentra,
que tan sólo una almejía,
tan sólo, la mora lleva...
Siendo entre sueños dormida,
malos sueños se le allegan:
Un su hermano general,
general de las galeras,
está con los brazos rotos
muriendo al pie da la puerta...
Pronto se tira del lecho,
pronto se envuelve una tela;
corriera donde el amigo
que muere al pie de la puerta.

Corriera, mas sólo el viento
llora en la calle su pena.
Rato estuvo en el pórtale
bajo la luna de seda.
Sobre un alfáraz ligero
ve temblar una bandera.
El paso de ese caballo
sobre la losa no suena,
y la bandera que viene
parece un copo de niebla.
Caballero el que la trae
es sombra de ánima en pena,
sombra su lanza lunada
y sombra la tunicela.
–Zaida, rosa de jardines,
te traigo una linda nueva,
mensajero de tu hermano,
general de las galeras.
Rubia más rubia que el oro
me sigue a pie una doncella,
princesa de las Españas,
que fue nuestra prisionera.
A tu merced te la traigo
porque te calce las medias
y te peine los cabellos
y te diga cantilenas.
– Dijo así la vagabunda
sombra en la calle desierta;
dijo, y luego sólo el viento
llora en la calle su pena.
Zaida, la mora; dormida,
en el pórtale se queda ...
Granada duerme su sueño,
plácido, como de abuela.

ROMANCE DE LA PREÑADITA

Mañanita era de mayo...
Le doliera el corazón:
como niña recatada
esa cuita bien guardó.
No me digan por qué llora,
porque bien lo supe yo,
y lo saben los olivos
y también el ruiseñor.

Un día la niña estaba,
un día, cociendo pan;
sus parientes ayuntados

dan por ella en preguntar.

Cuándo estuvo en sus mirares
así quieren preguntar:
–Mujer de nuestro linaje,
quieras decir la verdad.

Si la saya se te acorta
por delante y no detrás,
y de basca y de palores
andas siempre, ¿qué será?

–Hombres de nuestro linaje,
querré decir la verdad.
He bebido el agua fría
de la fuente del pinar...

– ¡Miren esta mentirosa
cómo nos quiere engañar!
No será esta loba astuta
la que nos engañará.

Te tajaremos las faldas
por vergonzoso lugar;
no más en todos tus días
comerás de nuestro pan.–

Por la vereda del valle
la niña llorando va.
No llores blanca paloma
sin grano y sin palomar.

Primavera era llegada,
primavera ya llegó.
La niña pariera un ángel,
ángel de Nuestro Señor.

Cuando la madre se muera
santas cabe ellas estarán,
y en vuelo de alas azules
al cielo la han de llevar.

LOS NIETOS DE THESPIS

Junto a la puente por hacer danzas
paran el carro de malandanzas.

Dos hembras blondas y tres donceles,
un perro, un toldo, los oropeles.

Ellas dejaron una mañana
furtivamente la casa aldeana.

Y a medio hilado la rueca fina
junto a la puerta de la cocina.

Ellos trocaron viejos misales
por folios de autos sacramentales.

Al pie de un santo que está en martirio,
cogen el tirso, dejan el cirio,

y en la carreta del hortelano
corren las villas este verano.

¡Cuánta doncella deja la villa
por ver el auto de maravilla!

Bajo la tela de rojo vivo
juegan a Lázaro redivivo:

Jesús se acerca con el pausado
porte de un César por el senado;

como no hallaran túnica, ahora,
va el Galileo de usanza mora,

con una ajorca, los pies desnudos
y al cinto el bolso de los escudos.

Con su cayado de almendro
toca al muerto falso sobre la boca.

Y cuando dice: levanta, hermano,
fraternalmente le da la mano.

Lázaro abre los ojos grises...
Caen tres o cuatro maravedises.

SYLANORA

Sylanora la bruja se ha sentado en el suelo
toda desnuda como la estatua sibarita,
y alegra los dos ojos de cervatillo en celo
en una salamandra que en su mano palpita.

Tiene la edad de un ángel: es nubil, vieja, niña.
Sobre la piedra cóncava está el fuego.

Y el fuego dora sus tetas como racimos de una viña;
y ella es la viña viva del mal oculto y ciego.

Trazó en el suelo blanco dos órbitas fugaces,
luego alumbró en los trazos lucecitas medrosas:
esas son las estrellas de los recién nacidos.

Los labios tiemblan. Tiemblan sin suspiros, sin
[frases;

y van muriendo todas las luces temblorosas,
como pinzones nuevos, en invierno, en los nidos.

LA JUGLARESA

La hija del rey quiere ser juglaresa:
junta la nuca al talón de marfil,
suena el papiro del gay tamboril,
muerde una llama en los labios de fresa.

Con los lebreles que están en la estancia,
con las doncellas que péinanla al sol,
con un su amigo, –gentil capiscol–,
sabe jugar unas farsas de Francia.

La hija del rey quiere ser juglaresa;
ya en las tabernas Morgana será
y en los retablos de natividad
Virgen María de casta simpleza.

Bien se acostumbra a dormir con el frío,
bien se acostumbra a comer a lo ruin;
noche pasada durmió en el jardín
y aún tiene llena la piel de rocío.

Sólo entecada de su cabellera,
sobre el ombligo un bordón de oropel,
y entre los senos un gran cascabel,
hace la danza de la primavera.
¡Ay!, le llevaron al rey este cuento:
Rey, por tu hija tendrás gran pesar,
pues nos semeja que haráse juglar:
bien lo verías que no es un comento.

Mésase el rey la su barba bellida,
donde la niña sañudo se va:
tanto con varas de mimbre la da,
tanto la da, que la deja sin vida.

Dos ángeles bajaron,
lleváronse la muerta:
orad, compañeros,
por ella. Así sea.

EN LA TARDE

Mientras van las muchachas por el agua a la fuente,
con la herrada en los hombros, cogiendo de camino
vellones que han quedado presos en el espino
por la mañana, al paso del rebaño indolente;

desbrotando en sus manos una vara de pino
medita los misterios que tiene la simiente,
el escoliasta. Dentro del templo de su frente
se mueven las ideas. No como remolino

de hojas secas que el viento lleva al pie de los mu
sino como una pálida teoría de estrellas [ros,
de viaje imperceptible por círculos obscuros.
Y ve que la simiente, como la luz de oriente,
es buena. Y en su alma se alegra. Las doncellas
con la herrada en los hombros van por agua a la
[fuente.

LA MUERTE DEL TROVADOR

Dex, tes jugleres al esté
toz tens, et yvers et esté
de ma viele seront rotes
en oeste nuit les cordes totes.

Hanris d'Andeli

Llévenle del vino viejo,
denle faisanes trufados,
velen por él las doncellas,
que esté mejor que un legado.
Al son de una mandolina
más suerte nos ha venido
que si los lirios del valle
fueran oro florecido.

Mas suerte nos ha granjeado
con su dulce mandolina
que si a todos nos besara
la ilusión de nuestra vida.

Cuando nos llegó en la tarde

caía una blanca nieve,
brujas andaban llorando
y aullaban nuestros lebreles.

Blanco de nieve como una
azucena de los valles,
sonó el trovero el alegre
cuerno de los caminantes.

–Hombres de armas, si es la brisa
hagan la cruz sobre el pecho;
si es caminante quien llama,
denle del pan y del fuego.–

Cuando fueron por abrirle
le encontraron desmayado,
los grandes ojos abiertos
orlados de orla de llanto.

Donde el hogar ya lo arriman,
con paños finos le secan,
ya las manos sin colores,
ya la suave cabellera.

Sobre el pecho tiene escrito
bordado sobre xamete:
"Amigos, si le halláis muerto
su corazón devolvedme".

Quien bordó este mote fino
fue Clara, la bien nacida,
que hogaño pena sus culpas
en celda de una abadía.

Bien lo secan, bien lo velan,
bien lo miran, bien lo cuidan;
cuando le torna la vida
a estancia tibia lo mudan.

Su mandola la guardaban,
guardábanla a guisa de oro,
y el pliego de las canciones
lo ponen con los tesoros.

–Llévenle del vino viejo,
denle faisanes trufados,
velen por él las doncellas,
que esté mejor que un legado.

¿Quién sabe no es un hermano,

hermano de armas que tuve?;
como aquel mi compañero
tiene los ojos azules.–

Luego la dueña: –Es tal vez
un serafín que ha llegado
por saber si somos buenos:
ved sus ojos azulados.

–¿Quién sabe –dice la niña,
– si no es mi dueño y amigo?
Tiene los ojos azules
y en ellos tristezas miro.–

Cuando le llevan el vino,
¡qué vino que huele a pomas!
cuando del manjar le llevan,
¡qué manjar que sabe a rosas!

Las doncellas que le velan
dan voces de que está muerto...
Amigos, así se apagan
en la aurora los luceros.

LA COPA

Fantasmas en la noche,
con labios invisibles,
han dicho una palabra.
Y en las zarzas se asoman,
tímidos, uno a uno,
los gnomos que tan sólo
salen a media noche
a recoger bellotas
y agua de la fontana.
Como las viejecitas
de los cuentos de los niños,
los gnomos, uno a uno,
salen de entre laureles.
–Hijos de las estrellas,
traspasando los siglos
cual pasa una saeta
los fosos de un castillo,
he venido hasta el prado
donde cogéis bellotas
y agua de las fontanas
en la hora de la muerte.
–Oh, brote de la viña
gloriosa de las gestas,

que el tesoro de Nybling
arrojaste en el lago.
El tesoro de Nybling
tenía ópalos finos
como uñas de sirenas,
y esmeraldas clarísimas,
y esmaltes milagrosos,
y todas las sardónicas
del harpa suave y magna
de Salomón, tirano ...
Pero había una copa,
más que todas divina,
toda de oro labrado,
donde un forjador puso
a Deucalión y Pyrra
llorando en el Parnaso
la desnudez del mundo ...
–Hijos de las estrellas,
aquella copa mágica,
más que todas divina,
toda de oro labrado,
la traigo bajo el manto.
Dadnos la copa mágica,
¡oh, Sigfrido, oh, Sigfrido!,
dadnos la copa mágica,
más que todas divina,
para beber en ella
el elixir de lirios,
que pone en el cerebro
la alegría del cielo
con la paz de la muerte...
Porque antes fuimos, antes,
los gnomos de las danzas
la luz de la luna,
con caperuzas rojas,
con escudos de hongos.
Y hoy, hombrecillos trágicos,
tenemos en los pechos
el dolor de los hombres:
la conciencia del mal...
Dadnos la copa mágica,
sombra de la leyenda.
(Y el ruego era un gemido
largo, como de harpa
que cae en los umbrales
de un palacio desierto.)
... Una mano invisible
la crátera ha tendido...
En la copa de oro
beben los geniecillos

la alegría del cielo
con la paz de la muerte.
Y la sombra del héroe,
por siempre silenciosa,
con Balmung a su cinto
se desvanece como
la burbuja en la llama.
Donde estaba su sombra
vienen haces de cuervos.
Después no hay más que luna
sobre las piedras blancas
donde duermen los cuervos.

EL AGUILUCHO

Las lanzas del Cid están ayuntadas.
Sale el sol. ¡Qué bello, Dios, el sol que sale!
Las barbas del Cid están alumbradas
del sol, como rosas de un bello rósale.

Un aguililla se paraba en la
Segur del Moro, Villa de Fuerza: Cide
Ruy Díaz de Vivar. –Cid, tenia
en la cabeza, Señor, no se te olvide

que el pájaro trae gloriosa promesa;
lo soltaron los ángeles del cielo:
la corona apretará tu cabeza.–

Mío Cid con la mano asusta el ave.
Mío Cid dice: por nada de este mundo
contra el rey alzaré la espada grave.

BALADA DEL PUÑADO DE SOL

–¿Llenas están las herradas, mis hijas?
–Madre, lo están, las llenamos a colmo.
–Id, pues, si vos place, a correr por el prado
junto al molino cercado de chopos.

Yo velaré vuestros pasos, muchachas,
con las miradas, sentada en el poyo
donde se parte la leña, a la sombra
suave que dan los aleros del chozo.–

Ya Ploracina, Ginebra y Eglé
van por el prado seguidas de un dogo;
y de la mano las tres cantan una

copla más linda que un lirio de oro.

Cuando un hurón encontraron las niñas
acurrucado en el mijo oloroso,
–Dinos, hurón de los campos, en dónde
la castellana guardó su tesoro.–

Pronto ganó su cuevita el hurón
ante los ojos sombríos del dogo.

–¿Ahora qué haremos? –se dicen las tres.
–Yo una corona querré de madroño
todo florido, y tendré entre los bucles
perlas de sangre metidas en oro.

–Yo quiero ir a bañarme en la ría
llena de ranas y llena de lotos;
sobre la piedra con musgo acostada
me miraré en el cristal tembloroso.

–Yo quiero sol que se quede en las manos
y que se pueda tocar como un copo;
a puñaditos cual nieve, ¡oh, hermanas,
pronto cojamos el sol de este otoño!

–¡Ah! ¡ilusa, ilusa!; ¿no ves cómo brillan
dos semillitas de sol en mis ojos?
–¡Ah! ¡ilusa, ilusa!; ¿no ves mis dos trenzas
blondas, sembradas de sol de este otoño?–

Eglé, que es simple de alma, no escucha:
alza las faldas y cae el sol blondo;
y el delantal se llenó de ilusión, y el delantal se llenó de tesoro.

Ya Floracina, Ginebra y Eglé
van por el prado seguidas de un dogo.

–¡Ave María!; ¿qué hicisteis, mis hijas?;
hijas, ¿qué hicisteis allá por el soto?
–Yo hice una linda corona de flores.
–Yo me bañé con espumas y lotos.

–Madre, ¡qué bello regalo de pascuas!:
traigo una husada de sol oloroso...–

¡Ay! ¡sólo sombras halló entre los brazos
porque la Noche tocaba ya todo!

ROMANCE DE CIEGO

De Ponciano, varón firme,
los hechos ¿quién contará?
Yo, de la flor de la vida:
la muerte–quiero contar.

En Roma, la gran nombrada,
un hombre subió a imperar:
no la ganó por saberes,
tampoco por leche real;
mas por combate muy fiero
medró mucha autoridad.
Cogió el poder en la hondura
de su broquel militar,
como niñuelos que cogen
la fruta en el delantal.
Maximino era nombrado,
no lo queráis olvidar.

Maximino, ese rey vano,
hinchado de vanidad,
alzaba pecho tras pecho
y todo era para holgar;
no lo metía en las arcas
todo el oro que le dan,
lo aventaba en fantasías
que nunca querré contar.
(Todas las cosas podridas
en escrito no estarán.)
Tenía un pie mal nacido,
daba risa al caminar,
las gentes que le seguían dicen:
¡Y qué bello andar!;
un ojo tenía muerto
circuido de enfermedad;
su compañía gritaba:
¡Ve más que un buen gavilán!
Mas no precies las palabras
lo que quieren figurar:
frase de cortesanía
por grano viejo la habrás.
Este rey que está en escrito
a Orígenes hizo mal.
Orígenes casó el seso
humano y el divinal.
Siete doncellas a un lado
oyendo su labio están,
siete mancebos al otro
oyendo su labio están,

componiendo sus dictados
liliados de santidad.
Si ahora no está con los santos
el cielo responderá.

Ponciano, pecho de plata,
flor del jardín del Señor,
en la era de trescientos
por nosotros padeció.
Fuera viejo, fuera papa,
sideral predicador,
decía el discurrimiento
como en mayo el ruiseñor.
El pan que daba a las viudas
con su mano lo amasó;
la voz que daba a los vanos
la alzaba en su corazón;
las siete artes sabía
como buen entendedor;
las siete artes sabía
mejor que las sabéis vos.
Era de manos ligeras,
de finos ojos de azor,
los cabellos blanquecidos
entre anocheció y nevó.
Como bajo vieja capa
se oculta buen bebedor,
bajo su túnica pobre
moraba un santo varón.

Nadie quiso que sus dioses
los vayan a derrocar,
porque la ilusión más vieja
es la más dulce verdad.
El emperador que viera
que los dioses andan mal,
por no trocar sus costumbres
arruina la cristiandad.
A los cristianos de precio
mandábalos tormentar,
unos que beban amargo,
otros al río echarán.

A Ponciano, varón firme,
lo fueron a tormentar:
–¡Eh!, ¡mentiroso, piojoso,
cuero hinchado de maldad,
tus ángeles de seis
¡alas ahora te librarán!
– Los ojos no alzó del suelo

con humillación sin par,
los ojos no alzó del suelo:
¡fructifique su humildad!
Bajo estandartes gentiles
lo llevan ribera al mar,
lo meten en una nave
que estaba ribera al mar.
La negra nave ligera
volaba en el blanco mar;
oía la voz del santo
la golondrina del mar,
y las estrellas lloraban
sus lágrimas en el mar.

En la tierra de Sardeña,
que la tierra no se ve
porque está dormida bajo
paños de pesada mies,
donde pisan las sandalias
y hacen ruido de rabel
porque están pisando espigas
que revientan bajo el pie,
a Ponciano allí dejaron
con su báculo y su fe,
con un cuenco de madera
y con su manto también.
(No lo usaba por la nieve,
pero sí por desnudez.)
La nave de alados remos
las ondas aró otra vez
alegremente en los mares,
más ligera que otra vez:
la vuelta a la arena patria
divinizaba al bajel.

Ponciano, ese varón firme,
sus días allí contó,
y cada día sacaba
un mal de su corazón,
como se poda un sarmiento
si el invierno se anunció.
(Siempre se anuncia la muerte:
podad vuestro corazón.)
Ponciano, ese varón firme,
como vivía, vivió.
Es sello de almas alertas
no enflaquecer el valor,
no trastrocar las costumbres
por más que pegue el dolor.
Predicaba en el desierto,

por eso no se inmutó:
le oía el trigo espontáneo,
la oruga y el nardo en flor;
por oír los labios papales,
la golondrina bajó.
Y estaban todos sus gestos
vestidos de blanco sol:
ropaje de más riqueza
no lo tuvo emperador.
Y él estaba con sus manos
bendiciendo el nardo en flor,
y él estaba con sus hombros
benditos de blanco sol.

Quinciano y Severo, cónsules,
la nave tornaba allí;
volvía la negra nave,
pero era con carga vil.
Marineros descendieron
(¡que no muriesen allí!),
preñados los gordos vientres
con la pasión más ruin.
–Ponciano, por nuestras manos
hoy día habrás de morir.–
Ponciano que nada dice
maguer propincuo su fin.
Naciérale una sonrisa,
sonrisa de serafín,
como hombre que bien sabía
lo vano de este vivir.
Hincó los blancos hinojos,
dobló la cabeza, así
que los cabellos ancianos
cayeron –girón de lis–,
alando las dos mejillas,
y dijo sin odio: *Sit.*
Irrumpieron los villanos
clamores que sólo oís
entre águilas de espolario.
Dieron al hombre infeliz
unos con varas de almendro,
que hacen el aire gemir;
otros, con varas de pino,
que hacen los huesos crujir...
hasta que lo dejan muerto,
muerto lo dejan allí.
El alma se fue volando
como una paloma gris.
Palomas grises que vienen
quieren su cuerpo guardar;

no lo coman las hormigas
que juntan grano cereal;
abejas sin miel no injurien
sus ojos que no verán.
Tal milagro será hecho
que los libros lo dirán,
lo dirán en letras de ágata
que no se puedan borrar:
Las hormigas que viniesen
al cuerpo pontifical,
al tocar la piel del santo
diamantes se volverán.

Cuando es la primavera,
¿sabéis?, canta el ruiseñor
con esa canción tan fina...
La primavera llegó
con esa canción tan fina,
dicen las gentes: –Señor,
¿dónde está Ponciano, pecho
de plata? ¿Vive o murió?
– Una palabra escondida
decía: –El santo murió;
Sardeña, la muy granada,
tiene sus huesos al sol.
Ireisle a buscar ahora
que primavera llegó.–
A buscarlo fueron todos:
San Fabiano acaudilló.
En negra nave ligera
lo traen por el mar azul.
Rodeado de grandes cirios,
que dan las luces en cruz;
rodeado de sollozares,
de lira, flauta y laúd,
todas las constelaciones,
las del Norte y las del Sud,
miraban su cuerpo blanco
ceñido de blanco tul.

Gloria a los santos humildes,
copas eternas de miel;
gloria al esfuerzo, a lo bueno,
a la pureza y la fe;
gloria a los pobres copleros,
que hacen la vida querer
(¡bendito sea el que escribe!):
pueda algún día tener
alguna corona seca
sobre el lecho, en mi vejez.

LA FUGITIVA

Disanto de estío vino un buen cardenal;
por besarle el anillo los fijosdalgos van;
castellanita blonda, palomita torcaz,
el anillo que tiene no lo quiere besar.

–Hija, por cortesía, quieras no serme infiel:
si el anillo no besas no has de pasarlo bien:
tus años a pan y agua tocarán la vejez.
–Besar esa amatista nunca lo querré hacer.–

Viéronla las hermanas por la campiña huir
seguida de su cauda de seda carmesí;
la vieron en la fuente sacarse su chapín:

A la sombra de un pino, de un pino, se sentó,
y así estuvo mil años, mil años del Señor,
oyendo las canciones, canciones del oriol.

ERMITAÑO

Con el pecho en la hierba y en las manos la frente,
Blaysen, el ermitaño, se contempla en el lago.
Lo mismo que un nenúfar que se abre suavemente,
Blaysen, tu barba se abre sobre el espejo vago.

Recuerda el hombre bueno de aquel su tiempo aciago
en que era conde de armas y en pos de sí su gente
rendía nobles burgos, y en el fanal de un puente
colgaba a la bagaza y al pícaro y al mago.

Mas luego, visitado su corazón del beso
reno de un arcángel, mató sus vanidades
como la lumbre de una candela... A todo eso

en un sopor de estío, ve Blaysen por los llanos
venir los dulces días cual coro de dríades,
y el último de todos trae un nimbo en las manos.

EL PALADÍN DICE A DURENDAL, SU BUENA ESPADA

¡Oh! ¡Durendal la del pomo de cruz!
¡Oh!, esposa mía de clara virtud,
bien en mi cinto ceñido de tul,
donde te ató como un rayo de luz
nuestro señor el buen rey Carlos, tú

bien semejabas el hierro de algún
ángel de Dios que dejó el cielo azul.
Aoí.

¡Oh!, Durendal, ¿si tendrás corazón?:
vas a la guerra y te llenas de olor
como una rosa de buena estación
y te sonríes al rayo de sol.
Cuando el monarca de barbas en flor
llora la pena que siempre lloró,
lágrimas de oro tu lama vertió...
Tienes cuajada en el puño que no
pudo tocar en sus días felón,
sangre de santo Basilio, señor
de los romeros heridos de amor.
Ya mi suspiro se acaba y mi voz:
ángeles blancos te lleven a Dios.
Aoí.
No caerás en poder del infiel;
antes te quiero en el suelo romper:
quebrantaré el fino acero a mis pies
con las reliquias que tiene y también
con ese beso que Auda una vez
diérate al irme del suelo francés...
Siete años llenos, mi orgullo, te alcé,
siete en España la bella y cortés.
Dice el gascón, dice el barcelonés:
¡Cuánto es valiente la espada, mi fe!,
y hasta la nieve que nace en la sien
del Pirineo: ¡qué hermosa que es!
Yo conquisté por tu tajo y mi fe
la Normandía, el Anjou y también
Dulce Provenza, Romana y aquel
reino del hosco teutón y el inglés.
En Aquitania ¡qué bien te mostré!;
en la Polonia te puse un laurel
y coronada volviste a mi rey...
Dios, que me llenas de sombras la sien,
déjame ir a tu faz con la fiel
mi Durendal en las manos. Amén.
Aoí.

CANCIONCILLA

–¡Ay! que me siento llagado;
¡ay! que me siento morir;
¡ay!, ¡quién fuera el bienhadado
que me quite este sufrir!

–Señor, pare en esta villa;
señor, si le place, esté;
señor, entre en la cancilla,
que al físico llamaré.

–Niña rosada, mi cuita,
niña rosada, eres tú;
niña rosada y fresquita
como flor de juventud.

–Buen amigo, si me quiere,
a ver a la madre irá;
buen amigo, si la viere,
la madre contestará.

–Lucero, como corona
mis besos te ceñirán;
lucero, tendrás la dona
de una saya de fustán.
–¡Ay!, peregrino que pasa,
no se me quiera morir;
¡ay!, peregrino, en la casa
venga conmigo a dormir.

LA JUSTICIA

Sobre el camino, grande Carlos de dulce Francia,
manso y solemne, parte justicia a sus vasallos,
como un padre que parte los panes de la cena.
Por escabel le dieran dos brazadas de pámpanos,
Sonde los pies envueltos en púrpura se apoyan;
aun tiene las espuelas en los talones amplios.
Mientras piensa las leyes, las hormigas morenas
van con hojas de rosa por la orla del manto.

Blanco de harina, blanco de la harina primera,
el molinero trae por el cabresto un asno.
Y el asno es viejo y cojo, y se queda tranquilo
mirando el orbe de oro que el rey tiene en su mano.

Y suenan las palabras del blanco molinero.

Sin prisa sin encono, dice el sutil engaño
de la villa que vende mal borrico por bueno,
hogaño, cuando el lino se ha secado temprano
y está, junto al arroyo, silencioso el molino,
sin una gota de agua que haga temblar sus brazos.
orno cogiendo el grano de la palabra justa,
en las barbas frondosas hundió los dedos Carlos,

y manda que en la villa donde dan mal borrico
no haya ferias ni danzas por San Pedro este año;
por eso del arroyo que muere en las aceñas
serán las rogaciones de sus buenos prelados.

Y como ya ninguno levanta más cuestiones,
Mondisder, par del reino y amigo de Rolando,
ante el rey y sus próceres, sobre una viola fina,
dice las maravillas del estío en el prado...

SERVENTESIO

Tú, Silvano el Tullido, no eres un buen prelado.
Florece en aleluyas tu labio angelisado,
pero tú, el Tullido, no eres un buen prelado.

Dineros que te dieron por socorrer los muertos,
van en aceros finos para tus hombres de armas;
pláñense los hidalgos que les hiciste tuertos,
y hasta la villa asomas el haz de tus bisarmas.

Dineros que te dieron por socorrer los muertos,
no deben de esa guisa tirarse en desaciertos.

¡Cómo te huelgas, pillo, metido entre putañas!
A ellas les das las joyas de la Virgen María.
Los ruiseñores cantan al abrir las mañanas,
y siempre, siempre, te hallan en tratos de falsía.

¡Cómo te huelgas, pillo, metido entre putañas!
No debías hacerlo, pues todas son satanás.

Vendiste a sarracenos un burgo bien guarnido
por un asnillo onusto de dagas y caireles;
envió un legado el papa, ¡qué mal que fue acogido!
de entrada lo volteaste con tus cinco lebreles.

Vendiste a sarracenos un burgo bien guarnido,
¡qué mal que hiciste, hombre de corazón podrido!

Pasas todos tus días con la panza en el aire,
jugando al ajedrez y bebiendo borgoña.
Y un hijo que tenías, un hijo debonaire,
lo mandaste a navíos porque vio tu ponzoña.

Pasas todos tus días con la panza en el aire.
¿No podrías, Silvano, gastar otro donaire?

Así como los osos codician la miel nueva,

el oro así codicias y los buenos metales.
Por una sola dobla comerías la gleba
y tus ojos lavaras en agua de hospitales.

Así como los osos codician la miel nueva,
no más codicies todo lo que la gente lleva.

Para decirte esto vino ante ti un trovero.
Si no oyes, tus huesos no tendrán caridades,
y tu alma, la pobre –lo ha escrito el Aliguiero–,
sembrada de culebras llorará en las edades.

Para decirte esto vino ante ti un trovero:
quien hace mal de estrellas no será parcionero.

Tú, Silvano el Tullido, no eres un buen prelado.
Florece en aleluyas tu labio angelisado,
pero tú, el Tullido, no eres un buen prelado.

ROMANCE DE LA DUEÑA FELONA

Primavera de este año,
cuando hay alondras nuevas,
mucha zambra y cortesía
porque viene primavera,
miden cañas en la corte
caballeros de otras tierras.
En la corte del rey Mares,
tan galana, rica y buena.
Caballeros de otros reinos
ya calzaban sus espuelas,
ya iba el rey contra el estrado,
ya pedía por la reina;
y la bruna le responde:
–Ve que estoy en la pileta,
que me pongo la camisa
y el brial do fina seda;
que me abrocho el aderezo,
que me abrocho las pulseras,
las que tienen dientes santos
al final de la cadena.–
Caballeros de otros reinos
a romper tablados entran...
(¡Reina bruna qué bien miente
que no está en el agua ella!)
Con aquel su buen amigo
entre sábanas conversa.
Este pleito de amoríos

una dueña lo contempla.
Lo llevara al rey ceñudo
y de prisa, cauta y leda,
dueña mía, leda y cauta:
¡No quebrárase tu pierna!
El monarca y tres privados,
tres de ropas casi negras,
a la estancia se encaminan
por voltear las fieles puertas.
Bien dormidos los hallaron
al voltear las fieles puertas;
la sonrisa de sus labios
dice a claras lo que sueñan.
Muy sañudo está el monarca:
manda pongan hoces nuevas,
hoces nuevas que bien cortan,
a los pies de los que sueñan.
Ya se fuera. Los ilusos
namorados se despiertan:
por el filo de las hoces
se llagaron en las piernas.
Por finarse eran las fiestas
y paraban una cena:
a la cena todos vienen,
todos vienen a la cena.
Cuando el rey en pesadumbre
a Tristán los ojos lleva,
lo miró del pie a las sienes
y le habló desta manera:
–Paladín y compañero
Tristán de plantas ligeras,
díganos, si no le duele,
de esa sangre de sus piernas.
–Sobre el mísero tobillo
se me abrió una herida vieja.
–Iseo, mi blonda Iseo,
maravilla de la tierra,
díganos, si no le duele,
de esa sangre de sus piernas.
–Tengo el tobillo llagado
de las zarzas de la selva.–
Rodeado de paladines,
–los que estaban muchos eran–
el rey magno está bebiendo
vino de las islas griegas.

CANCIONCILLA

Porque de llorar
et de sospirar
ya non cesaré.
Luna

No quería amarte,
ramo de azahar;
no debía amarte:
te tengo que amar.

Tan manso vivía...,
rosa de rosal,
tan quieto vivía:
me has herido mal.
¿No éramos amigos?
Vara de alelí,
si éramos amigos,
¿por qué herirme así?

Cuidé no te amara,
paloma torcaz.
¿Quién que no te amara?
Ya no puedo más.

Tanto sufrimiento,
zorzal de jardín,
duro sufrimiento
me ha doblado al fin.

Suspiros, sollozos,
pájaro del mar;
sollozos, suspiros
me quieren matar.

MESTER DE CLERECÍA

–Maguer me lo rogades non vos faré un rimado,
ca sodes de un linaxe nescio et malastrugado.
Omnes que venderien por aver monedado
la Virgo con el Fijo et otrosí su perlado.

Dislo don Aristote, una fardida lanza
que hizo esse librielo por nossa delivranza,
non prendedes más cura que aver plena la panza.
Non vos faré rimado, sepades sin dubdanza.

–Ioglar, adiesso fagas a guysa de violero

una razonidat de varón derechero,
dar te hemos del bon vino et un punno de dinero,
et nuezes et milgranos dar te ha el refistolero.

Et nuezes et milgranos dar te ha el architriclino.
Te dirán las mugieres paternóster muy fyno.
¡Qué bien que folgaries entre pannos de lino!
–Essos dichos los precio quanto un ramo de espino.

Miembrevos quando era ninnuelo ueste prado
et ovejas de mi padre levaba nel sembrado,
ove lacerio vobis, sofrir mucho avitado
ca rescebía danno cuerno lobo en cercado.

Mase porque sepades que non so qual abbat,
que non perdona el tuerto que Dios perdonará,
oblidar he lacerios, non avre cansedat
nunqua fasta que diga la dulce poridat.

RASÓN

En un logar fermoso que nomnar non savría,
trobé palombar blanco cabe una monjía;
palombiellas que y eran fagien romería
a gran viejo et non al, rendien pleytesía.

Non querien patrono, nin hispo nin capdiello,
díxien: cascun sea iuex so su mantiello. Eran sin falliment de sebo en el piquiello.
Tal como el palumbario feliz non fo castiello.

Essa vida viciosa ¡qué bien la faz medrar!
Et blancas et finchadas como vellón de hilar;
al sol de grant mannana por los piólos matar.
Como fadas visquieron en esse palombar.

Bevir atan sabroso certas non es cutiano,
por días que vernán devenios iuntar grano,
ca nunqua fo el yvierno atal como verano.
Estos dichos de sesso non oblide christiano.

Día de navidad la nieve de venir;
quánta la que cale nadie podrie desir.
So la nieve de argento vide omnia se encobrir
et burgos et senderos et rías se abellir.

Et fallescio del pan, cobdiciadero amigo
por nulla era trobado desse fructo albarigo.
Follía non me fase desir quanto vos digo:
por nulla era trobado nin sésamo nin trigo.

Las trocazas bellidas, ¡ay, Dios, qué malfadadas!,
declinaron las testas, fincaron desaladas,
maguera la lugencia del sol en las nevadas,
ca non prendien grano todas eran matadas.

Amigos et compannos non dixe ioglarías,
entender bien podredes leyciones mucho pías:
nos, somos las palombaas plenas de mafetrías
que non guardamos grano para los malos días.

El grano es oración et obra sancta et non al,
desasgamos el sesso de natura mortal,
ca bien verná la nieve de la hora final:
si non tenemos grano lo passaremos mal.

LA NIÑA MALA

Lyra bella, pero
mala como el lobo,
con un junco mata
las abejas de oro.

Con sus once años,
su cabello rojo,
su mirar tan fino
como acero moro,

tiene más caprichos
que un hidalgo loco.
Todos sus caprichos
dejan algún lloro.

Con su nombre lindo
como un bucle de oro,
la pelirrojeña
da penas a todos.

Un galgo tenía,
lo arrojó a los fosos;
un violín tenía,
lo quebró por gozo.

Lyra bella, pero
mala como el lobo,
con un junco mata
las abejas de oro.

Apoyado a un fino

báculo de chopo,
el abuelo entonces
llega tembloroso.

–Amor mío, Lyra,
lucero de otoño,
deje las abejas
que sieguen sus oros.

–Déjeme en mis prados
el viejo gotoso;
con sus gafas prietas
vaya a leer infolios–
Apoyado a un fino
báculo de chopo,
se fue el viejo entonces
a leer infolios.

La náyade, una
que estaba entre lotos
que hacen blanco al lago,
blanco y oloroso,

con sus alirados
brazos armoniosos
se llevó la niña,
mala como el lobo.

En medio del lago,
pero muy al fondo,
la niña, ha cien años
está hilando un copo.

Copo con espinas
y da un hilo rojo;
que está hilando Lyra
su corazón.

LA RONDA

Basta ya de trovas, ha dicho la abuela;
a dormir las niñas, que la noche es fría.
Mas ¿quién hará cuenta de la pobre abuela
aunque llore el viento de la noche fría?

Aunque llore el viento como un gato ciego
cantarán las niñas en la noche fría;
aunque llore el viento, junto al dulce fuego
cantarán la copa de la juglaría:

"Yo con el peine de oro en las mis manos,
yo con la trenza de oro en las mis manos,
yo con el broche de oro en las mis manos;

"los mastines al pie de la venta,
las tres madres torciendo blanca lana,
blanca lana torciendo en la mañana.

"Yo mirando al cabrero de los llanos,
yo mirando los mirtos de los llanos,
yo mirando la alberca de los llanos;

"y una alondra venía de lejana
selva, blanca en la luz de la mañana,
y se moría al pie de la ventana."

Cuando se abrió el día decían las madres:
¿Dónde están las hijas de nuestras entrañas,
¿Los besos del alba no nos da ninguna?...
Cantaban, cantaban al claro de luna...

Llorando, llorando decían las madres:
¿Dónde están las hijas de nuestras entrañas?

Al lado del fuego sólo hallan un poco
de blanca ceniza con huella de lobos.

ROMANCE DE LA BELLA

¡Oh, bella malmaridada!,
la que está torciendo lino,
la que en este mediodía
tuerce lino junto al río;

bella del tobillo blanco
como caracol de lirio:
cuando torne de la villa
te daré un puñal bellido.

Con el puñal que te diera,
con el puñal que te digo,
en esta noche de enero
mataras a tu marido.

Le abrazarás con tus brazos,
le llamarás buen amigo,
y cuando cure que huelga
le hundirás el fierro fino.

¡Oh, bella malmaridada!,
bella del blanco tobillo:
sobre mi caballo moro,
sobre mi alazán morisco,

nos iremos desta tierra
donde medra el malnacido...
Yo te cantaré una copla
para alegrar el camino.

De tierras de dulce Francia
tomaremos el camino,
allá donde es la Narbona,
ese pueblo bien guarnido.

Verás cuánta linda dama,
cuánto cortejo tan rico...
Esta noche a media luna
te aguardo al pie del molino.

–Pase, pase el aviltado;
pase, pase el fementido;
al borde de la ribera
déjeme torcer mi lino.–

SOBRE LA MAR AZUL

Ya sale de los reinos, y va con él la amada,
el rey que sólo sabe jugar al ajedrez.
En media luna puestos sobre la mar calmada
caminan los bajeles llevando hombres de prez.
Al rey, que tiene tedio, la farsa más granada
le juegan los histriones manchados de la hez..
Están llenos de cánticos los bajeles del rey,
los bajeles del rey, los bajeles del rey.

Cuando la flauta suena, la joven desposada,
que antaño torció lana y hoy es reina en preñez,
a su mejor hermano pedido le ha la espada,
la espada reluciente de acero ligurés...
****
¡Ay!; traspasó el acero su carne sonrosada,
y el rey, el rey estaba jugando al ajedrez...
Esto fue en los bajeles, los bajeles del rey,
los bajeles del rey, los bajeles del rey.

Tres veces, por tres veces, la blanca reina y hada

se hundió la espada fina, por tres veces, por tres.
Lloraba el rey y todos lloraban por la amada,
más pálida que antes, más pálida, a sus pies.
La mar está serena, la farsa está acabada,
hay tres o cuatro gotas de sangre en el bauprés...
y están llenos de cirios los bajeles del rey,
los bajeles del rey, los bajeles del rey.

ROMANCE

Era que era una dueña,
con el cabello alocado,
con la cintura de un hada
y el seno redondo y blanco.
Era que era una dueña
que muchos la demandaron,
y a uno diérale prenda
de abrirle a hurte su cuarto.
Ya están las constelaciones
encendidas sobre el lago...
Llega el novio, y sobre el trébol
apenas toca su paso.
–Señor, te daría ahora
lo que más precio y más amo
te querré más que Ginebra
a Lanzarote del Lago.
Un solo don me darías,
un don que me ha sido caro:
yo quiero él pájaro de oro
que canta en la Isla del Drago.

En la isla silenciosa,
sobre las ramas del saúco
cantaba el pájaro de oro:
nunca oísteis mejor canto.
Partía sobre las zarzas
¡trovar tan bien afinado!
El iluso peregrino
pone una flecha en el arco,
la flecha de ébano fino
la puso el enamorado:
de flecha de ébano fino
no la soltaron sus manos.
Cuando bien la enderezaba
"vio venir un fiero drago.
Los mirares de sus ojos
fuente fría lo tornaron.

Alba de San Juan venía

un trovador de Bretaña.
Con la sien al sol venía
alegre en la tarde santa.
A la sombra de los pinos
dice la buena balada
de quien sabe qué romero
que se ha tornado fontana.
De tres hembras que le oían
cató la que más lloraba...

La madre era del cautivo,
la de las ligeras lágrimas.
Lágrimas las que vertía
derramadas en sus faldas,
tres veces bellas las dejan
como con listas de plata..
–Cantor de los caminantes,
un hijo que mucho amaba,
brujas me lo malfadaron
que no le veo la cara.
Ni le veo con sus dogos
ir la montiña de caza,
ni oigo esos layes, cantados
mientras se ataba la daga.
Cantor, si me devolvieras
un hijo que mucho amaba,
de las dos hijas que tengo
te daría la más blanca.
–¿Qué seña me das, tan cierta
que no me pierda la casa?–
Una azucena le dieron:
con ella se fue a la hazaña.

Del cielo cae la nieve,
del árbol cae la almendra.
Dos caminantes de lejos,
los dos llamando a la puerta.
–Abra pronto la enlutada,
abran pronto las doncellas:
¿no ves que te traigo al hijo?;
¿no ven, hermanas, quien llega?
Pronto abriera la enlutada,
las doncellas pronto abrieran:
abrazan al bienvenido,
con besos grandes le besan.
–De las dos hijas que tengo...
–De las dos hijas que hubieras,
una te alcance la lana,
otra te haga la cena;
que no daré mis quereres,

si no es a una rosa seca,
si no es una pobre hermana
que ahora la tengo muerta.–

EL   MENSAJE

A vos, don Alvar -Fáñez, acero el más ardido
de mis tres mil seiscientos, a vos, mi brazo diestro,
ahora que cobramos gran pieza, ahora os pido
vayáis a donde mora la corte del rey nuestro.

Direisle cómo hicimos victoria en malnacido;
que hubimos buenas aves, y en gracia del Maestro
y de los Doce Santos dejamos fenecido
el real de la morisma y el rey moro en secuestro;

que en dona yo le envío tres veces cien corceles,
con finos paramentos, y a más, oro de infieles,
y en dona de homenaje su blanca mano beso.

Así habló el castellano de su señor malpreso,
el que en buen hora tuvo la espada bien ceñida.
¡Dios cómo estaba alegre la gran barba bellida!

JOCZ PARTITZ
Vísperas de navidades
hicieron Corte de Amor
allá donde es la Champaña.
¡Qué bella Corte de Amor!

Tuvo el cetro la condesa
de Champaña corazón,
la de los rizos violados
y de oro el corazón.

Sesenta damas con ella,
de dulce Francia la flor:
seis veces diez dueñas, blancas
corolas de blanca flor.

Sobre una alcatifa mora
que nadie la vio mejor,
cercada de cien rosales
y humo de incienso mejor,

estaba la corte en guardia
por escuchar al cantor,
por escuchar las razones

del razonar del cantor.

Una segur en el pecho
trae bordada un trovador,
y una hoz de estrellas trae
el segundo trovador.

–Oh, tú el de las manos blancas,
en un rimado de amor
dirasme si el que ama el vino
es buen soldado de amor.

–Preguntador, don Hafiz,
que muchas dueñas amó,
gustaba beber del vino
y en preclara ley amó.

Yace en escrito de Italia,
que el vino es como rubor
de damas enamoradas,
que amor llena de rubor.

El que finca enamorado
ya no es de sí señor,
y quien del vino ha bebido
ya no es de sí señor.

Cascabelero es el beso
con un poco de licor,
razón más granada dice
labio mojado en licor.

–Oh, contestador sutil,
bien os ganasteis la flor:
que beso sin vino es beso,
y con vino es beso y flor.–

SONETOS DE ISEO

Isót, Isót, la blunde
marveil de tú le munde.

I

En la rueca de saúco que le diera la reina,
la joven más hermosa que bajo él sol se peina,
Iseo, maravilla del mundo, hila una espuma
de lana. Lana blanca que sus plantas perfuma

con el olor bucólico de los valles natales

donde soltaba alciones detrás de los zorzales...
Cabe ella están los pares jugando en coro mudo,
y vuelcan los marfiles del dado en un escudo.

Una sirena al paso de la nave se asoma
y ve –paloma de oro– la cabellera fina
de Iseo que abandona su pie – y otra paloma.–

En el lomo de seda de un gran lebrel con sueño..
ahora hila añoranzas la más blonda infantina
en la rueca invisible que le ha dado el Ensueño.

II

En la paz de la noche la nave adelantaba
lejana de las islas. Dormían los remeros;
la gran vela de púrpura entonces platicaba
con la cortesanía de los vientos ligeros.

En la rueca de saúco la blonda Iseo hilaba,
y el hilo que rendían los vellones primeros
como una estela fina sobre el mar flotaba,
enredada a los ojos de luz de los luceros...

Tristán de Leonís junto al lebrel amigo
humillaba los ojos en la blonda hiladora
desde el timón augusto que atalaya la tierra;

luego, tendiendo el arco que se trajo consigo,
pone en el nervio erguido la flecha voladora
y hace crujir la Noche con un grito de guerra.

TROVA DE MARGARITA DE NAVARRA

Señor duque y buen amigo:
no he sido traidora, no.
¿Por qué no estabas conmigo
cuando el rey me desposó?

De mis bodas era el día.
Te vi para mi castigo
haciendo gran alegría,
señor duque y buen amigo.

Porque diga el sí; mi hermano
la cabeza me movió:
culpable ha sido su mano,
que no fui traidora, no.

El sol, de gran fiesta cuando

me casaron fue testigo;
pero lo pasé llorando
porque no estabas conmigo.

De mi vida la alegría,
señor, para siempre huyó.
El más triste fue ese día,
cuando el rey me desposó.

BALADA

Era la abuela tan vieja, tan vieja,
que entre sus manos flacuchas y finas
ya no podía ni alzar la madeja:
tanto era vieja la abuela del cuento.

Cuando en invierno se queja el sarmiento
dentro el hogar coronado de higos,
y en el camino las sombras se agrupan
como montón de medrosos mendigos,

con el rosario en la mano la abuela
duérmese al lado del lecho de pino.
Cuando los ojos cerró la candela,
como la estrella perdida se apaga.

Sueña la abuela durmiente que halaga
entre sus brazos flacuchos y finos
a la niñita que un día de enero
sola se fue por los prados vecinos.

Con el cestillo de junco en la mano
sola se fue a buscar fresas la niña;
era mañana de un día lejano...
la netezuela aún no ha vuelto a la casa.

Si el serafín de las alas de gasa,
un vagabundo que acecha en los viales,
¿si la llevara, creyéndola muerta
porque aterida la vio en los fresales?...

No la llevó el serafín vagabundo,
que los pastores han visto una tarde
dar de su pan a un centauro jocundo
y platicar como viejos sofistas.

No. Con los aros de dos amatistas,
con el cestillo de junco oloroso
y el borceguí de cristal como ese

de la fregona del pie primoroso,

lobos del monte, maldita su cría,
lobos del monte comieron la nieta.
Caperucita más linda no había
cuando llevaba la vaca a la fuente...

La de los ojos dormidos ya siente,
suave y flexible, la voz que la implora:
–Madre, ¿darásme por pascua florida,
madre, darásme tu rueca sonora?

La de los ojos dormidos murmura:
–Yo te daré mi gran rueca que canta
para que hiles la lana más pura,
para que sueñes en tanto que hilas.

¡Ay!, la tocada en las vagas pupilas
por las semillas sutiles del sueño,
¡ay!, que no sabe que tiene en las faldas
sólo, tan sólo el rosario de leño;

y que en la estancia de sombras sembrada,
junto a la puerta, sereno e inmóvil,
el serafín de la tierna balada
abre sus alas vestidas de luna,

y era una luna blanca
y era una blanca luna.

TROVA

¡Ay de mí!; señora,
cómo estoy por ti!
¡Malhaya la hora
que te conocí!

¿Por qué concediste
miradas de aurora
a tu amigo triste?
¡Ay de mí, señora!

¡Ah, por qué tus ojos
dijeron que sí!
Véanme tus ojos
¡cómo estoy por ti!

Hora que a mis brazos
viniste traidora

muriendo en abrazas,
¡malhaya la hora!

Y también el día
–día para mí
de melancolía–
que te conocí.

BALADA DE LA ROSA

De la hembra aquella de sutiles manos
los doctores dicen nunca curaría,
si cuando sonaran ángelus lejanos
una rosa negra no se la traía.

Ya su pie el velado puso en el estribo:
en el pie, bordada floreció una rosa.
Una rosa negra del rosal furtivo
que hay entre las manos de la blanca esposa.

–Vieja, tú, más vieja que una vieja encina:
¿de la rosa negra sabes los rosales?
–Sólo de la endrina,
sólo vi unas pobres flores otoñales.

–¡Eh!, pastor que labras tu bastón de guindo,
¿de la rosa negra sabes los rosales?
–Sólo vi el domingo
lirios de las mozas en los delantales.

–Buen corcel amigo, corre, corre, corre,
que mi blanca dueña casi no suspira...
Y así era llegado donde vieja torre,
donde vieja torre cuatro valles mira.

¡Oh, arquero!; ¡oh, arquero! que estás en la al-
¿de la rosa negra sabes los rosales? [mena,
Sacó el ballestero la cabeza: –Buena
mano te proteja... ¡nunca vi rosales!–

Ya está de tornada por florida vega;
por alegre vega su caballo moro
al nativo prado jubilante llega;
cuando en la casa se ha sentido un lloro.

(Hembra de sutiles manos, la mortaja
dábate perfiles de color de viola.)
Vienen las mujeres y echan en la caja,
unas margarita y otras amapola.

Unas margarita y otras amapola,
donde aún tiemblan claras gotas de rocío...
¿Quién será de ellas que dejó una sola
rosa grande y negra sobre el seno frío... ?

CANCIÓN EN LA VENTANA

No suenes más en mi puerta,
muchacho del tamboril,
que mi esperanza está muerta
y muerto mi mes de abril.

Ya no iré más a la fuente;
ya no iré más, buen amigo,
y he de mirar a la gente
sólo detrás de un postigo.

Hay unos labios cerrados,
labios que en una mañana
dijeron apasionados:
¡Cuánto te quiero, Susana!

No suenes más en mi puerta,
muchacho del tamboril,
que mi esperanza está muerta
y muerto mi mes de abril.

COPLAS DE JUGLAR

No llore la flor de nuestra
Castilla, la bien nombrada:
¡por Pascua o por Navidad
vendrá a besarla en la cara
el señor de los romances,
caballero en una jaca,
herrada en plata sonora,
en albas rosas manchada...
Ha de besarla en el rostro
ya la mejilla rosada,
ya la pálida mejilla ...
No llore la flor de nuestra
Castilla, la bien nombrada.

¡Oh, dulce país de Francia,
quién te pudiera ganar,
zarza florida, florida,
que nunca se secará!

¡Oh, dulce país de Francia,
donde tan blanco es el pan,
donde uno necesita
padecer para besar!
¡Oh, dulce país de Francia,
por donde la Muerte va
como una novia vestida
de suavidad y de azahar!

–Sube, hija, a los miradores
y mírame la pradera...
Díjome que tornaría,
que tornaría a su tierra.
¿Qué ves en los miradores?;
¿qué ves, hija, en la pradera?
–Su traje de armiño veo.
Viene en su yegua agarena,
le sigue el lebrel de Irlanda
que se llevó a largas tierras;
veo que ya se ha bajado,
que besa la dulce tierra,
y veo, arriba, que nacen
una a una las estrellas.

CANCIÓN DE ALEADA

En un vergier, sotz fuelha d'abespi
teñe la dompna son amic costa sic.
Tro la gayta crida que l'alba vi.
Oy dieus!, oy dieus!, de l'alba tantost ve!

¡Arriba, arriba, galán,
que en Oriente el sol salió!
¡Arriba, arriba, galán,
que la alondra ya cantó!

Uno se está en el lecho regalado
y oye mugir las vacas del arado.

La alondra la que cantó,
la alondra en el techo fue,
la alondra la que cantó:
¡Buen día, rosa de té!

En la penumbra están los amadores
cuando oyen un charlar de segadores.

La alondra cantó otra vez:
–Buen día, luz de arrebol.

La alondra cantó otra vez:
–Buen día, rayo de sol.

(¡ Quién pudiera tornar en noche el día,
con luna, para más meloncolía!)

Dijo a la alondra el pinzón:
–Compañerita, salud.
Dijo a la alondra el pinzón:
–¡Qué frío está el viento sud!...

Y se oye la canción del carretero...
La carreta está llena de romero.

El eje al pájaro ve:
–Alondra, a la villa voy.
El eje al pájaro ve:
–¡Qué viejo y cansado estoy!

Pero la alondra está de luz rociada
y nuevamente canta en la alborada.

–¡Arriba, arriba, galán,
que en Oriente el sol salió!
¡Arriba, arriba, galán,
que la luna se murió!

Y se dan bajo el último lucero
el beso que jamás se entrega entero.

LOS GNOMOS

Cuando Lauriant suena su cuerno,
su largo cuerno de marfil,
como los copos del invierno
llega su ejército gentil.

Las caperuzas son de seda
con una blanca margarita.
Así parece que se queda
un beso en la caperucita.

Los cintos son de oro templado
y del color del azafrán,
y sus puñales no han tocado
por cierto, nada más que pan.

Como misiva recatada

que entre los senos se desliza,
cada uno trae amortajada
dentro la barba una sonrisa.

Y esa corola de alegría
bajo sus barbas color luna,
es como aquella que abre al día
el niño que aún está en la cuna.

Alrededor del fuego noble,
danzan al son de un violín vano,
danzan al pie de un viejo roble
todos los gnomos de la mano:

"Tenemos encendidas
cien lámparas hundidas
en zafir
que parecen un coro
de ánima en pena
bajo la luna llena.

"Tenemos una reina
que si se peina, peina
luna y sol.
La reina está cautiva ...
¿No oyes llorar su pena
bajo la luna llena?"

Y hubo una vieja que en la selva
cogiendo leña se perdió,
y en un cojín de madreselva
puso la frente y se durmió.

En sueño oyó una cancioncilla..
... luna... llorar... ánima en pena.
Todo como una pesadilla
bajo el canglor que un violín suena.

Y abrió los ojos asombrados
que ven rondar bajo la encina
los geniecillos ayuntados...
y un grito dio, de golondrina.

La turba mágica, espantada
huye a la gruta, huye al pinar,
y la canción abandonada
como la husada a medio hilar.

Dolientemente en lo lejano
sigue sonando un violín vano.

LA VIDA

I

Mientras bajo el portal del templo gótico
remendabas pellizas de burgueses,
gustabas –en lugar de pan y nueces–,
la miel picante de un ensueño erótico.

El terror de la Muerte, enorme y pánico,
te infiltraba en la paz de cada día
como una aguja de melancolía...
Pero el dolor te hizo más satánico.

Dio en divagar tu pensamiento triste:
"De rerum angelorum", escribiste.
Así ponías túnica sagrada
a tu alma de ladrón atormentada.

Un día te arrojaron del rastrillo
con el libro divino en el bolsillo ...

II

Y luego nada más que mucha sombra,
y luego nada más que un viento frío,
y por el viento algún halcón sombrío
que ponía más sombra entre la sombra...

Otro gusano que habla era engendrado,
en el ¡han! del deseo hecho jirones...
Bajo la paz de las constelaciones
tu numen, de los huesos desatado,

fue a posarse en el ser que se encendía.
El espíritu así sigue su vía
eterna, eterna, eterna, perpetuando

en las edades crímenes y alburas
como una sombra loca que va andando
con un fanal por cámaras obscuras.

SEGUNDA PARTE

LA CASA

Esta noche la casa está trágica
cual si hubiera pasado por ella
el Dolor, con su ala magnífica,
luctuosa y horrible. Yo siento
como un hálito casi palpable
de locura. Las luces parecen
retorcerse y gemir. ¡Ay, hermanos!
¿Por qué estáis silenciosos y pálidos
frente a frente y con ese silencio
que me oprime lo mismo que un nudo?
¿Qué hay? Decidme, ¡qué hay! ¿qué hay? Sentados
en un coro con algo de espectros
y en silencio letal... ¿Por ventura
esta noche estáis locos? La casa
¿está loca también? ¿O ha pasado
con su fúlgida arma esa triste
segadora de seres? Hermanos,
tengo miedo de estar en la casa.
Ya me cae la luna en el cuerpo,
y mi sombra fantástica y negra
como un bajorrelieve se talla
en el suelo. Yo nunca en mis días
vi una sombra de ser que semeje
la pesada cubierta de un féretro...
Esta noche la casa está trágica.
Ya no tengo más lágrimas. Todo
es terrible, mortal... ¡ay, Dios mío!...

CAMINEMOS

Caminemos, mi perro, caminemos... La gente
que venimos de ver era benevolente.
Me hizo sentar al lado del hogar donde había
la confianza que infunde la común alegría.
Tú olías la cadena del *pozo,* amontonada
en el suelo. Tú sabes que suena alborozada
al ir subiendo el agua que ha de regar el huerto
la tarde de estos días en que se hace el injerto.
La gente preguntaba de las gentes queridas,
y era dulce decir las cosas de otras vidas,
allí, junto a la llama, junto a los borbollones
del agua del caldero, junto a *los* corazones,
temblando a los temblores de mis labios amigos..,
Bajo la chimenea pendían sartas de higos
que daban un vaguísimo perfume de verano.
(A menos que el aroma viniese de la mano

de espliego que colgaba claro a la llama. Es bueno
ponerlo entre los linos en el ropero pleno.)
Luego cayeron, rápidas, grandes gotas, deshecho
el temporal: charlaban sobre el metal del techo.
Gozamos nuevamente de otro olor campesino:
el de la tierra húmeda. Éste es olor divino.
Cuando llega, la gente da las gracias al cielo.
Y ella llegó ligera. Cubríale un pañuelo
la cabeza. Traía crujiendo entre los brazos
todo un montón de ropa, blanca, como pedazos
de cisnes estrujados con las alas abiertas:
ropa secada al borde de las sendas desiertas
que se ve desde lejos, que asusta los jilgueros,
que al viento tiene el ruido de un hato de corderos
que vaya al trote bajo la navidad del alba...
La ropa es lo primero que del agua se salva
cuando las lluvias rompen sus ánforas a locas ...
Volvieron las aladas palabras a las bocas.
Y yo fui un poco hesiódico. Dije: quieren las viñas
apoyos nuevos. Sean esbeltos como niñas
y fuertes como estatuas. La madera del pino
será mejor apoyo de la planta del vino.
Escoge ramas rectas, y mañana temprano
las llevas en tu hombro, con el pico en la mano.
Abrir la tierra es fácil aun llena de rocío:
se parte como pan, recibe el poste pío,
y al mediodía lo hallas firme como árbol nuevo.
Más: dirías que tiene uno que otro renuevo.
El sol que vuelve quita la nube de la lluvia
como el trabajo quita dolor de amor. Y es rubia
nuevamente la tierra del sembrado. Y descienden
pájaros del alero... Adiós ... Las manos tienden,
y el pie ligero muevo sobre las hierbas claras.
Sobre las hierbas frescas de la tierra que aras,
hombre que me dijiste: *siéntate con nosotros,*
porque tú no eres malo ni ruin como los otros.
He aquí que mis pasos dejan míseras huellas,
y dentro de un momento ya no habrá nada de ellas,
nada que quede y diga que por aquí he pasado.
(Así ha de ser todo: como no ejecutado ...)
Tal vez sueñe esta noche con la ropa y la casa,
con el hogar que alumbra, con la lluvia que pasa,
con las gentes que cumplen su destino sin yerro...
Caminemos, mi perro; caminemos, mi perro...

SUEÑO

Suena en la palidez lunar el viejo
hierro de la cadena y la roldana.
¡Ay!; de la luna al pálido reflejo
he visto el esqueleto de Morgana.

Todo de blanco mármol resaltaba
en medio de la noche el pozo seco,
y Morgana espectral allí escuchaba
del pozo del Ensueño, sólo el eco.

–Hermana mía, deja la cadena
que en vano baja y sube, en vano suena.
–Agua quiero subir del pozo viejo:
bajo la luz lunar será mi espejo.

–¿Para qué has de sacarla, hermana mía?
Si te ves, tu pupila lloraría.
–Unas brujas me han dicho que no existo.
¿Soy siempre bella?, di, tú que me has visto.

–Sigue bajando el cubo en sombra vana,
sigue bajando el cubo, hada Morgana.
(Agua, no subas nunca; agua, sé pía,
porque si te sacara lloraría.)

LA COMUNIDAD

¿Cuándo estuvo tanto mi alma en las cosas
como en este día de paz en que no quise trabajar
y me eché a vagar,
a vagar por las plazas frescas, soleadas, olorosas?

Era mi yo difundido en la naturaleza
como un perfume de alegría y suavidad...
¡Qué felicidad
ésta la de sentirse sol, árbol y natural pureza!

Caminaba dentro de mi alma
y era en el universo todo armonía y
si no estaba muerto, ¿cómo era que así
mi alma se derramaba en la estival calma?

Pájaro que cantas, ¿estás en mí mismo? Desdeño la humana voz:
oprobio sería articular la palabra cuando los
ruidos de los pájaros tienen más simbolismo.

Mi silencio de asombro es el léxico del misterio;
y comprendo sus sílabas porque humano no soy:
mi pensamiento es música, que he venido a ser hoy
lo mismo que una rama, cuerda de un gran salterio.

¿Qué grandeza reviste la fugacidad de mi vida?
La vida se apropia la chispa de mi vivir.
Hace latir en mi carne lo que debe persistir
sobre la figura que le fuera unida.

He aquí que no soy un residuo,
mas un tornillo de la máquina del mundo.
¡He aquí que Pan profundo
disipa las fronteras del individuo!

DIALOGO

–Alma, si te pudiera perpetuar en un libro ...
–No. Yo me perpetúo por mi propia virtud.
–Pero, ¿toda la idea por la cual canto y vibro?
– ¡Joyel para mi inmenso manto de juventud!

–Quisiera que tu vago perfil de estrella y lirio,
prendido a mis palabras lo vieran otras gentes.
–Tus palabras no pueden decir de mí. Es delirio.
Me verán, pero en todas las cosas existentes.

Junto a todo misterio que uno tiene no es nada
la palabra ..., no es nada el balbuceo ... ¿Dudas?
Un alma de hombre humilde tiene más de una Iliada.

El libro es artificio que lo natural veda.
–Y bien, llévalo tú, como un traje de seda.
–Las almas son bellezas y van siempre desnudas.

EXULTACIÓN

La seda de los besos
ha tocado mis ojos.
Ahora tengo en los ojos
el velo del asombro.

Campanas de alegría
están dentro mis sienes
tocando todas locas
blancos himnos fervientes.

¡Oh, seda de los besos!
¡Oh, qué santo ungimiento!
Es como hundir la frente
febril en lirios frescos.

Y mi alma se queja,
pero es, en la mañana,
de la misma alegría
que se queja mi alma.

UNA SOMBRA PASA

Lentamente iba
bajo el sol de enero,
lentamente iba
por el campo yermo.

La sombra conmigo
bajo el sol de enero,
la sombra conmigo
por el campo yermo.

Y lejos los álamos
solemnes y quietos,
los pálidos álamos
junto al cementerio.

Lentamente iba
bajo el sol de enero,
y al pie de los álamos
estaban los muertos.

De coronas rotas
lleno está el sendero,
de coronas rotas
y de ramos secos.

Delante mis ojos
bajo el sol de enero,
mi sombra está al borde
del sepulcro abierto.

–Hermana querida,
sombra de mi cuerpo,
¿qué ves en el fondo
del sepulcro abierto?

–Vagamente he visto

la cara de un muerto,
no sé si llorando,
no sé si riendo.

SONETO

–Hebe gentil, esposa pasajera,
juventud, juventud que estás conmigo,
¿qué me darás la otra primavera?
–¿Y no te basta que te quiera, amigo?

–¿Y después?; ¿y después, cuando se fuera
de mi mano tu mano que bendigo?
¿qué ha de quedarme entonces, ¡oh, copera!,
que el vino de ilusión me das contigo?

–Te acordarás de mí. –¿Qué?; ¿cuando sea
viejo me acordaré?... Si te desea
mi corazón, ¿vendrás a verme, Hebe?

–Tal vez... cual novia por jamás perdida
cuando el recuerdo todo te renueve.
–El recuerdo es la sombra de la vida.

BALBUCEO

Triste está la casa nuestra,
triste, desde que te has ido.
Todavía queda un poco
de tu calor en el nido.

Yo también estoy un poco
triste desde que te has ido;
pero sé que alguna tarde
llegarás de nuevo al nido.

¡Si supieras cuánto, cuánto
la casa y yo te queremos!
Algún día cuando vuelvas
verás cuánto te queremos.

Nunca podría decirte
todo lo que te queremos;
es como un montón de estrellas
todo lo que te queremos.

Si tú no volvieras nunca,
más vale que yo me muera..
pero siento que no quieres,

no quieres que yo me muera.

Bien querida que te fuiste,
¿no es cierto que volverás?;
para que no estemos tristes
¿no es cierto que volverás?

GOTA DE HERRUMBRE

El terror de la muerte
tenía un triste corazón opreso
como invencible túnica de Neso;
el terror de la muerte.

Dije a ese triste corazón: hermano,
si nada esperas, ¿por qué tienes miedo?
¡oh, triste corazón, podrido y vano!
si nada esperas, ¿por qué tienes miedo?

A LA LUZ DE LA LAMPARA

La lámpara tiene una luz tan serena y bella
que casi no parece que la luz sale de ella.
Tan silenciosa la hora, que uno cree que en la sombra
oye los ratoncitos correr sobre la alfombra.
Suena un trino. Es la Hermana que trae la tisana
y vuelve la cuchara dentro la porcelana.
Ella furtivamente me mira por momentos
como para quitarme los malos pensamientos
que quieren empañarme la quietud de mi vida,
que ahora empiezo a querer porque está dolorida,
lo mismo que una madre que acaricia a su hijo
sólo cuando está enfermo. De un propósito fijo,
de un propósito humilde tengo el corazón lleno:
–Muchacho, si te sanas tendrás que ser más bueno...
Suena otra vez un ruido. Y es del jardín vecino,
donde, hecho quejumbre, sube agua el molino.
La lámpara tiene una luz tan serena y bella,
que uno no cree que es lámpara: más bien es una
[estrella.

BALBUCEO

Yo tenia un corazón
lleno de recogimiento,
la tarde era de mayo,

la tarde estaba en mi pecho.
Como espigas en sazón
se me erguían los recuerdos
dentro de mi corazón
lleno de recogimiento.
Una lágrima quería
por mis ojos ver el cielo;
cuando venía la lágrima
se me acercó un compañero.
–Hermano, ¿cómo es que estás
tan triste junto al sendero?
¿No ves que todo es mentira,
crepúsculo, senda y duelo?
–Compañero y buen hermano,
¿no ves que están en mi pecho
platicando quedamente
la Tarde con el Recuerdo?

INMÓVILES LLAMAS

Seis cirios ardían
de inmóviles llamas,
como grandes ojos
fijos en la nada;
y la muertecita
dentro la mortaja,
la luz de seis cirios
tenía en la cara.
En su rostro una
veladura vaga,
cual se ven a veces
en viejas campanas.

Seis cirios ardían...

Estábamos solos,
solos en la casa,
junto al cajoncito
y en la madrugada.
... Luz de ese domingo
que se insinuaba
en el patio lleno
de clavel y malvas.
... Con tus ojos negros
fijos en la nada,
tan fijos que quedo
te besé en la cara,
pero no sentiste

mi besar, hermana.
Y de ese primero
beso que te daba
no ha quedado nada,
nada, nada, nada ...
Seis cirios ardían ...

BALBUCEO

Tengo voces de niño
dormidas en el alma ...
¿Pasan aves?, ¿hay rosas?:
las voces se levantan.

Paseo enarenado,
nidos en las acacias...
Como el vino en la copa
las voces se derraman.

Se ha oído un sollozo
y hay un muerto en la casa;
¡pero es Primavera
y las voces me cantan!

MINUCIA

Temblaba la llama
como un labio niño
cuando está riendo...
Noche era de estío.
Displicentemente,
a la luz sin brío
de la pobre lámpara
volqué el cofrecillo.
Encontré un puñado
de hojas extendido.
(De esas mismas hojas
hay en los caminos.)
Y también he dado
con un bello rizo.
(De esos rizos negros
no hay en los caminos.)
Displicentemente,
a la luz sin brío
separé uno a uno
los cabellos finos.
A la luz temblante

los tuve extendidos;
suspiré, y al soplo
las hebras se han ido.
Con el soplo vano,
vano de un suspiro,
el recuerdo único
lo he dado al olvido.

A LA LUZ DE LA LAMPARA

Haz, hermana, la cama para los niños. Sea
tu mano diligente, pues ya el sueño pasea
su amapola invisible por las sienes hermosas
donde, esfumadas, vuelven a aparecer las cosas
del día: ya una hormiga que lleva una migaja,
ya un castillo de arena que se cae, o la caja
del tambor de los reyes, o la encorvada vieja
que pidiendo limosna, se detuvo en la reja,
o el Ángel de la Guarda con el mirar incierto
de sus ojos azules radiados de oro muerto...
Uno en la silla alta se ha quedado dormido,
doblada la cabeza sobre el brazo encogido;
entre mis brazos siento del otro la tibieza
cara y sutil que fluye de su amable cabeza,
y su respiración me está dando en la mano
con la suave cadencia de un verso virgiliano ...

... Tú, silenciosamente,

coses la tela blanca bajo la luz clemente;
luego llevas los niños en tus brazos rendidos,
cual corderos enfermos, cual corderos caídos ...
Sigo leyendo el libro de bello nombre. En vano
busco en sus hojas algo de corazón humano:
sólo aparece el rostro de un señor grave y tieso
que ha escrito únicamente para sacarse el peso
de todas sus lecturas... (¡Oh, los libros cordiales,
–a veces hablan como los labios maternales–
donde se ha puesto una lágrima de dulzura
y una gota de sangre, como quien asegura
diamantes y rubíes en una gargantilla.)
Cerrémoslo. Y que bajo la santa luz que brilla
con tonos suaves –lila, morado y azucena–
una vez más mi alma goce de estar serena...
Hay sobre la carpeta de pana un cristal fino
lleno de rosas blancas que me ha dado el vecino.
(Dime, ¿en los cementerios no hay, por la mañana,
un vago olor a rosas que se secan, hermana?)

... Tú, silenciosamente,

coses la tela blanca bajo la luz clemente.
Sobre tu cabellera que está en la sombra, pasa
como unos temblorosos ondulados de gasa
el humo azul y perla del cigarrillo cuyo
fuego brilla en mis dedos lo mismo que un cocuyo.
Entonces si me oyes toser, súbitamente
pálida, las miradas alzas hasta mi frente,
y siento ganas crueles de decirte: Trabaja,
que estás cosiendo el blanco lino de mi mortaja.

OTROSÍ DIGO

Veamos estos papeles,
pues la muerte se acerca,
y es de hombres juiciosos
tener claras las cuentas.

Veamos estos papeles,
hoy, la tarde de niebla;
hoy, que no hay sol, hagamos
gravemente las cuentas.

Di al César su sextercio,
pero César, amigos,
a la luz meridiana
se quedó con el mío.

Forjé una espada recia,
con amor, muchos días,
y en la paz no me sirve
ni para una sangría.

Valles de la ilusión
aré invierno y verano.
Y era mi corazón
progenitor arado.

¡Y recién me apercibo
que tan yermo fue el campo
y ruin, que poco a poco
me ha mellado el arado!

Ganancias: mis pupilas
vieron mucha belleza;
hice libros; amé;
mi alma está serena.

Pero, en fin, nada debo,
ni la sombra de un cuarto.
¿Oyes, Critón?: no debo
ni aun un gallo a Esculapio.

Me queda solamente
una piedra preciosa.
Creo que es una lágrima:
os regalo la joya.
Si hay otra riqueza
que la tenga ignorada,
en mi nombre, el Dolor,
mi albacea, la reparta.

Nada más. Tengo ganas
de dormir siempre. Adiós.
(Una voz que no se sabe de donde viene:)
–Compañero, ¡allá eso!:
¿no ves que sale el sol?

DIALOGO EN LA NOCHE

–¿No oyes, abuela, la Voz en la sombra?
–Viento vespertino...
–Ha murmurado la Voz del destino;
suave me nombra:
ven delirante a la danza.
–Macabra
oí esa palabra.
Cuando los años Amor me pedía,
todo era blanco, bondad y alegría.
–¿Y saliste, abuela?
–No. Temblorosa llegué a la cancela,
como un espectro miré la espesura,
hice la cruz, fugazmente, en la obscura
noche gimiente,
y serenada la entraña y la frente
me recogí junto al padre dormido
como la alondra que vuelve a su nido...
–¡Oh, abuela; oh, abuela!
Siento la Voz cada vez más cercana.
Mi corazón como un pájaro vuela
hacia la ignota, sonora tirana.
–Es el Pecado. Cerremos las puertas.
–Déjalas abiertas.
Siento la sangre como un haz de humo,
tibia y ondulante.
Suéltame; quiero morir en el sumo

rápido abrazo que oprime anhelante...
–¡Soberanía del mal, telón blanco
que se ha corrido de un flanco a otro flanco
cuando se empieza a matar en la escena
y la bondad se cansó de ser buena!
Hija, por siempre tu encanto está roto
y gemirás bajo el incubo ignoto.
Ya nunca más te vendrá la alegría
a florecer como estrella del día
estas pupilas que han visto. La casa
se quedará silenciosa, y si pasa
un serafín no vendrá hasta esta puerta
a conversar con la hermana ya muerta.

BALBUCEO

Tengo unas gotas que suben
del corazón a los ojos,
gotas que yo no sabría
por cuáles penas las lloro.

Dicen los libros que vienen
por alguna ilusiónenla.
¡Pero quién será tan loco
que tenga *eso* todavía?

Pues, ¿qué son las ilusiones?
fuegos fatuos en los vientos.
¿Ahora vendrán a nacerme
igual que en los cementerios?

Si por otra cosa fuera
que me vienen estas gotas
que leer no me dejaron,
si fuera por otra cosa,

quiero irme a los doctores
que me digan mis dolores.

COPLAS DE CIEGO

Amores los que tuve
todos se fueron,
cual tierruca que pasa
por el harnero.

De todos mis quereres

sólo me queda
el amor al pan blanco
y a la pereza.

Érase un amor bello,
¡cuánto sufría!;
el amor se me ha ido,
¡qué dulce vida!

Promesa de mujeres,
saliva en agua ...
Por forzar a las hembras
a nadie matan...

Más vale grillo en mano
que oriol en rama,
más val boyero ahora
que rey mañana.

Nadie, grande ni honda,
pida una huesa.
Te enterrarán, no hay duda,
¿por qué ha de haberla?

La compasión postrera
es hecho cierto:
¡echan olor tan malo
los hombres muertos!

ANDANDO MI SENDERO

Andando mi sendero,
mi sendero perdido,
entré, Dama Tristeza,
en tu obscuro albedrío.
Yo te amaba, Tristeza,
con el amor de un niño.
Tu palidez amaba,
bañada de suspiro.
– ¡Oh, tú! que vas y vienes
por mi obscuro albedrío:
llégate hasta mis senos
de lágrimas benditos,
–Yo, el que *va. y el* que viene
por tu obscuro albedrío,
¿qué dolor lloraría
si no estoy dolorido?
Todo el dolor que tengo

bajo mi astro del sino,
cabe en una mortaja
pequeña como un lirio.
Mi corazón humano
no sale de sí mismo,
y es como es: inmutable
como el trazo de un círculo.
Giran en él tan sólo
los minutos tranquilos,
sembrando un grano loco
de copla y regocijo.
–Oye: Arquero en la sombra,
el Saetante Divino
acecha tus minutos
con Hechas de martirio.

Oración
Angeles de las Cosas
vestidos de infinitos,
que apoyáis vuestras manos
en mis hombros transidos,
dadme dos alas blancas
como al ave del nido,
que inicia suavemente
su vuelo en el destino.

IMPRESIÓN FUGAZ

Ese hombre que grita no sabe
el valor del silencio;
ese hombre que grita prefiere
ser el gesto
loco del hombre bárbaro
a ser el pensamiento.
En verdad, vale más una frente
con un poco de ensueño secreto,
que el aullido sin pies ni cabeza
que en medio
de la plaza vomitan los míseros
conductores de pueblo.
O pasar esta tarde de otoño
arrimada la sien como en un seno
de estatua en el cristal de la ventana,
mientras un caballero,
–el Recuerdo–, nos habla de una hija,
–la Juventud–, más bella que un lucero,
y que se le murió hace muchos años
de un mal que los doctores encubrieron.

Y uno puede sentir la indefinible
gracia de estar sereno,
aunque en la calle grite un hombrecillo
el léxico de todos los denuestos
que se pueden decir
sin temor de ser preso.

SIMPLES PALABRAS

Las lágrimas te suben a los ojos
y trémulas resbalan hasta el cuello:
es como si tuvieras tres o cuatro
diamantes desprendidos de un atrezo.

Tus dos manos crispadas en las faldas
hacen crujir los dedos...
Parecen dos serpientes de marfil
que se acarician sobre el musgo fresco.

¿Y todo para qué? ¡Si yo conozco
lo poco que te cuesta todo eso!
Las lágrimas te van pródigamente
cuando lees algún novelón tierno.

¿Y no te vi ese gesto de las manos,
cual de Medea o de Ariadna en celo,
ayer cuando encontraste
dentro la jaula tu canario muerto?

Descálzate del trágico coturno,
ten la simplicidad de los corderos:
a ojos amantes corazón desnudo ...
(Una frase a lo Lope o lo Quevedo.)

AN OLD ENGRAVING

La hiedra sube al tejado
luminosa de rocío,
y una gran luna de junio
le da claridad de cirio.

Las tres muchachas de blanco,
se acercan como figuras
de danza, fraternalmente
tomadas de la cintura.

Tienen los hombros desnudos

del mismo color del lago
cuando es la tarde. Y avanzan
los ágiles pies descalzos.

Igual que todas las noches,
al pie del muro amarillo
estridulan como gotas
sonoras los pobres grillos.

Igual que todas las noches,
al pie del muro amarillo,
con la plegaria en los labios
se ha dormido algún mendigo.

ASI SERA

Por un montón vano
de tierra más vana,
no es justo que llores:
nadie llora a nada.

Otros labios ávidos
tocarán tu cara.
Déjalos que besen,
también son fantasmas.

Yo tendré en los ojos
dos nidos de larvas
cuando otras pupilas
te miren la cara.

Cuando en otros brazos
se doble tu espalda,
yo tendrá en las manos
raíz de campánulas.

Y bajo la tierra
vana, pero santa,
– ¡oh, don de los dioses!–,
no he de sentir nada.

SIMPLES PALABRAS

No trabajes el verso
con amor prolongado.
Sea como paloma
que se va de la mano.

La dulce estrofa siempre
un poco de alma exhale.
Más que hoja de libro
sea gota de sangre;

Pero más a menudo
sea gota de alegría,
y próvida reparta
la cordial sonrisa.

Que no tenga en tu vida
mucha importancia el verso.
Tú que los haces sabes
qué poco vale eso.

Haz como algunos hombres
que trabajan seis días
y los domingos podan
unas plantas queridas.

Trabaja tus seis días,
y en la aurora de Dios
pódate el buen rosal
que está en tu corazón.

SOMBRA DE ÁRBOL

Gracias, sombra sagrada de los árboles.
Ahora te derramas en mis brazos,
sombra, y siento un humor como de aurora
sobre la hierba nueva de los prados.
¡Amigo de los ¡pájaros!: tú eres
como la casa mía por lo manso
y por esa humildad de fortaleza
que hay en tus ramas bellas como brazos.
He parado mi planta en el camino,
y una serenidad grave de lago
pones sobre el asombro de mis ojos...
Para el fin de la vida y del trabajo,
como un sudario todo de armonía,
tenga tu gran serenidad, hermano.

EL GUIA

Los invisibles vientos mueven las grandes velas.
Alma, como los vientos condúceme en la vida.
Tú sabes el camino mejor que mis gemelas

pupilas que ya tienen la paz de ver perdida.

Pues yo sé tantas cosas que no sé la verdad,
y tanto cada día comulgo hostias de duda,
que si algo he hecho bueno fue por casualidad.
Me viste un pensamiento y el otro me desnuda.

Ahora, a ti me entrego. Quiero ser tú, alma mía:
en el mal o en el bien tú sabes el camino:
así, vayamos juntos; sólo te pediría
que en todo sitio y siempre me ocultes el destino.

EL VOTO

¿Cuál conjunción de estrellas me ha tornado co-
[plero? ...
Mi planta para el carro de Harmonía es muy breve,
y ante tu templo ¡oh, Musa!, yo soy como un romero
que al ara, toda lumbre y lino y plata y nieve,
lleno de miedos santos a llegar no se atreve...
****
Lejano es ese día. Fui a la carpintería,
y turbando el chirrido de la ssierras, entonce
clamé al roble, al escoplo y a la cerrajería,
al cepillo que canta y a la tuerca de bronce,
a las ensambladuras y al hueco para el gonce.

Y dije: olor de pino, sabor de selva y río,
rizo de la viruta, nitidez del formón,
tornillo, gusanito tenaz lleno de brío,
glóbulo saltarín del nivel, precisión
de escuadra, de compás, de plomo en suspensión.

Bienvenida a este nuevo trabajador de robles,
porque él hará hemistiquios, ya sobre el pino esprus,
ya en el nogal, que es digno de cuajar gestos nobles,
o el sándalo oloroso o el ébano, que en luz
brilla por negro y brilla porque él hace la cruz.

Bienvenida a este nuevo trabajador del pino,
que moverá el martillo cual rima de canción,
al hacer la mortaja, la cuna o el divino
talle de los violines o el recio mascarón
que habla con los delfines desde la embarcación;

la puerta que se abre cuando un amigo llega;
la mesa en que partimos el pan con los hermanos,
y el ropero, el ropero familiar que doblega

los anchos anaqueles bajo rimeros vanos
de lienzos que de tanto blancor están lozanos ...

¿Cuál conjunción de estrellas me ha tornado co-
[plero?

UNA CARRETA PASA

Era hora de volver. El sol detuvo
sus corceles a espaldas de un boscaje
monstruosamente Informe, negro y rojo
y amarillo y violáceo y azul humo;
era como una tapia de crespones
florecida de cirios y de carne.

El campo se hizo vago, vago el surco,
medroso el viento y susurrante el lino ...
Alguien creyó que el lino abría ojos,
y que junto al sendero una alimaña
alzaba cuatro testas de serpiente ...
Cerca del matorral una raposa
corrió arañando el suelo con el vientre.
La carreta del heno ¡cómo gime!
y ¡cómo huele el heno a cementerio!
En el heno ha sembrado la oración
sus rocíos alados: las luciérnagas.
En el andar sin gana de las bestias
se oyen crujir sus huesos doloridos,
y arriba, a flor de carga, algunos hombres
hacen gestos de ebrios y sonámbulos,
y otros, cansinos, pensativos, quietos,
juntan la mansedumbre de los bueyes
a la melancolía de la hora.
Ya las primeras chozas del poblado
vuelcan luz por el hueco de sus puertas;
al pasar se oyen voces apagadas,
mas turba el aire con su canto alegre
la cadena que baja el cubo al pozo.
El triste trajinar de la carreta,
pacifica la charla de los grillos;
del borde de la senda y en la senda
el charco en la penumbra reluciente
parece una coraza abandonada.
Lejos va otra carreta rechinante,
y las uncidas bestias se saludan
con un mugido prolongado y manso ...
La solitaria noche llega atada
de la pobre carreta gemidora.

CIPRESES DE JARDÍN

Los cipreses perpetuos del jardín
y la humedad al pie de los cipreses,
y el musgo y el otoño y el sin fin
silencio que me oprime muchas veces,

cuando paso tan cerca del jardín
donde prolongan sombra los cipreses,
todo se junta en sucesión sin fin
y me da la tristeza de otras veces.

¡Oh, jardín que he mirado tantas veces
con temor melancólico y sin fin!
¡Oh, angustioso y letal, fosco jardín!

Con llamadas de muerto muchas veces
mueven los brazos largos los cipreses,
los cipreses perpetuos del jardín ...

LA ENFERMA

Cuando estás sola y miras largamente
las mutaciones de estas cosas bajas,
al misterio final llevas la mente
y el árbol de tu espíritu desgajas.

El árbol de tu espíritu da flores
de beatitud y de serenidad,
y tiembla con los últimos dolores
de la ilusión ante la eternidad.

Y si acercas las manos a las cosas,
tienen tus pobres manos temblorosas
como un ciego temor de despertarlas:

cada vez que te acercas a tocarlas
te llaman ya en los pálidos jardines
de la Muerte los blancos serafines.

LAS RISAS

Francisco Rabelais ríe ruidosamente
con los puños cerrados sobre el hígado, como
ríen las mesoneras. Pero ¡cuan sutilmente
corta de Machiavelo su fino labio acromo!

La sonrisa de Hugo fue familiar y tierna:
algo de madre joven y algo de Carlomagno.
Y era la de León Trece –tan infantil y eterna–
de viejito sin dientes al pie de un roble magno.

Desde el lucero suave, que apenas es sonrisa
fugitiva en la angélica boca de Monna Lisa,
hasta la de Edgar Poe, risa de calavera,

el alma que se asoma al jardín de las frases,
como un volatinero, cambia tantos disfraces,
que siendo siempre virgen, a veces es ramera.

CANCIONCILLA

El pino dice agorerías
en el silencio vesperal.
–Pino albar, ¿cuántos son mis días?;
la cuenta siempre fina mal...

–Pino que rezas en voz baja,
pino agorero, pino albar,
de pino albar será la caja
en que me han de amortajar.

Caja de pino con retoño,
para enterrar a un rimador.
¡Ah!; que lo entierren en otoño...
Pongan también alguna flor.

El pino dice agorerías
junto al molino rumiador;
arriba están las Tres Marías
como tres hojas de una flor.

El pino dice agorerías
sobre el silencio vesperal;
los pobres pasan como días
y el pino reza en su misal.

CANCIONCILLA

Malva, hiedra y mejorana,
digan todas: es Enero.
Y la abuela hila que hila
los vellones tempraneros.

–Dame más lana, hija mía,
que hacer una toca quiero.
–Madre, por el valle fui
y he perdido los corderos.

Malva, hiedra y mejorana,
digan todas: es Enero.
Y no curaban del hato
la pastora ni el mozuelo.

–Ve, la mano se me cansa,
y el huso vacío vuelvo ...
Alzaba al hablar la abuela
a la luz los ojos ciegos.

–Dame más lana, hija mía,
que hacer una toca quiero...
Y alzaba al hablar la abuela
al cielo los ojos muertos.

Malva, hiedra y mejorana,
digan todas: es Enero.
La pastora, la pastora
se ha cortado su cabello.

En las manos de la abuela
puso su tesoro entero,
todo su cabello de oro
en los temblorosos dedos.

La abuela al hilar decía:
–¿Qué lana parece helecho
y seda y agua de fuente
y vegada de trovero? ...

Malva, hiedra y mejorana,
digan todas: es Enero.
A ver hilar a la abuela
bajó un ruiseñor del cielo.

CANCIONCILLA

Una ... dos ... tres ...
La más linda ¿cuál será,
La más linda de todas es
la flor que el almendro da.

Florecita de almendro, caes sobre el que pasa,

y el que pasa se lleva tu blancura a su casa.

Pasan los corderos, los
corderos color de pan,
y el almendro sonríe en pos
de los corderos que se van.

Florecita de almendro, que más linda te ¡pones
cuando nevadamente caes en los vellones...

Una ... dos... tres ...
¿Quién está, quién está en el jardín?
sobre la rama está tal vez
el gorrión piando sin fin.

Florecita de almendro, los gorriones se han ido,
llevándote en el pico como pluma de nido.

VIEJO CIEGO

Blanco es el iris de sus ojos
como la carne de los hinojos,
y blancas son sus canas
como la carne de las manzanas.

Junto a las matas de los tojos
aleprosados por los piojos,
el ciego escucha las campanas
que lejos cantan coplas vanas.

Un vientiño cascabelero
hace reír al limonero
en el silencio vesperal;
por ver si llueve alza la mano

el ciego, y cae en su hombro anciano
a puñaditos, flor nupcial.

DE LOS HOMBRES

Están los hombres que obran, los molinos de ac-
[ciones
al medio de una nube de seres vacilantes.
Mas su gesto palpita con las constelaciones,
aunque su paso es firme porque son ignorantes.

Tienen encallecida la piel del sentimiento

para no detenerse. Y no abren el divino
libro porque la duda no les tuerza el aliento.
¡Y no son más que Ixiones atados al destino!

¿Qué son los Cides? ¿Pueden repercutir sus hechos
como un reflujo de almas en lo desconocido?
¿O acaban sus hazañas en torno de sus pechos?;
¿o de ellas el futuro recibe más que ruido?

¡Pobres brazos mecánicos bajo una oculta saña,
que hacen temblar la Tierra vana e inútilmente!
Como las tempestades propóntidas su hazaña
con tres gotas de aceite se apaga mortalmente.

Sólo los que elaboran la idea son humanos.
Sólo ellos perpetúan la gloria de la raza.
Su cerebro granítico retiene los arcanos
titanes que implacables la Razón despedaza...

El trípode de bronce, gaje glorioso, tengan
ellos que intensifican el divino tormento
de pensar, de dudar ... Cóncavo bronce obtengan:
sólo la Idea es Vida, lo demás movimiento.

LA MAMPARA

Cansada, mas sabiendo lo que vale,
la pluma está dejando la escritura;
y desperezándose la frase sale
como el óleo de un pomo de pintura.

Y tú, respiración querida, suenas
(*y* estás llamando junto a ti mi alma)
detrás de la mampara, donde apenas
la luz alumbra, amortiguada y calma.

Trabajo y duermo. Velas tú, mampara
que tienes lirios en tu seda clara
y con los lirios flor de nomeolvides.

(¡Como si el olvido no fuese útil!)
Velas en este cuarto en que divides
el beso breve y la labor inútil.

LAS SEÑAS

Cuando vuelvo el alma al pasado
y llamo a todos los que he amado,
los que vivieron a mi lado
y la Inmortal los ha llevado;

cuando evoco el cariño ido,
el ultraje padecido,
el sentimiento incomprendido
y un mal que me ha entristecido,

pienso que he vivido mucho
y que pronto han de llamarme
todos los que me dejaron.

Cuanto más vivo y más lucho
¡más quisiera ir a juntarme
con los que me abandonaron!

LA ESTATUA

I

¡Oh, mujer de los brazos extendidos
y los de mármol ojos tan serenos,
he arrimado mis sienes a tus senos
como una rama en flor sobre dos nidos!

¡Oh, el sentimiento grave que me llena
al no escuchar latir tu carne fría
y saber que la piedra te condena
a no tener latido en ningún día!

¡Oh, diamante arrancado a la cantera,
tu forma llena está de Primavera,
y no tienes olor, ni luz, ni trino!
Tú que nunca podrás cerrar la mano,

tienes, en gesto de cariño humano,
la única mano abierta en mi camino.

II

No te enciende el pudor rosas rosadas,
ni el suceder del Tiempo te da injuria,
ni levanta tus vestes consagradas
torpe mano temblante de lujuria.

A tus píes se dan muerte las pasiones,

las euménides doman sus cabellos
y se asustan malsines y felones
al gesto inmóvil de tus brazos bellos.

Luz del día no cierra tus pupilas,
viento no mueve el haz de tus guedejas,
ruido no queda preso en tus oídos.

Pues eres, ¡oh mujer de aras tranquilas!,
un venusto ideal de edades viejas
transmitido a los tiempos no venidos.

III

Mujer, que eres mujer porque eres bella
y porque me hace ir el pensamiento
por senda muda de recogimiento
al símbolo, a la estrofa y a la estrella,

nunca mujer serás: tu carne vana
jamás palpita de amor herida,
nunca sonreirás una mañana
ni serás una tarde entristecida.
Y sin embargo soy de ti cegado,
y sin embargo soy de ti turbado
y al propio tiempo bueno y serenado,
y quisiera partir mi pan contigo

y pasear de tu mano en huerto amigo
en busca de esa paz que no consigo...

IV

Arrimadas mis sienes a tus senos
siento que me penetra alevemente
frío de nieve y humedad de cienos...
¡Siempre materia y siempre indiferente!

Quién tuviera, ¡oh, mujer que no suspira!
esa inmovilidad ante la suerte,
esa serenidad para la ira,
en la vida, esa mano de la Muerte.

Mi espíritu jamás podrá animarte,
ni turbar un instante solamente
el gesto grande que te ha dada el arte.
¡Quién pudiera esperar la muerte tarda,

sereno cual la piedra indiferente,
callado como el Ángel de la Guarda! ...

CANCIONCILLA

Cuando mi labio te bese, aldeanita,
ciérreme el labio tu mano olorosa
que huele al camino y a la margarita
y al nido con cría y a savia briosa.

Ciérrame el labio, el labio fino,
el labio loco, el labio en flor;
ciérrame el labio, que traigo un divino
beso más frágil que rosa de olor.

Cuando tu mano recoge la falda
que en pascua te diera tu padre y señor,
dicen que viene la fada Mafalda
segando los trinos del gay ruiseñor.

Niña blanca, blanca aldeana,
blanca aldeana más blanca que el sol,
recoge la falda, que está la mañana
poniendo abejucas en el girasol.

CANCIONCILLA

Manos que Teócrito amaba
ver sobre almohadas de berros,
bajo la flor de la aljaba,
junto a los pastores perros.

Benditas por la canción
de las cigarras doradas,
alabadas de Platón,
de las Musas muy amadas.

Manos que desmayan en
las trenzas de Filomela,
y en los ojos puestos ven
el humo de la aldehuela.

Que han llenado de temblor
el agua de la fontana,
de temblor llenadas por
la zampona virgiliana.

Manos toscas de labrar
el ciruelo blanco de alas,
y de encender el hogar
bajo el árbol caro a Palas.

Mano morena que domas
el negro toro bravío,
mientras susurra en las lomas
la lluvia loca de estío.

Y apresuras las corderas
con la vara de membrillo,
cuando hay sombra en las praderas
y calla tu caramillo.

Que en los prados castellanos
vio Lope en dulce lamento...
(¡Oh, prados, prados lozanos
de hierba y de sentimiento!)

Que en Saxes y Sévres vimos
con cintas color de rosa
nevando sobre racimos
de poma áurea y malvarrosa.

Duérmete en la buena tarde
entre la fuente y la flor,
y el lucerito que arde
arriba ... pastor, pastor...

VEREDA ALDEANA

Vereda, vereda aldeana
que te he visto una mañana.
Y caen las hojas secas
como pedazos de ruecas.

Y el mismo mendigo viene
y al mismo perro contiene;
y se desnuda la pierna
y muestra la llaga tierna;

y por la barba se pasa
la mano como una gasa;
mira la senda rojiza,
rojiza y también ceniza.

Siempre hierbas lastimosas
brotan entre las baldosas;
siempre la hilera de hormigas
ondula con sus fatigas.

Van las mujeres al ruego

con ese grave sosiego
de las vidas siempre iguales
y un poco sentimentales.

Mujer que te vas a misa,
aprisa, mujer, a prisa,
que he sentido la campana
desde esta vereda aldeana...

Vereda, vereda aldeana,
en horas de la mañana,
cuando caen hojas secas
como pedazos de ruecas ...

LA SENDA DE LOS MANZANOS

Daban sombra a la senda los manzanos,
y cual templos con cálices de aromas,
maduraban los árboles lozanos
la carne blanca y dura de las pomas.

La hierba amarillenta, el puente roto,
las condecoraciones del sol manso
sobre la charca verde y sobre el soto
y la canoa quieta en el remanso,

eran como reposo para el alma
la mendiga de calma
en la senda con sombra de manzanos.

Rodeábanme, al mover paso tardío,
mariposas y sol, silencio y río,
en la senda con sombra de manzanos.

IMAGEN

Somos como la vieja torre cuando
saltan de sus ventanas golondrinas;
somos como la vieja torre cuando
cantan en sus campanas voces finas.

Somos como la cama de un enfermo
cuando alzándose en ella se ve el prado;
somos como la cama de un enfermo
que está viendo una estrella de acostado.

Pues nuestro corazón con ilusiones

como la torre es, que tiene sones,
que tiene golondrinas, pero es vieja.

Pues nuestros corazón siempre en desvelo,
es cual lecho que puede ver el cielo,
pero que lleva a uno que se queja.

BALBUCEO DE LA LLUVIA IDA

Pasó la lluvia. ¡Buenas tardes,
pared de la vieja abadía! Hila, arañita; yo voy
tras de Cloris y de Amintas...

¿Otra vez ha venido el sol?
Sí... no... ¡Oh, de la niña!
¡Oh, de la niña que tiene rosada
rosa de mañana en la mejilla!

Hueles a nardo y helecho,
pared de la vieja abadía,
porque vino una lluvia breve
y ahora el sol te acaricia.

¡Cómo pía el pájaro! ¿No sientes
un pájaro, un pájaro que pía?
Allí, entre las hojas mojadas,
pared un poco dormida ...

¡Oh, la frescura de la senda,
el aire de la sendita,
donde todavía caen gotas
sobre las margaritas!

Los niños están en ella,
pared de la vieja abadía:
en la senda los niños buscan
lágrimas en las margaritas.

Mas ¿por qué han de llorar
las pobres, las buenas margaritas?
¿Por qué han de llorar ellas,
las hijas de las campiñas? ...

–¿El señor abad cuenta cuentos,
pared de la vieja abadía? ...
–En el huerto húmedo y oloroso
el señor abad junta guindas.

"Ahora, sólo falta que suene,
pared de la vieja abadía,
alegre como gorriones
la voz de una campanita.

¿Has visto?... Se fue la lluvia,
Pared de la vieja abadía,
yo me voy al monte, al monte,
a besar a las aldeanitas.

CARRETERO

Oloroso está el heno, carretero,
oloroso está el heno;
huele a trébol del valle, a vellón nuevo
y al patio viejo del mesón del pueblo.

Oloroso está el heno en la carreta,
el heno de la húmeda pradera
sembrada de corderas...
¡Oh, pradera que está en la primavera!

–Oloroso está el heno, buen amigo,
que vas por el camino ...
Un camino, una tarde, un buen amigo...
oloroso está el heno con rocío,

–Lo cortamos cuando era luna nueva.
–¿Sonaba una vihuela?
–Sí, una vihuela de baladas llena
a la luz de la luna, luna nueva.

Tus manos siempre tocan el rocío,
y el heno y la tierruca del camino,
y por eso parecen dos racimos
de sembrado con sueño matutino.

Y tiene un gajito de pereza,
de esa pereza, de esa
pereza que dormita en la carreta
quejosa a la tornada de la era.

Quién sabe si es tristura
la que empaña la breve felpa obscura
del ojo de los bueyes, de la yunta
de mansedumbre grave y de dulzura.

Carreta y carretero

se humedecen en ese raso viejo
del ojo de los bueyes, y por eso
están tus manos tristes, carretero.

Tus manos grandes, óseas, morenicas,
como sarmientos de las viejas viñas,
sobre el heno oloroso están dormidas,
carretero que vas para la villa.

LUMBRE

Nunca vio el cielo enorme
actitud más gloriosa
que aquella que el informe
fuego encendió,

cuando la milagrosa
chispa resplandeciente
de la mano medrosa
rauda saltó,

y todo lo viviente
vio las manos del Hombre
más que divinamente
tocando Sol.

CANCIÓN DE LOS OLIVOS

Cigarras del verano, venid a nosotros;
venid a nosotros, insectos cantores,
porque damos sombras a los caminantes
y somos esbeltos como las doncellas.

Insectos cantores, mirad nuestras ramas:
son como cadencias de estrofas gentiles,
son como oraciones de los niños buenos,
nunca bien sabidas, jamás olvidadas.

Parecemos muchas sombras de sibilas,
velando el misterio de la santa selva;
parecemos áureos trípodes de aromas
votados al numen de los cuatro vientos.

Venid, ¡oh, cigarras del mes de Diciembre!,
y llenad de ruidos las mañanas diáfanas;
ruede vuestra estrofa sobre los caminos

desde nuestras ramas llenas de retoños.

Paz de vida justa riegan nuestras ramas,
nuestras ramas nobles, gráciles y tímidas
como las canciones de los niños buenos,
nuca bien sabidas, jamás olvidadas.

IMAGEN

Porque mi corazón es trashumante
y desasido está de casa y pena,
y sube a mi pupila y cual diamante
que brilla a una luz suave la serena;

y porque ama vagar desde el menguante
hasta el creciente, y porque tiene cena
de rocío, de aire y del fragante
ritmo que en los caminos baila y suena:

yo me parezco al perro vagabundo
que hace su siesta al sol bueno y fecundo,
y al desertar, enorme de ilusión,

mira el manso paisaje largamente
para que la quietud que tiene al frente
se le vaya enredando al corazón.

LA MUERTA

Le cerraron los ojos azules,
le besaron las manos muy pálidas;
las manitas con puños de tules
eran dos milagrosas crisálidas.

En la sala lejana lloraba
y lloraba la madre sus penas;
el cabello muy rubio bajaba
a secar sus mejillas serenas.

A la madre le dice el chicuelo:
–Si la nena se ha muerto de veras,
¿me darán sus muñecas a mí?

Tesorito, luz mía, mi cielo:
nunca, nunca, luz mía, te mueras;
te darán sus muñecas, sí, sí...

POR LA CUESTA DEL MONTE

Borda el bosque de olivos el bancal color humo,
donde crecen los berros, donde cantan los grillos;
en la choza de cañas tiembla un copo de humo
y un buey bermejo ronda la noria de ladrillos.

La muchacha a su paso deja su avemaría,
están tristes los ramos de la hierba doncella,
en el cíelo ha nacido una estrella maría,
sobre el olivo joven ha nacido una estrella...

Como golpes de ánfora de hierro enmohecido
los grajos han segado su graznido en los vientos:
salgan las salamandras al son enmohecido,
salgan a los callados caminos cenicientos ...

Durmiéndose en el llano blanquea la aldehuela;
dan sombra a sus tabernas las claras, grandes parras;
con sus solares mansos se duerme la aldehuela,
se despiertan los grillos, se duermen las cigarras...

Por la cuesta del monte, por la cuesta del monte
una muchacha blanca viene del horizonte.

LIBRO

Libro que ha abierto ahora mi mano temblorosa,
¿dónde estará la otra que te escribió? ¿Reposa
el reposo que vino del desmenuzamiento,
o vuelta cosa Ignota palpita aquí, en el viento?
¿Dónde estará el cerebro que sudó sangre y llanto
terrible porque un día se arrimó al camposanto?
Ahora ha penetrado la casa de la esfinge
que con los ojos fijos en lo vano restringe
los gestos en los brazos y las afirmaciones
en los labios movidos por ciegos corazones.
No sabemos si somos. Bestialmente la duda
está en la vida. Sólo sabemos que no duda
el muerto. Pero el muerto, egoísta supremo,
tiene el desdén enorme de la piedra, al extremo
que son impenetrables sus gestos transitivos.
Ya no son más humanos. Y nosotros, los vivos,
¿somos humanos?
¿Hombre del libro, allá en los cielos
estarás, en la música, limpio de nuestros duelos,
paseándote entre estrellas con un lirio en la mano?
¿O por el prado elíseo mueves el paso vano,

sombra peripatética, junto a los mirtos de oro
y junto a los orfeos de corazón sonoro?
De allí igual a la tuya verás el alma mía;
tus pasiones de un día, renacen en mi día.
Tal vez verás mis nervios como los tuyos cuando
tu corazón estaba joven de amor cantando.

Existes o no existes, ¡oh, padre que escribiste!
Pero el sacro minuto que te oía: "estoy triste",
en la medida humana te hará inmortal. Las voces
escritas viven tanto como los mismos dioses.
Oye, vivió en tus tiempos la lumbrera judía,
–tal vez la conociste: Don Sem Tob– y decía:
"Non ay lanza que pase todas las armaduras,
nin que tanto traspase como las escrituras".
Tu libro te repite más que un hijo. Si acaso
tiene como los mismos universos su ocaso,
entonces otro hombre dirá lo que dijiste
nuevamente y en una lengua que aún no existe:
igual, antes y ahora, la misma alma se agita.
El corazón en cuatro cavidades palpita.
Lo que predijo Calchas junto a las negras naves,
hoy en los parlamentos lo dicen hombres graves.

... Y también hago el libro con mano temblorosa;
soy el rosal que echa la vida en una rosa.
Alguien tendrá algún día ese libro en su mano,
y si ella es de hombre que ha trabajado en vano,
que en vano ha perseguido su ideal, que ha tenido
en vano muchas lágrimas y que al fin se ha rendido
al destino... entonces puede ser que reviva
todo mi ser y cante como una lira viva
en otras carnes. Cante mi tristeza que pasa,
mi alegría que vuelve, mi tristeza que pasa,
mi alegría que vuelve... y mi duda que queda.

Tú mismo, hombre que lees, ¿no sientes la voz
[queda
que te está preguntando: ¿Tendrá los brazos fríos?
¿Ya cantarán los grillos en sus ojos vacíos?

Este libro, con el fascículo
LA POESÍA DE ENRIQUE BANCHS,
constituye la entrega N° 35 de

CAPITULO

La Biblioteca Argentina Fundamental procura poner al alcance de. máximo de lectores, en textos cuidados y completos, las obras más representativas de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta la actualidad. En cada caso los textos de esta Biblioteca se basan en las mejores ediciones críticas de las obras que se publican. En las páginas de los libros que irán formando la Biblioteca Argentina Fundamental todos los que aman nuestra cultura y nuestra tierra verán desplegarse, en un haz de sentido y color, todo lo que los escritores argentinos han vivido y han sabido expresar.

El silencio de Enrique Banchs, sin duda uno de los más importantes poetas argentinos del presente siglo, se ha convertida en una especie de leyenda dentro de nuestras letras: sus libros, a más de cincuenta años de su edición, no se han vuelto a publicar, y sus poemas solo se conocen a través de ciertas antologías y libros de texto escolar que mas pueden dar una imagen adecuada de obra tan refinada y compleja. Al volver a editar El cascabel del halcón, seguramente el libro más representativo de Banchs junto a La urna, creemos cumplir de alguna manera un reajuste en nuestra historia poética, de la que hacía tanta tiempo faltaban las obras de Banchs, y prestar también un servicio a las muchos lectores, especialistas o neófitos, que no tenían acceso prácticamente a la tarea creadora del poeta.